



Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz
Pliego" Posgrado en Sociología

Tesis para obtener el grado de Maestro en Sociología:

Padeciendo el placer de ayudar
Un estudio sociológico del voluntariado

Presenta

Jorge Muñoz de Jesús

Director

Dr. Giuseppe Lo Brutto

Sinodales

Dra. María da Gloria Marroni

Dr. Carlos Figueroa Ibarra

Dr. Eduardo Crivelli Minutti

Puebla, Pue., Enero 2025

*La **Unión de Mujeres** para la Defensa de París y los **Auxilios a los Heridos**, fundada el 11 de abril en pleno auge de la Comuna, creció rápidamente, creando comités que se reunían a diario en casi todos los distritos de París. Se convirtió en **la mayor y más eficaz de las organizaciones de la Comuna**. Su consejo provisional estaba compuesto por Dmitrieff y siete mujeres trabajadoras; entre los oficios de sus miembros, aunque variados, predominaban los relacionados con la confección: costureras, lavanderas, fabricantes de apósitos, paños y vendas o de cortinas, etc. En cierto modo, la Unión de Mujeres puede verse como la respuesta práctica a muchas de las preguntas y problemas con respecto a la mano de obra femenina que habían sido objeto de discusión en las primeras reuniones populares de 1868. Y, así como los debates de aquellas reuniones oscilaban entonces entre grandes objetivos como el fin de la propiedad privada y preocupaciones más inmediatas, como la búsqueda de carbón o leña, la Unión preveía una reorganización completa del trabajo femenino y el fin de la desigualdad económica basada en el género, al mismo tiempo que respondía, como su nombre completo indica, **a la situación de combate inmediato y la necesidad de servir a las ambulancias**, de hacer bolsas de arena para las barricadas o de servir en estas. «Queremos trabajar pero con el fin de mantener el producto. No más explotadores, no más amos. **Trabajo y bienestar para todos**» Kristin Ross, *Lujo Comunal. El imaginario político de la comuna de París*.*

Índice

Agradecimientos.....	6
I. Introducción	7
Capítulo I. Voluntariado, caridad, solidaridad, cooperación y militancia	10
1.1. Acción voluntaria y su formalización	10
1.1.1. Enmarcando al voluntariado: El Tercer Sector.....	14
1.2. Definición de voluntariado y voluntario	15
1.3. Caridad y Solidaridad: Configuraciones históricas para el Voluntariado.....	16
1.3.1. El concepto de caridad: sus raíces y limitaciones históricas	17
1.3.2. La solidaridad y su papel en lo social.....	18
1.4. La Cooperación Internacional y su evolución histórica: moldeando al voluntariado.....	24
1.4.1. La Cooperación Internacional durante la Guerra Fría como moneda de cambio	25
1.4.2. Neoliberalismo, crecimiento depredador y auge de las ONG	28
1.4.3. Impacto de la Cooperación Internacional en América Latina	32
1.4.4. Las ONG en América Latina: legitimidad y crisis	34
1.4.5. Ideología de la Cooperación Internacional: produciendo una violencia objetiva	37
1.5. La militancia política y social, ¿opositora del voluntariado?.....	39
1.5.1. La dicotomía entre militancia y voluntariado: una reflexión crítica	40
1.5.2. ¿Es posible un voluntario que se oriente a la emancipación desde lo conceptual?	42
1.6. Conclusiones: El voluntariado entre la encrucijada conceptual.....	43
Capítulo 2. Una revisión histórica crítica del voluntariado	45
2.1. Evolución histórico-conceptual del voluntariado.....	46

2.1.1. Primeras formas de solidaridad, caridad y beneficencia	46
2.1.2. Caridad como deber cristiano en la Edad Media y su objetivación	48
2.1.3. La edad moderna y el papel del Estado en la asistencia social	50
2.1.4. Siglo XIX: Voluntariado en el liberalismo y movimiento obrero	51
2.2. El nacimiento del voluntariado contemporáneo	52
2.2.1. Estado de Bienestar, flexibilización del trabajo y democracia	52
2.2.1.3. La configuración de la ayuda en medio del riesgo globalizado	57
2.3. La evolución del Voluntariado en México.....	60
2.3.1. La beneficencia en la época colonial: herramienta de control social	60
2.3.2. La transformación de la beneficencia en la Independencia y la Revolución Mexicana	62
2.3.3. El Periodo Postrevolucionario: hacia el Voluntariado Contemporáneo	65
2.3.4. El Voluntariado en el Siglo XXI.....	70
2.4. La Coyuntura Política Actual: El papel del voluntariado en la 4T.....	73
2.4.1. Perspectiva Histórica: El Retorno del Estado en la Salud.....	74
2.5. Breve historia del voluntariado en Puebla y el hito de la Cruz Roja.....	75
2.5.1. Historia de la Cruz Roja	76
2.6. Conclusiones: El voluntariado desde una perspectiva histórico-crítica	79
Capítulo 3. Encarnación de las determinaciones históricas del voluntariado	80
3.1. El paramédico voluntario: entre la idealización y su justificación heroica	83
3.1.1. La idealización pura del paramédico voluntario	84
3.1.2. Contradicciones entre idealización y condiciones materiales	85
3.1.3. La construcción ideológica de un voluntario heroico.....	87
3.2. Entre la institución humanitaria y las leyes del mercado	91
3.2.1. Contradicciones institucionales en la subjetividad del voluntario	97

3.3. Las violencias subjetivas y objetivas desde el paramédico voluntario.....	102
3.3.1. Violencia objetiva, estructural y cultural en el voluntariado	103
3.3.2. Entre el heroísmo, la vocación y la violencia institucional	105
3.3.3. El biopoder en el voluntariado de Cruz Roja	108
3.3.4. Conexión de estas violencias con la globalidad y el capitalismo	111
3.4. Las violencias de género en las determinaciones históricas del voluntariado.....	112
3.5. Conclusiones del capítulo: de la idealización a la realidad	115
4. Conclusiones finales: El voluntariado sistémico y su superación crítica	117
4.1 El voluntariado como encrucijada entre idealización y reproducción sistémica....	117
4.2. Revelando los aspectos ideológicos y materiales de los actos solidarios a partir de la historia.....	118
4.3. El voluntariado desde la dialéctica objetiva-subjetiva	119
4.4. Triple triángulo del paramédico voluntario	121
4.4.1. Algunas consideraciones psicosociales finales sobre el voluntario.....	123
4.5. El papel del voluntariado en la lógica del valor: válvula sistémica de la acumulación y explotación capitalistas	125
4.6. Finalmente: ¿Existen capacidades reales emancipadoras en el voluntariado post-crítica?	126
Referencias	129

Agradecimientos

Al soberano del todo y fuente de todo, quien me provee de todo, Dios. A ti, mi novia, mi prometida, mi única posibilidad existencial, Diana, sin tu apoyo, sin nuestras charlas, sin tu presencia, no habría sido posible mi presente, mi síntesis actual. A mis padres, porque me dieron los cimientos para lograr lo que soy, y porque siempre apoyaron cada decisión. A mis dos hermanos, a Brenda, sin tus abrazos la vida sería más dura, y a Hassiel, quien me ha adoptado como a su propio hermano, celebrando ambos siempre mis pequeños éxitos. A mis profesores del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, en especial, a Giuseppe Lo Bruto, a Gloria Marroni, a Carlos Figueroa, a Panagiotis Doulos, a Francisco Gómez, y a Sergio Tischler, sin la transmisión de sus conocimientos, sin sus acertadas críticas, y sin aquellas amenas discusiones, este trabajo no habría sido posible. A mis compañeros, Ambrosio, Emir, Pablo, Juan Pablo, Luis Fernando, Sumercé, sin su compañía y sin su apoyo, así como a sus más despiadadas críticas, este trabajo no habría tan profundo. A Luis Ernesto, por ser mi incondicional compañero en esta dura existencia. Por último, pero no por ser menos importantes, a todos ustedes, paramédicos voluntarios de Cruz Roja, que me brindaron su confianza y amistad, quienes me demostraron que ayudar al otro sin esperar nada a cambio hace la diferencia en este mundo de barbarie, sin ustedes, este trabajo no existiría: Silvia, Chuchito, Chapis, Erick, Alan, German, y Jefa Anneth son una inspiración y un ejemplo.

I. Introducción

1. Vulnerabilidad y solidaridad: los puntos de partida

¿Qué sucede cuando nos enfrentamos a la fragilidad inherente de nuestras existencias, cuando cada uno de nosotros corre el riesgo de sufrir daños físicos o emocionales? ¿Quién estará allí para socorrernos? La vulnerabilidad es una condición universal, pero en un mundo marcado por una crisis civilizatoria, esta realidad se vuelve más aguda. Dicha crisis, impulsada por la acumulación capitalista y el despojo, no solo exacerba las desigualdades, sino que también amplifica los riesgos de nuestra convivencia cotidiana. Estos riesgos no son simples “peligros naturales”, sino productos de relaciones sociales que es necesario desnaturalizar, para entender la mano del hombre en la configuración de emergencias y catástrofes. Bajo este contexto, quienes intentan mitigar esos daños merecen una atención especial y crítica: los voluntarios, en específico, paramédicos voluntarios.

Nadie está exento de necesitar ayuda en algún momento. Incluso quienes disfrutan del privilegio de satisfacer sus necesidades básicas enfrentan eventualidades que requieren apoyo externo. Pero, para millones de personas que carecen de lo necesario para subsistir, la ayuda es una necesidad constante. Butler (2017) lo expresa de forma clara: todos somos seres precarizados, aunque unos más que otros. En un mundo donde el progreso y la acumulación de capital parece ser el objetivo prioritario de toda existencia, todavía hay quienes, desinteresadamente, deciden ayudar sin esperar una retribución monetaria. Aunque sus acciones están inevitablemente mediadas por el Estado y las instituciones, estos parecen conservar un vestigio de solidaridad y humanidad.

2. El voluntariado como fenómeno complejo

El voluntariado aparece, para algunos, como una alternativa que intenta transformar la realidad, que busca el bien común y la justicia social. No obstante, lejos de constituir una práctica revolucionaria, esta actividad ha coexistido cómodamente con las estructuras estatales y, sobre todo, con las políticas neoliberales. Su complejidad radica, precisamente, en su naturaleza heterogénea, toda vez que sus orígenes son diversos, al igual que sus propósitos. Estos van desde erradicar la pobreza o proteger el medio ambiente, hasta mejorar la salud y elevar la calidad de vida en comunidades marginadas.

Mientras algunos celebran esta actividad como promotor de la solidaridad y la cooperación, otros lo critican por ser un paliativo que no ataca las causas estructurales de la exclusión. En

cualquier caso, la acción voluntaria tiene un impacto inmediato que supera a menudo el alcance de los discursos teóricos sin acción; y justo, en esa discusión, el presente trabajo quiere ahondar.

Históricamente, podemos decir que las acciones solidarias o, en este caso específico, voluntarias han sido una expresión de compromiso colectivo que ha evolucionado según las condiciones materiales, simbólicas y culturales de cada época. En el contexto contemporáneo, donde la crisis civilizatoria se intensifica cada vez más y la violencia más cruenta, el voluntariado adquiere una relevancia que busca ser renovada al aparecer como primera en escena. Particularmente en el ámbito de la atención a emergencias y servicios médicos, instituciones como la Cruz Roja en Puebla, México, ofrecen un terreno fértil para analizar las tensiones y contradicciones inherentes al voluntariado en situaciones críticas.

3. Objetivo y enfoque de este trabajo

En este estudio se pretende comprender no solo las motivaciones, valores y experiencias de los paramédicos voluntarios de la Cruz Roja en Puebla, sino, desde una perspectiva más amplia y crítica, se analiza el voluntariado como un fenómeno situado en la intersección de las determinaciones históricas, geopolíticas y subjetivas. La intención no es idealizar el voluntariado como una acción puramente altruista, sino examinarlo en su integral complejidad: un espacio donde convergen tensiones entre solidaridad, instrumentalización, poder y reproducción sistémica.

Para ello, el presente trabajo combina un enfoque filosófico, histórico y sociológico con un análisis fenomenológico de las vivencias de los voluntarios. Inspirándome en Adorno (2005), busco filosofar desde lo concreto, atravesando el “helado desierto de la abstracción” para alcanzar una comprensión situada y práctica (pp. 9-10). Mi papel como investigador se asemeja a una caja de resonancia, como proponía Heidegger (2003), al oscilar entre las tensiones emergentes de teoría y práctica, individualidad y colectividad, historia y espiritualidad en dicho universo social.

En el Capítulo 1, realizo un análisis conceptual-histórico del voluntariado, explorando sus diversas manifestaciones desde la caridad religiosa hasta su institucionalización en la Cooperación Internacional para el Desarrollo. Este capítulo busca subrayar las tensiones entre solidaridad y cooptación por estructuras de poder. En el Capítulo 2, desarrollo una revisión histórica crítica que conecta las dinámicas globales del voluntariado con su adaptación al contexto local de Puebla, México, al mismo tiempo que analizo cómo las condiciones materiales e ideológicas han configurado las prácticas voluntarias y sus contradicciones.

En el Capítulo 3, me centro en la subjetividad de los paramédicos voluntarios, destacando las contradicciones entre sus motivaciones idealistas y las condiciones materiales que enfrentan. Este análisis etnográfico llevará posteriormente al concepto del “triple triángulo del paramédico voluntario” para ilustrar las tensiones entre economía, cuerpo-mente y voluntad. Finalmente, en las conclusiones, llevo a cabo una reflexión sobre el potencial emancipador del voluntariado. Argumento sobre las posibilidades de que el voluntariado pueda resignificarse como una praxis política capaz de desafiar las estructuras, en el entendido de que, posterior a su exposición, se llegue, indefectiblemente, a su propia crítica.

De esta manera, este trabajo no solo busca comprender el fenómeno del voluntariado, sino también contribuir a una crítica más amplia del capitalismo global y sus efectos en la subjetividad y la solidaridad humana. En un mundo marcado por desigualdades y crisis, resulta fundamental cuestionar y reflexionar las narrativas que legitiman estas prácticas, así como explorar su potencial para construir formas alternativas de cooperación y solidaridad humanas. Con ello, espero aportar una perspectiva crítica y transformadora que invite a repensar el voluntariado más allá de sus limitaciones estructurales actuales.

Capítulo I. Voluntariado, caridad, solidaridad, cooperación y militancia

Este primer capítulo tiene como objetivo desarrollar un marco teórico-conceptual donde se exponga un análisis crítico y, en parte, histórico sobre las nociones de voluntariado, caridad, solidaridad y cooperación internacional, conceptos que han sido idealizados por medio del discurso dominante. Es quizás innecesario mencionar que el voluntariado ha crecido notablemente en las últimas décadas a causa de la crisis humanitaria y el ansiado desarrollo global. No obstante, este fenómeno social no debe ni puede entenderse aisladamente de las lógicas estructurales globales capitalistas.

Veremos, en este capítulo, que es el propio sistema quien ha determinado el movimiento y destino de las acciones voluntarias, las cuales, aunque solo en primera instancia, aparecen como desinteresadas y netamente humanitarias. Así, se explorarán y, a su vez, se intentarán deconstruir dichas prácticas, exponiendo que estas no solo se insertan dentro de dinámicas de poder, dominación y acumulación de capital, sino que también reproducen, en muchos casos, las mismas lógicas coloniales que siguen perpetuando las asimetrías globales. Desde el surgimiento de la Ayuda Internacional en el contexto de la posguerra hasta su consolidación en el marco neoliberal actual, el voluntariado y la Cooperación Internacional han jugado un papel fundamental en la reproducción del statu quo global.

Por tanto, este capítulo está dividido en varias secciones que abarcan los conceptos que se vinculan estrechamente con el de voluntariado. A lo largo del texto, se analizarán las tensiones entre la modelación de una subjetividad específica de los actores voluntarios y las estructuras objetivas que regulan sus acciones, examinando cómo la ideología capitalista subyace en la constitución de estas prácticas. Se hará especial énfasis en la relación Norte-Sur y a las dinámicas de colonialidad que persisten en el orden mundial actual.

1.1. Acción voluntaria y su formalización

La acción voluntaria, el voluntariado y el sujeto voluntario son términos que están estrechamente vinculados a los conceptos de solidaridad, caridad, cooperación, ayuda, filantropía, fraternidad y apoyo. Estos términos comparten una característica central, a saber, la gratuidad. García Roca (1999), por ejemplo, subraya que el fenómeno del voluntariado no puede reducirse a términos puramente economicistas, relacionados con la lógica capital-trabajo, pues:

El voluntariado es un recurso que no ha sido valorizado por el capital, e incluso no será valorizable monetariamente, pero que puede adquirir valor y ser utilizado productivamente -incluso, con elevada productividad- en la resolución de las necesidades humanas. Asimismo, el voluntariado es un recurso que no ha sido valorizado por el trabajo, e incluso no será valorizable laboralmente, pero que puede adquirir valor y ser utilizado productivamente -incluso, con elevada productividad- en la resolución de las necesidades humanas (García Roca, 1999, p. 24)

Aunque este autor plantea que el voluntariado no es movido por los recursos convencionales de capital y trabajo, “sino [también por] sus propias capacidades, su nivel de conciencia social, la cultura organizativa, la capacidad de creatividad popular, la energía solidaria, la ayuda mutua y la capacidad de compromiso”¹ (García Roca, 1999, p. 24), su enfoque parece idealizar bastante el papel del voluntario al ignorar dos cuestiones clave: Por un lado, el voluntariado moviliza capacidades humanas que, en apariencia, pueden parecer desinteresadas. Sin embargo, estas acciones no pueden desvincularse de las lógicas objetivas del sistema capitalista, lógicas que están constituidas por los imperativos de la acumulación de capital.

Por otro lado, García Roca (1999) deja de lado la dialéctica entre la subjetividad del voluntariado y las mediaciones objetivas que regulan su acción dentro del sistema social. Esta visión idealizada del voluntariado tiende a asociar la actividad del “sujeto voluntario”² con un “ejercicio de su libre voluntad”, que coincide directamente con descripciones abstractas jurídico-legales. No obstante, la libertad de la que se habla en estos ámbitos parece ser eminentemente formal, es decir, se reconoce en el plano normativo como un derecho abstracto, pero en la práctica está limitada por las estructuras objetivas que restringen las posibilidades reales de actuar.

En este sentido, tanto Hegel (2022) como Pashukanis (2016) destacarían que dichos límites no solo afectan el ejercicio propio de la libertad, sino que estos son una manifestación de las restricciones concretas impuestas por las condiciones materiales del sistema. Esta “libertad formal”, emanada de lo jurídico, no implica necesariamente una verdadera libertad material, en la que el sujeto logre ejercer plenamente su voluntad sin las limitaciones impuestas por el propio sistema capitalista. De este modo, y pensando desde Horkheimer (2003), aunque la ley garantice

¹ Cabe resaltar que, estas mismas características que enumera García Roca (1999) son bastante similares al “capitalismo con rostro humano”. Al quitar el tema de la no remuneración, dicha descripción encuadra perfectamente con la subjetividad producida por el capital relativa al tema de las empresas “socialmente responsables”.

² Decidí categorizar como “sujeto voluntario” a la persona que se dedique a hacer actividades propias de voluntariado, tomando en cuenta que, desde términos foucaultianos, se constituye de esta forma a partir de las leyes y del lenguaje.

la “libertad” de los sujetos voluntarios, dicha libertad se encuentra mediada por las lógicas del sistema capitalista en el cual se inserta la actividad del voluntariado y, por tanto, esta debe comprenderse en el marco de una totalidad social que regula el accionar individual.

Por ende, esta “libertad formal”, emanada de lo jurídico, no implica necesariamente una verdadera libertad material, donde el sujeto logre ejercer plenamente su voluntad sin las limitaciones impuestas por el propio sistema. Es más, para Pashukanis (2016), el derecho es una expresión de las relaciones mercantiles; de la misma manera, se podría adjudicar que ocurre en la actividad voluntaria. Con otras palabras, concluir decir que, aunque la ley garantice la “libertad” de los sujetos voluntarios, dicha libertad se encuentra mediada por las propias lógicas del sistema capitalista en las que la actividad del voluntariado se inserta hablando desde una totalidad social.

Bajo el contexto actual de la división capitalista de trabajo, la cual es regulada formalmente por las leyes positivas, la función subjetiva del voluntariado no solamente contribuye a la resolución de las necesidades inmediatas, sino que también sigue perpetuando las estructuras de explotación causantes del sufrimiento que la misma actividad voluntaria busca aliviar. Para el caso en específico de los paramédicos voluntarios, sujetos de mi investigación, su labor no es otra que la de reparar los cuerpos dañados por el propio sistema capitalista, dejando intactas las causas objetivas que generan esas emergencias. Por tanto, la práctica de los sujetos voluntarios, lejos de ser una manifestación pura de autonomía, se halla mediada por la necesidad de operar dentro de las limitaciones impuestas por las necesidades del capital.

Resulta significativo, además, que dicha regulación de la actividad voluntaria a través de legislaciones no ocurriera sino hasta la segunda mitad del siglo XX, formalizándose este tipo de actividades debido al auge de la Cooperación y Ayuda Internacionales. Ahora bien, cuando el voluntariado comenzó a ser regulada por leyes que, si bien parecieran proteger y ordenar esta actividad, en primera instancia, contribuyen más bien a su mera institucionalización y control instrumental. En España, por ejemplo, siendo un país con una fuerte cultura voluntaria, se promulgó la Ley Estatal del Voluntariado en 1966, la cual, al mismo tiempo que establece los derechos y obligaciones del sujeto voluntario, paradójicamente, constriñe aquella noción del ejercicio de su “libre voluntad”, regulando su acción específica y dejando en claro que esta se realiza sin ninguna clase de compensación económica.

Este tipo de regulaciones, lejos de representar una simple y llana protección jurídica a este tipo de actividad humana y social, refleja las tensiones inherentes entre las formas de una

solidaridad desinteresada y las formas capitalistas, es decir, las lógicas estatales e institucionales de administración social. Al exigir la pertenencia a una organización formal, el Estado no solo delimita quién puede ejercer el voluntariado, sino que refuerza la relación entre la acción voluntaria y las estructuras objetivas que siguen generando la acumulación de capital.

Este proceso de institucionalización y formalización no se dio únicamente en España. En América Latina, Brasil fue el primer país en regular el voluntariado a través de la Ley Brasileña del Voluntariado en 1998, mientras que, en México, Querétaro se convirtió en la primera entidad federativa en contar con una Ley del Voluntariado en 2017. Más recientemente, en Puebla, se promulgó su respectiva regulación del voluntariado en 2020, lo que reafirma la necesidad de que los voluntarios formen parte de organizaciones oficiales. Este tipo de regulaciones, que parecen legitimadoras en un primer momento, al ser reconocidas por el Estado, someten al voluntariado a las lógicas burocráticas que rigen el funcionamiento de las organizaciones modernas.

Hablando en términos oficialistas, el voluntariado es visto como aquella organización social que nace para dar respuesta a la insuficiencia del Estado para solucionar algunos problemas sociales, así como su ineficacia en la gestión de crisis. Otro elemento que ayudó a la consolidación del voluntariado fue la participación democrática de la juventud (Araque Hontangas, 2009; Aravena Cepeda, 2004; Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016), es decir, el discurso democrático que surgió como respuesta a los discursos comunistas.

Domésticamente, podría verse al voluntariado como una respuesta que intenta mitigar las desigualdades sociales; pero, alejando la mirada, a nivel global, ello es causa de una presente colonialidad de poder y de saber (Quijano, 2014) en tanto discurso producido que llega por y desde la hegemonía del Norte como respuesta salvadora a las crisis emergentes que, al mismo tiempo, legitima la asimetría global al crear su opuesto necesario.

En esta misma línea del oficialismo, es decir, a un nivel teórico institucional, al ser denominado democrático, el voluntariado es visto como un movimiento diverso y heterogéneo, toda vez que existen distintas organizaciones de diversos rubros que llevan a cabo dicha actividad social, desde movimientos religiosos, hasta universitarios, así como organizaciones no gubernamentales (ONG). No obstante, este tipo de actividad tiene como común denominador (al menos como lo expresa la literatura) el contribuir al bienestar social, siendo una respuesta colectiva a la cultura de la solidaridad (Araque Hontangas, 2009, p. 7). Todo este imaginario colectivo tiene una explicación histórico-discursiva, pasando por el triunfo del capitalismo, luego por la crisis del

Estado benefactor, hasta la llegada del neoliberalismo, cuestión que se explicará entrando en el segundo capítulo.

1.1.1. Enmarcando al voluntariado: El Tercer Sector

Hay que entender que el voluntariado pertenece al llamado “Tercer Sector”, el cual está muy relacionado con el concepto del “bien común”. Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa (2016) entienden al Tercer Sector como una “esfera de acción y reproducción particular dentro de la sociedad civil”, caracterizado por ser no lucrativo y formado por grupos organizados de la misma sociedad civil (p. 17), es decir, que no pertenece ni al sector público ni al sector privado (lucrativo). En este sector se encuentran las ONG, las asociaciones civiles y las fundaciones, mismas que pregonan buscar un bienestar colectivo y una utilidad pública.

Este sector ha sido promovido en diversos países, generalmente, del Norte global, para impulsar el desarrollo, cosa que está estrechamente relacionada con la Cooperación Internacional para el Desarrollo. Así, como lo señala el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD):

El voluntariado es un componente importante de toda estrategia encaminada a ocuparse de ámbitos como la reducción de pobreza, el desarrollo sostenible, la salud, la prevención, gestión de los desastres, la integración social, y en particular la superación de la exclusión social y la discriminación. (Chávez León, 2012, p. 7)

Consideran Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa (2016) que: “La actividad voluntaria y solidaria es clave para alcanzar una evolución social y es, muchas veces, la iniciadora de ideas y proyectos que se transforman en el tiempo en organizaciones sociales de la sociedad civil” (pp. 11-12).

Por lo mismo, los conceptos de sociedad civil, además del Tercer Sector, resultan esenciales para entender al voluntariado de hoy en día, pues de ambos lugares surge dicha actividad. Es en estas partes de la sociedad donde se sintetizan y objetivan las contradicciones inmanentes del propio sistema capitalista, pues producen su propio contrario para seguir constituyendo sus acciones, su razón de ser y, con ello, su legitimidad social en un mundo desigual. Sin embargo, no podemos continuar con el análisis de este tema sin pasar antes por algunas definiciones que parecen importantes para entender todo lo que conlleva la actividad del sujeto voluntario.

1.2. Definición de voluntariado y voluntario

Para adentrarse en los no pocos intentos por definir al voluntariado, antes, se debe aclarar que este concepto es dinámico, puesto que su trasfondo ha sido siempre humano o, lo que es lo mismo, histórico y cultural. Tanto la evolución de este concepto, como su redefinición, se ha venido dando desde los años ochenta para adaptarse a las necesidades de la sociedad cambiante (Araque Hontangas, 2009, p. 7). Para agregar más complejidad a lo anterior, el concepto del voluntariado también ha sido asociado con acción voluntaria, trabajo voluntario, asociación voluntaria u organizaciones de voluntariado, los cuales aportan toda una constelación de significados para este tema (Aravena Cepeda, 2004, p. 5).

Una de las primeras definiciones del voluntariado a nivel global, según Aravena Cepeda (2004), fue hecha por la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1998, la cual lo considera como “la contribución -sin ánimo de lucro o beneficio- prestada por individuos para el bienestar del vecino, la comunidad o la sociedad en general” (p. 6). Por su parte, para García Roca (2001), “el voluntariado es una institución que se materializa en prácticas individuales de donación canalizadas, en general, a través de organizaciones solidarias y movimientos sociales” (p. 17). En cambio, Sarasola Sevilla (2000), hace hincapié en el tiempo del que disponen los voluntarios, ya que estas “son personas que tienen las necesidades cubiertas, y que disponen de ese bien que siendo precioso no es reemplazable: el tiempo” (p. 99).

Como ya se dijo con anterioridad, dos de las características más importantes del voluntariado con base en su concepto formal es la gratuidad, esto es, que dicha actividad se presente sin ningún tipo de contraprestación económica, así como la libre voluntad, que no derive de ningún deber jurídico u obligación legal. Así lo piensa Rivas Antón (1997), quien, aparte de aquellas dos características y derivadas de la legislación española, agrega que esta actividad voluntaria se lleve a cabo dentro de una organización formalizada, la cual debe tener un carácter altruista y solidario.

Relativo a estas cuatro características, se puede agregar lo que Butcher (2008) denomina “el talento”, mismo que, según ella, no se halla en cualquier persona. Esta autora, una de las primeras en estudiar el voluntariado en México, concibe a este como un “fenómeno de acciones y actividades en donde individuos que no reciben pago por su trabajo eligen de manera libre dar de sus recursos: tiempo, talento y dinero para el bienestar de otros que se encuentran fuera del círculo de las relaciones familiares”. Además, entiende al talento como esa actitud de brindar de forma

desinteresada que no todos tienen, puesto que “se requiere de talento para entender la causa ajena y luchar por ella” (Chávez León, 2012, p. 8). Más adelante se discutirán estas características cuando lleguemos a la hermenéutica propia del sujeto voluntario. Lo que sí considero importante es definir también lo que se entiende por voluntario, el cual puede ser considerado como:

Todo actor social y agente de transformación que presta servicios no remunerados en beneficio de la comunidad, donando su tiempo y conocimientos, realizando un trabajo generado por la energía de su impulso solidario, atendiendo tanto a las necesidades del prójimo y a los imperativos de una causa, como a sus propias motivaciones personales, sean éstas de carácter religioso, cultural, filosófico, político o emocional. (Shaw de Critto y Karl, 1998, como se cita en Alcalá Consultores, 2002, p. 19)

Es interesante ver que esta definición ya introduce elementos subjetivos que pueden tomarse de manera hermenéutica, es decir, la manera en que un individuo interpreta su propia vida desde la comprensión de su propia existencia. Sin embargo, no se podrá hablar de las motivaciones y los factores histórico-sociales sin engarzar el concepto de voluntariado y voluntario con el de caridad y solidaridad, mismos que impregnan la actividad y acción voluntaria en todas sus dimensiones.

Para finalizar, como afirma García Roca (1996), ser voluntario y solidario significa “siempre sacar a alguien del anonimato, hacer que alguien se sienta persona” (pp. 35-36), lo que conlleva a una autorrealización de aquel que realiza dichos actos. Si el quehacer voluntariado se relaciona como aquella actividad que potencializa las capacidades creativas y afectivas humanas para con los débiles, y tal sujeto voluntario es honesto e íntegro en su proceder, justo como lo piensa Araque Hontangas (2009), se proporciona una congruencia entre su ser y su actuar, lo que sirve para construir su propia identidad (p. 10).

1.3. Caridad y Solidaridad: Configuraciones históricas para el Voluntariado

Históricamente, la buena voluntad y la ayuda al prójimo han sido relacionadas con el cristianismo. Más adelante veremos cómo ha evolucionado la solidaridad y el voluntariado a lo largo de la historia, pero, por ahora, solamente quiero exponer la relación conceptual entre voluntariado, solidaridad, caridad y cooperación. Para el caso específico de la caridad, parece ser que se tiende mejor si se distingue de la solidaridad. Esta pareja de conceptos se ha trabajado más desde la

teología y la filosofía. Empero, como veremos más adelante, han servido como justificación del estado de cosas actual, lo que no les quita importancia para analizar su evolución histórica y su tergiversación ideológica.

1.3.1. El concepto de caridad: sus raíces y limitaciones históricas

Williams (2003) hace un excelente rastreo del concepto de caridad. Según él, esta palabra llega al inglés hasta el siglo XII como *Charity*. *Charité* del francés antiguo, *caritas* en latín y *carus*, como querido, tuvo un uso primordial y contextualmente bíblico. La Vulgata distinguió la palabra griega *ἀγάπη* en *dilectio* y *caritas*, a lo que Wyclif tradujo, respectivamente, como *love* y *charity*. Por su parte, Tyndale tradujo *caritas* por amor. De este modo, caridad se entendió principalmente como “el amor cristiano, entre el hombre y Dios y entre los hombres y sus prójimos” (Williams, 2003, p. 51). Antes del “don al necesitado”, se puede ver que caridad era propiamente el sentido de “amor cristiano”. En el uso paulino, así se entendía la siguiente cita bíblica en Corintios 1:13 “si no tengo caridad, nada me aprovecha”. Esto es, el acto sin el sentimiento de amor es nulo.

Caridad, en el sentido de ayudar al necesitado, subsiste hasta que alcanza su primacía en el siglo XVI. En el siglo XVII, la palabra caridad alcanza un nuevo grado de abstracción al establecerse como una institución. En este mismo siglo, un refrán se volvía verdaderamente popular: “la caridad bien entendida empieza por casa” (Williams, 2003, p. 52). En el siglo XVIII, por motivos contextuales, el acto caritativo se vio modificado debido a que el receptor no aceptaba aquella “ayuda”. Cuando la caridad ya estaba institucionalizada, eso significaba que, si alguno era receptor de ella, era porque se trataba de “pobres meritorios”, lo cual provoca “sentimientos de autoestima y dignidad heridas que, históricamente, corresponde a la interacción de la caridad y los sentimientos de clase, en ambos lados del acto” (Williams, 2003, p. 52).

Bajo este contexto, no se da, en efecto, un verdadero amor al prójimo, sino más bien, como bien lo advierte Williams (2003), “una recompensa por una conducta social aprobada) y el cálculo en la economía política burguesa” (p. 52). Tanto se quedó de esta concepción que los gobiernos actuales, al hablar desde las instituciones de beneficencia y en el ámbito jurídico, utilizan el eufemismo: “no se trata de caridad sino de un derecho” (Williams, 2003, p. 52).

Por su parte, Agüero Muñoz (s.f.) tiene la idea de que la caridad, a causa de su evolución histórica, se ha convertido en un mero atenuante de los problemas sociales, y que la desigualdad social empuja al caritativo, inevitablemente, a la soberbia. Por tanto, la caridad se centra en las

cosas y no en los sujetos. Se es caritativo únicamente para “resarcir culpas” o “elevar orgullos” al relacionar esta actitud con un enriquecimiento de valor moral (p. 6). No obstante, según este autor, si la caridad se retoma como el resumen de toda la ley de Dios en un principio fundamental, podría ser el fundamento moral de la solidaridad.

En este sentido, bajo la caridad, uno se pone “por encima de” aquel que la necesita, y se proporciona lo que yo llamaría una falsa identidad ontológica cósmica, que resume Agüero Muñoz (s.f.) como “soy pues por lo que tengo, o por lo que no tengo” (p. 5). La caridad vista así, como ese acto de generosidad altruista, se acerca a lo que Simmel (2015) pensaba: al ser de carácter vertical y asimétrico, ocasiona que se refuercen las estructuras de poder existentes.

1.3.2. La solidaridad y su papel en lo social

El voluntariado está relacionado estrechamente con el concepto de solidaridad. Al menos así lo considera García Lorca (1999) al mencionar que:

El voluntariado actual, en su mayor parte, no es traído por cualquier ciudadanía ni por cualquier participación, sino que es finalmente un ejercicio de **solidaridad**. Ser voluntario es ser responsable (ciudadanía) ante los sujetos frágiles, portadores de derechos y deberes no sólo para sí sino para aquéllos que no los tienen reconocidos; ser voluntario es construir (participación) un mundo habitable no sólo para los fuertes y autónomos, sino para los más débiles e indefensos (solidaridad). (p. 17, negritas de origen)

En tal entendido, menciona Sarasola Sevilla (2000) lo siguiente:

(...) aunque afirmar que la solidaridad es el método concreto de actuación del voluntariado puede sonar pretencioso. Pero un método no se define tanto por lo ya logrado sino por lo que constantemente lo informa y lo anima, y en ese sentido, se convierte en su paradigma, lo cual sí lo podemos aplicar al voluntariado (p. 100)

Alejándonos de aquella vinculación, consideramos que el concepto de solidaridad es más profundo y rico que el de voluntariado y el de caridad. Su historia, relacionada más bien con una afectividad social, hace referencia a lo colectivo o comunitario, puesto que, como así lo piensa Páez Neira (2013), la solidaridad es propia de los seres humanos que pertenecen, precisamente, a una sociedad

(p. 42). Esa razón es por lo que este concepto ha sido estudiado y analizado por filósofos, sociólogos y psicólogos. Una de las definiciones más interesantes para aportar a esta investigación es la que proporciona Agüero Muñoz (s.f.):

Podemos definir la solidaridad como el valor social universal (producto de la empatía y la tolerancia), por el que las personas se sienten y reconocen como iguales y tratados por igual en una misma tarea; es el requisito social fundamental y no ha existido ninguna sociedad sin solidaridad.
(p. 2)

Desde el pensamiento de Aristóteles (1988), la naturaleza del hombre exige una vida social, pues es por esta que se alcanza la felicidad. Así se logra advertir cuando Aristóteles afirma: “el estado (pólis) es algo natural y el hombre es por naturaleza un animal político” (*Política* I 2, 1253a2-3). La solidaridad, en Aristóteles, estaría muy cerca de su concepto de amistad (*philia*). Nos explica Calvo Martínez (2008) que “en su uso aristotélico la palabra *philia* expresa los lazos afectivos recíprocos asociados a la convivencia de quienes forman una comunidad” (p. 45).

El concepto de amistad en el pensamiento aristotélico es importantísimo, debido a que tiene un papel fundamental, precisamente, en la naturaleza social y política del hombre. La amistad permite convivir a los hombres de las polis de una manera más excelente y armoniosa. Existen dos acepciones de amistad en Aristóteles, a saber: una que se lleva a cabo entre hombres particulares y que se entiende como una relación de cariño o amor, y otra en un sentido más amplio entendida como aquella cooperación virtuosa que se da entre los ciudadanos.³

Asimismo, la amistad perfecta, para el Estagirita, tiene su fundamento en la excelencia y bondad. Por ello, nos dice Aristóteles (1985) que esta es “la amistad de los hombres buenos e iguales en virtud” (*Et.Nic.* I 3, 1156b7-8). En ella se puede equiparar el amor que se tiene de uno mismo para extrapolarlo en otra persona. En tal sentido, en Aristóteles (1985), el amigo es “otro yo”, “los amigos desean cada uno el bien del otro por el otro mismo” (*Et.Nic.* I 5, 1157b30-1). Un hombre feliz necesita amigos, y no amigos injustos, sino justos y excelentes como él.

³ Aristóteles denominará como “amistad civil o política” a aquella que se lleva a cabo entre ciudadanos para distinguirla de la amistad que se da entre los amigos particulares. Esta amistad civil se manifiesta como concordia. Pues, pregona Aristóteles que cuando existe concordia en un estado es: “cuando los ciudadanos están de acuerdo sobre las cosas que les convienen y las eligen, y llevan a la práctica las cosas que acuerdan en común” (*Et.Nic.* IX 6, 1167a26-28)

Hablando más contemporáneamente, en lo jurídico-formal, la solidaridad tiene que ver más con una responsabilidad compartida. En la doctrina eclesiástica, la solidaridad es “sinónimo de igualdad, fraternidad, ayuda mutua, en un todo unido a los conceptos de responsabilidad, generosidad, desprendimiento, cooperación y participación” (Moënné, 2010, p. 50). Del latín, la palabra solidaridad llega a nosotros de las palabras *solidus* y *soliditas*, sólido, entero, completo (Páez Neira, 2013, p. 43), “unido, compacto, cuyas partes integrantes son de igual naturaleza” (Moënné, 2010, p. 50), lo que concuerda con lo que piensa Agüero Muñoz (s.f.), que la solidaridad es lo universal a la humanidad, un valor moral y religioso que da unidad a lo social.

Justo como vimos, desde el cristianismo se consideró a la caridad como amor al prójimo. No obstante, en la actualidad, la solidaridad tiende a ser más abarcadora que la caridad. Como ya mencioné en el acápite anterior, la caridad tiene que ver más con las cosas que con los sujetos. El que da caridad es porque tiene; el receptor de la caridad, muchas veces, envidia eso que tiene el que ofrece. No existe, por así decirlo, una simetría entre dador y receptor. Al respecto, Agüero Muñoz (s.f.) opina que “el que demanda ayuda, sea por necesidades económicas, sociales o de salud, requiere la reafirmación o la restitución de la condición humana, con todos sus derechos (no de la cosa, como reclama el envidioso)” (p. 5).

En cambio, la verdadera acción solidaria busca reconocer al “otro” (Agüero Muñoz, s.f., p. 5), cuestión consistente con el concepto de amistad en Aristóteles. Pronto volveré a este punto para diferenciar algunas actitudes de los voluntarios que, desde mi experiencia, muchas veces proporcionan caridad y otras, solidaridad. Por ahora, es importante enfatizar esta distinción entre caridad y solidaridad referente al tema de las acciones voluntarias y solidarias. Asimismo, el autor antes citado está convencido de que la caridad no debe ser otra cosa que “el fundamento moral que fomenta el anhelo de solidaridad y justicia social” (Agüero Muñoz, s.f., p. 2). A la vista de Javier de Lucas (1993), “la humanidad está condenada a vivir en una era de solidaridad si no quiere conocer la de la barbarie” (p. 10).

La noción de solidaridad, aunque se considera relativamente nueva, encuentra raíces en prácticas ancestrales donde los pueblos antiguos compartían un sentido de cohesión social basado en la colaboración y el apoyo mutuo, especialmente, dentro de grupos familiares. Este concepto marcó un cambio del individualismo a una preocupación por el bienestar colectivo, en contraposición al egoísmo centrado en el interés propio. La solidaridad se gesta inicialmente en el entorno familiar, lugar donde se fomentan los valores de ayuda y convivencia, para luego

extenderse a la sociedad. A pesar de su antigüedad como práctica, el término solidaridad surge más tarde en el siglo XVII en el idioma francés, reemplazando gradualmente a la noción de caridad predominantemente cristianismo del siglo XVIII (Páez Neira, 2013, p. 43).

Su difusión en Europa, posteriormente, produjo cambios en su significado, adaptándose a diferentes contextos históricos y culturales a lo largo del tiempo. Conforme a la información que resalta Páez Neira (2013), ese periodo estuvo marcado por dos experiencias concretas de la solidaridad, las cuales fueron políticamente distintas:

Por un lado, tenemos a la solidaridad obrera provocada por la revolución industrial. Se basaba en la convicción de que “la unión hace la fuerza”. Es decir, se trata de movimientos obreros que buscaban reapropiarse de los medios de producción. Por otro lado, luego de que terminara la segunda guerra mundial, la segunda experiencia de solidaridad social se encuentra en el llamado Estado de bienestar, con lo cual se intenta retomar el contrato social para que se garanticen las condiciones mínimas de vida (Páez Neira, 2013, p. 43). En suma, la solidaridad fue primero un reflejo de las necesidades humanas para alcanzar una posible emancipación, y después, solamente fue, al menos en Europa, la búsqueda de paz, certidumbre y restitución.

Por su parte, Émile Durkheim, al seguir el positivismo de Comte, también empleó este término. Él fue de los primeros sociólogos en incorporar a la “solidaridad” en la discusión teórica de las ciencias humanas. Para De Lucas (1993), Durkheim habla de solidaridad, por una parte, como categoría científica (hecho social), y como recurso ideológico (aspiración). Cabe recordar que, en la sociología de Durkheim (2007), en primer lugar, existe una solidaridad mecánica muy estrecha con los aspectos religiosos de las “sociedades primitivas”, donde se daba una integración por medio de la identificación. En segundo lugar, una solidaridad orgánica en la que la sociedad, a causa de la división de trabajo de las “sociedades modernas”, se posibilitaba la integración ya no en la identificación, sino en la cooperación (pues ahora hay lo que abunda con la división de trabajo es la diferenciación).⁴

Por consiguiente, según la interpretación de De Lucas (1993) de Durkheim, las dos condiciones esenciales de solidaridad en las sociedades modernas son el derecho y la moral, las

⁴ Es importante mencionar que, para Durkheim (2007), existen dos tipos de derecho a la par de que hay dos tipos de solidaridad, a saber: la mecánica y la orgánica. La primera tiene como base al derecho penal (un derecho represivo) al ser primitiva y preindustrial. La segunda, al ser una sociedad más avanzada y compleja, tiene más afinidad por el derecho civil y mercantil (un derecho restitutivo). No obstante, sea sociedad primitiva o avanzada, Durkheim (2007) asevera que existe esa relación entre conciencia colectiva y derecho.

cuales fortalecen la conciencia colectiva.⁵ “La moral se presenta así como producto del medio social, los sistemas de valores son manifestaciones de la conciencia colectiva de los individuos, y entre ellos, no se olvide, ocupa su lugar el Derecho” (De Lucas, 1993, p. 49). En resumidas cuentas, la moral representa el conjunto de valores compartidos por la conciencia colectiva, mientras que el derecho establece las normas que regulan nuestra conducta, conteniendo, en última instancia, las máximas morales que tienen fuerza vinculante u obligatoria, toda vez que “es moral lo que es fuente de solidaridad, lo que fuerza a contar con otros” (De Lucas, 1993, p. 73).

La solidaridad orgánica requiere una coordinación entre sus componentes, lograda mediante una responsabilidad colectiva que trasciende la mera identificación con los intereses del otro y la igualdad. Al garantizar el interés público y requerir la participación de todos los miembros del grupo, se genera un sentido de unidad y pertenencia colectiva. Según este autor, la solidaridad actúa como un recurso ideológico que legitima la adopción de un ideal moral, constituyendo tanto la base como el límite de lo jurídico al estar fundamentada en la moral y evitar que el derecho se convierta en una forma de dominación. Desde esta perspectiva, “el derecho es el símbolo visible de la solidaridad” (Duque, 2013, p. 193).

Hoy en día, el término solidaridad, indica Páez Neira (2013), “se ha devaluado debido al uso que los medios de comunicación y publicitarios hacen de él, para campañas de ayuda en catástrofes naturales; de esta forma delimita el alcance real de la palabra a momentos concretos” (p. 43). Esta concepción de solidaridad va de la mano con lo que señala Bauman (2004) cuando habla sobre el concepto “muy pobre” de responsabilidad que se maneja en la actualidad, en un mundo globalizado y líquido, mismo donde la acción y el saber ya no se superponen, donde la acción pasa sólo a la mera expectación. Esto es, las personas actúan simplemente como espectadoras y no como agentes de acción, siendo, precisamente, el mundo una “muy eficiente fábrica de espectadores” (Bauman, 2004, p. 258).

A partir de una geografía que nos separa de las desgracias de otros y que solo se nos presenta en imágenes dentro de la era mediocrática, opina Bauman (2004) que:

La distancia que nos separa de ellos [aquellos que sufren] es enorme, insuperable para nuestra capacidad de desplazamiento, o para las herramientas que sabemos manejar. Nuestra experiencia de

⁵ Durkheim define a la conciencia colectiva como: “El conjunto de las creencias y de los sentimientos comunes al término medio de los miembros de una sociedad, constituye un sistema determinado que tiene vida propia (...) es el tipo psíquico de la sociedad” (2007, p. 89).

su sufrimiento está mediada por cámaras de televisión, satélites, cables, pantallas. Una experiencia mediada permite solamente una respuesta igualmente mediada: sacar la billetera pagarle a alguna agencia para que nos alivie temporalmente, hasta que las próximas imágenes del horror brillen en la pantalla y nos remuerdan la conciencia. (p. 258)

Hablando sobre donaciones y ayuda entendida únicamente como flujos financieros se verá en el siguiente apartado, pero aquí hay que tomar en cuenta que existen otros autores que se mantienen firmes en rescatar sentidos más profundos de la solidaridad. Por ejemplo, la solidaridad se concibe más como un valor humano que implica colaboración y generación de sentimientos de pertenencia entre individuos dentro de un grupo o sociedad. Para Buxarrais, la solidaridad se extiende más allá de los contextos políticos, religiosos y culturales, y se compone de tres elementos esenciales: compasión, reconocimiento y universalización, fundamentales para su promoción (Páez Neira, 2013, p. 44).

Por su parte, Aranguren considera que la solidaridad se manifiesta de diversas formas, desde acciones espectaculares hasta actitudes cotidianas, y se puede definir de cuatro modos específicos: como reacción ante el sufrimiento y la injusticia, como determinación de involucrarse en actividades para combatir sus causas, como un deber humano frente al desequilibrio mundial y como un estilo de vida (Páez Neira, 2013, p. 44).

Para ir redondeando este apartado, comenta Páez Neira (2013) que la solidaridad implica una convicción íntima que se traduce en acciones responsables hacia los demás y el medio ambiente. Reconocer la humanidad en cada persona lleva a brindar comprensión, ayuda y apoyo. Por lo mismo, en la actualidad, la solidaridad también se puede entender como un valor que implica compartir y asumir las necesidades del otro como propias, contribuyendo al desarrollo humano y al de la humanidad en general (p. 44), que coincide con la visión optimista de García Lorca (1999) del voluntariado de fin de siglo:

(...) ser voluntario es construir (participación) un mundo habitable no sólo para los fuertes y autónomos, sino para los más débiles e indefensos (solidaridad). De este modo, la ciudadanía y la participación se sustancian en el ejercicio de la solidaridad. La conciencia actual del voluntariado se ha construido en diálogo con los sujetos vulnerables, en confrontación con la exclusión no deseada, en referencia a una sociedad alternativa y más habitable. (p. 17)

En contraste con la caridad, el concepto de solidaridad, al menos dentro de la presente exposición, muestra que mantiene un talante humanista y comunitario. La solidaridad, bajo este contexto, aparece como necesaria para el mantenimiento de la sociedad. Aunque en lo abstracto, se relaciona estrechamente con el concepto de voluntariado, habrá que cuestionar si este último conserva cierta solidaridad en lo concreto o únicamente es movido por otras cuestiones que poco tienen que ver con lo humano. Será necesario hacer un análisis de las estructuras que afectan objetivamente la subjetividad voluntaria concreta que aparece con características solidarias. Por tanto, pasaremos al análisis histórico-objetivo de las estructuras económicas globales a partir de la solidaridad y ayuda en el marco del Sistema de Cooperación Internacional con el fin de advertir las determinaciones históricas que afectan la actividad propia del voluntariado y su papel político en la actualidad.

1.4. La Cooperación Internacional y su evolución histórica: moldeando al voluntariado

El concepto de voluntariado, como lo hemos examinado hasta ahora, no solamente se relaciona con la cooperación y la ayuda desde su definición, sino que, a partir de mediados del siglo XX, el voluntariado es inseparable de las dinámicas de Cooperación Internacional para el Desarrollo (CID) y la Ayuda Internacional, ambas estructuradas propiamente por el sistema global de poder en una hegemonía que se instauró desde una específica retórica. Iniciando por el Nuevo Orden Económico Internacional, la acción solidaria fue formalmente concatenada con los organismos internacionales y las ONG, cuya constitución actual refleja las determinaciones históricas, económicas y políticas que surgieron al finalizar la Segunda Guerra Mundial. En este contexto histórico se configuró la noción de solidaridad para adaptarla a los intereses del discurso de desarrollo económico y gobernanza global (Lemus Delgado, 2017; Lo Brutto, 2017).

Los procesos de este mal llamado desarrollo (principalmente, adjudicado al desarrollo económico), necesitaron de actividad voluntaria, pues, tal como refieren Butcher y Verduzco Igartúa (2016), esta actividad:

(...) debe de “ocupar un lugar central en el discurso sobre el desarrollo a escala mundial, regional y nacional”, y ha sido reconocida como clave en procesos de transformación de la gobernanza dentro de los nuevos Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) que Naciones Unidas propone que se cumplan para 2030. (p. 13)

Podemos decir, así, que la actividad voluntaria ha jugado un papel clave en la legitimación de estos procesos hegemónicos. Igualmente, el Programa de Voluntarios de las Naciones Unidas (VNU), creado en 1971, reconoce al voluntariado como un recurso fundamental para la planificación del desarrollo, la construcción de la paz y la movilización de recursos humanos (Chávez León, 2012, p. 20). Sin embargo, su carácter “gratificante” y su enfoque en proyectos específicos con frecuencia encubre la instrumentalización del voluntariado como una herramienta del sistema internacional, lo que lleva a legitimar la intervención en países que, paradójicamente, siguen siendo explotados bajo las mismas estructuras de poder económico que producen la asimetría en la que se encuentran.

En 1985, la ONU incentivó a los gobiernos a reconocer el valor del voluntariado en el desarrollo económico y social. Esto condujo a un considerable aumento de las ONG y sus actividades voluntarias: para 2016, se estimaba que había alrededor de 10 millones de ONG en todo el mundo, empleando aproximadamente 150 millones de voluntarios, representando un poder económico considerable que, si se tradujera en términos monetarios, constituiría la quinta economía más grande a nivel global (Herrera González, 2019, p. 10). Empero, pese al crecimiento de este ámbito, donde el voluntariado aparece como esencial para el “desarrollo”, cabe preguntarse: ¿por qué las estructuras objetivas que siguen produciendo las desigualdades económicas siguen intactas? Se revela, así, de buenas a primeras, una contradicción inherente propio del sistema global.

Lemus Delgado (2017), basándose en la teoría de Wallerstein, menciona que la CID fue concebida en el marco del mito de la modernización. Este discurso que se dio tras la Segunda Guerra Mundial engendró conceptos como el de “Tercer Mundo”, el cual redefinió el “atraso” como un problema cultural más que biológico. Esta perspectiva colonizadora proporcionó legitimidad a los países desarrollados para intervenir, desde una “superioridad epistémica” (que no deja de convertirse en una violencia epistémica), a los países en desarrollo. Estos países desarrollados se presentan como los responsables de guiar el desarrollo social y económico a nivel mundial. Esta ideología de modernización, como menciona Lo Brutto (2017), “produjo una brutal distorsión de la realidad, ya que el desarrollo fue entendido como el destino histórico de la humanidad” (p. 61).

1.4.1. La Cooperación Internacional durante la Guerra Fría como moneda de cambio

La CID que surgió de la posguerra y formalizada durante la Guerra Fría fue sedimentada como una herramienta política y económica. Bajo este marco, los programas de ayuda o solo buscaban

mejorar los rezagos de los países receptores, sino que también funcionaron como instrumentos para consolidar alianzas políticas y económicas, legitimando los modelos de desarrollo hegemónicos y reproduciendo las relaciones de dependencia.

La historia deja las cosas en claro: durante la Guerra Fría, la Ayuda Internacional fue utilizada como “moneda de cambio”, pues se consolidó en una herramienta geopolítica para ganar aliados y legitimar los modelos de desarrollo capitalista. La CID, lejos de ser un proceso neutral y “humanitario”, sirvió para configurar la división estructural del mundo entre los países que podían controlar los recursos y los que quedaban subordinados a estas mismas lógicas globales. De tal suerte que, los discursos referentes al desarrollo y la ayuda se convirtieron en mecanismos de control, sujetos a los intereses políticos de los agentes internacionales, instrumentalizándose para la reproducción de la lógica capitalista global, como bien enfatiza Lemus Delgado (2017).

En el ámbito internacional, es relevante destacar la distinción entre los términos “Cooperación” y “Ayuda”, que se diferencian por el tipo de operación que cada uno implica, ya que muchas veces son utilizados indistintamente. Es cierto que ambas se relacionan en el ámbito de la asistencia económica y técnica que se produce de Norte a Sur, sean países u organizaciones. No obstante, al menos en la teoría, la CID y la Ayuda Oficial para el Desarrollo (AOD) cuentan con características diferentes. En primer lugar, se puede entender a la CID como:

(...) aquel esfuerzo conjunto entre todos los actores que participan en el proceso para alcanzar un objetivo común. Es decir, viene considerada como el medio para canalizar la ayuda hacia los países beneficiarios con el objetivo de impulsar el desarrollo de los individuos; tanto de quienes reciben, como de quienes la ofrecen y en particular de los receptores. (Lo Brutto, 2017, p. 58)

En segundo lugar, mientras que la Cooperación puede incluir acciones que beneficien a países menos industrializados o desarrollados, como rebajas arancelarias, con un costo para el país donante, la ayuda para el desarrollo se limita a la transferencia, directa o indirecta, de recursos de los países industrializados a los subdesarrollados, con el fin de promover su progreso económico y social (Lo Brutto, 2017, p. 58).

En este sentido, la Cooperación Internacional se define como el conjunto de recursos y oportunidades que los países industrializados ofrecen a los países en desarrollo para facilitar su progreso, mientras que la Ayuda Internacional al Desarrollo (AID) se refiere a la transferencia efectiva de recursos bajo ciertos niveles mínimos de concesionalidad establecidos

internacionalmente. El concepto de Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) es crucial en este contexto (Lo Brutto, 2017, p. 59).

Concretamente, la Ayuda Internacional debe entenderse como poder geopolítico y económico a partir del discurso del expresidente estadounidense Truman de 1949, con el cual se introdujo la idea de subdesarrollo y se promovió la Cooperación Internacional como guía necesaria hacia el progreso. Este discurso puso las bases ideológicas de la CID al vincularla con el concepto de ayuda, misma que fue eminentemente anticomunista (Lo Brutto, 2017, p. 59).

En su momento, este discurso fue recibido de manera “positiva” al relacionarse con las ideas de desarrollo, solidaridad y humanismo. No obstante, se sigue revelando, analizando la historia, que tanto la Ayuda como la Cooperación son meramente una herramienta de control, así como un gran negocio, tal y como lo afirma Lemus Delgado (2017):

(...) la CID es un gran negocio que implica anualmente la transferencia de fondos que superan los 150 mil millones de dólares estadounidenses, de los cuales más de tres cuartas partes se destinan a África. En este negocio participan distintos Estados nación además de diferentes institutos y organismos internacionales, grupos filantrópicos y organizaciones no gubernamentales, cada cual en una búsqueda permanente por alcanzar sus propios intereses. (Lemus Delgado, 2017, p. 25)

Como tal, los discursos de la CID, según el mismo Lemus Delgado (2017), se constituyen en narrativas portadoras de “la verdad”. Articulan un discurso racional con la intención de fundarse como “el paradigma”, pero estas prácticas benefician más bien a los intereses de ciertos actores de cooperación, pues:

(...) cuando algunos actores imponen su discurso de la cooperación como el verdadero, demuestran una mayor capacidad para moldear las relaciones que están presentes al interior de este régimen. Para conseguirlo construyen narrativas históricas que permiten justificar el presente y proyectar un futuro. (p. 28)

El desarrollo se convirtió como el único camino viable, la única verdad, mas proyectan un futuro donde los países beneficiarios siguen sujetos a las lógicas de dependencia. Esto se relaciona con lo que Aníbal Quijano (2014) denomina la Colonialidad del Poder, un patrón de dominación que persiste desde la Conquista y que combina mecanismos de conocimiento para la dominación

colonial con las estructuras de explotación social. En el contexto de la CID, esta colonialidad se manifiesta en la perpetuación de las asimetrías entre el Norte y el Sur globales, donde las lógicas de explotación económica y la imposición de marcos epistemológicos y epistémicos siguen reproduciendo las dinámicas coloniales de control y subordinación.

Lo Brutto (2017), al seguir la perspectiva de Paul Baran, concuerda que el subdesarrollo es, en gran medida, un resultado directo del imperialismo y el colonialismo, dado que las condiciones estructurales que impiden el desarrollo económico en los países subdesarrollados están directamente vinculadas a las relaciones desiguales con los países desarrollados. El desarrollo industrial, defendido como un camino hacia el progreso, ha sido bloqueado por la competencia desigual con los países industrializados.

1.4.2. Neoliberalismo, crecimiento depredador y auge de las ONG

Por otro lado, Vassalli y Rodríguez Albor (2017) destacan el que Cooperación Internacional, dentro del marco global actual, juega un papel central en las relaciones internacionales bajo una lógica de interdependencia. Sin embargo, esta interdependencia ha acabado en un “crecimiento depredador”, un fenómeno que expone las contradicciones y límites de la CID dentro de un sistema global neoliberal asimétrico. Según estos autores:

(...) los límites de la Cooperación Internacional bajo un sistema global neoliberal asimétrico en la promoción de un crecimiento económico sostenible con desarrollo para América Latina y el Caribe, que ha llevado a un crecimiento colectivo con una persistencia de la desigualdad, tanto interna como externa, perpetradas y perpetuadas desde el Norte. (Vassalli y Rodríguez Albor, 2017, p. 83)

El concepto de crecimiento depredador desarrollado por Amit Bhaduri, refleja el crecimiento económico con nulo desarrollo, fenómeno que se presenta en las “economías en desarrollo”, entre ellas, México. La producción económica en estas economías se deriva de la productividad laboral y la tasa de empleo, dos factores que Bhaduri considera fundamentales para medir el bienestar económico y social de un país (Vassalli y Rodríguez Albor, 2017, p. 84). Sin embargo, en el contexto neoliberal, la productividad supera a la tasa de empleo debido a la organización flexible del trabajo, lo que significa que los trabajadores son obligados a ser más eficientes y trabajar más horas. Este proceso es comparable a lo que Marx (1980) llamó plusvalía absoluta, en donde el capital maximiza su explotación de la fuerza laboral a través del aumento de la jornada de trabajo.

Este crecimiento económico produce mayores desigualdades y exclusión social, puesto que los sectores más pobres de la población son marginados de las políticas de bienestar del Estado. Los ejemplos abundan en América Latina, donde países que han experimentado un crecimiento económico significativo también muestran una de las distribuciones más desiguales de ingresos en el mundo, lo que ocasiona pobreza extrema en vastos sectores de su población (Vassalli y Rodríguez Albor, 2017, p. 85).

Este análisis nos lleva a la pregunta: ¿por qué las economías en desarrollo han adoptado tan fervientemente las políticas neoliberales y se han abierto al mercado mundial si solamente provocan más desigualdad? Para responder a esto, Vassalli y Rodríguez Albor (2017) explican que el concepto de crecimiento depredador está enraizado en el propio sistema económico neoliberal. En la teoría, el neoliberalismo promueve la idea de que las economías deben abrirse al mundo exterior para iniciar procesos de industrialización y crecimiento. Esto tiene su base en la historia del colonialismo, que, como explica Marx (1980) en su teoría de la acumulación primitiva, utilizaba a las colonias como fuentes de mano de obra y recursos naturales para financiar el desarrollo de las metrópolis:

(...) el crecimiento económico en Europa refuerza la idea de promoción de las exportaciones y la sustitución de importaciones, pues es más rentable generar una fuente de demanda fuera de la propia economía a través de la liberalización del comercio (Vassalli y Rodríguez Albor, 2017, p. 88).

Sin embargo, la realidad histórica muestra lo contrario. Los países que han alcanzado un desarrollo económico sostenido lo hicieron mediante políticas de sustitución de importaciones y la protección de sus mercados internos, no a través de la apertura indiscriminada de sus economías. Esto fue evidente en América Latina entre las décadas de los cincuenta y ochenta, cuando las políticas proteccionistas e industrializadoras promovieron un crecimiento económico más equitativo y sostenido.

De igual modo, Vassalli y Rodríguez Albor (2017) señalan que el cambio del liberalismo al neoliberalismo en las economías globales, a partir de los años ochenta, ha sido clave en la promoción del crecimiento depredador, caracterizado por el libre flujo de capitales y la globalización financiera. Este giro ha consolidado las asimetrías entre los países del Norte global,

que controlan los flujos de capital, y los países del Sur global, que se ven forzados a competir en términos desiguales, sedimentando así las relaciones de dependencia económica (p. 89).

A ello se le suma la consolidación del poder monetario a finales del siglo XX que, como observa Sogge (2004), reavivó antiguos referentes ideológicos bajo un nuevo credo: el neoliberalismo. Este sistema, también denominado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) como fundamentalismo de mercado, fue impulsado por líderes como Margaret Thatcher y Ronald Reagan en los años ochenta, en su intento por dismantelar el keynesianismo. De esta manera, el fundamentalismo de mercado se cristalizó en lo que se conoce como el Consenso de Washington, que promovió la deslegitimación de los poderes públicos y favoreció el dominio del capital privado y los flujos de capital. Esto marcó la transición hacia lo que se denomina capitalismo anglosajón, que se distingue del capitalismo del bienestar por su enfoque exclusivo en la creación de valor para el accionista (Sogge, 2004, p. 42).

Este nuevo modelo económico redujo el papel del Estado como agente gerencial del crecimiento y el desarrollo. En su lugar, se priorizó la inversión directa de instituciones financieras multilaterales y privadas para garantizar la liberalización del capital, lo que resultó en la implementación de políticas que favorecían al sector privado en detrimento del público (Vassalli y Rodríguez Albor, 2017, p. 89). En este capitalismo anglosajón, se subordinaron los intereses de los trabajadores asalariados, las comunidades locales, el sector público y el medio ambiente al propósito principal de aumentar el valor del accionista (Sogge, 2004, pp. 42-43).

Este modelo ha beneficiado enormemente al mercado globalizado, pero ha generado graves desigualdades. La productividad del Sur global ha aumentado, mas no ha sido acompañada por un incremento proporcional de los salarios, lo que solo ha generado una crisis en el poder adquisitivo de las clases trabajadoras, quienes no pueden consumir los productos que ellos mismos generan. Esto refleja el problema del crecimiento depredador: cuando la tasa de empleo cae y los salarios no aumentan, el poder adquisitivo de los consumidores disminuye, afectando gravemente la economía (Vassalli y Rodríguez Albor, 2017, p. 89).

Las crisis económicas resultantes de la apertura de las economías a los flujos de capital internacionales tienen un impacto desastroso en las políticas públicas, especialmente, aquellas orientadas a los sectores más pobres de la población. En este contexto, organismos como el FMI adquieren un poder decisivo en la formulación de políticas de ajuste estructural para las economías en desarrollo en crisis. Sin embargo, estas políticas suelen generar déficits en el sector público, lo

que se traduce en recortes de gasto social, deterioro de los servicios públicos y un aumento en la desigualdad (Vassalli y Rodríguez Albor, 2017, p. 90).

Lo irónico es que, aunque el discurso neoliberal promueve una reducción del Estado, en la práctica, los defensores del mercado no dudan en utilizar la autoridad estatal centralizada para proteger el valor de la moneda, mantener altas tasas de interés y asegurar que los grandes inversores no sufran pérdidas. Este principio implícito de “privatizar el beneficio y socializar el riesgo” ha sido evidente en crisis como la de 2008, en la que las clases trabajadoras cargaron con el peso de las consecuencias económicas, mientras que los grandes inversores y empresas fueron rescatados (Sogge, 2004, pp. 42-43).

Este panorama global ha dado lugar a la proliferación de miles de agencias de ayuda con sede en el Norte global, y un número creciente de proyectos sin ánimo de lucro pululando el Sur. Esta expansión ha sido posible gracias al financiamiento de la ayuda exterior, que, como concluye Sogge (2004), ha dejado de ser una solución y se ha convertido en un problema. Al estar atada a las doctrinas del mercado, la ayuda exterior se ve cada vez más como un mecanismo que refuerza las desigualdades entre los países del Norte y del Sur (Sogge, 2004, p. 45).

Bajo este contexto, el neoliberalismo no solo ha desarticulado los colectivos problemáticos para el sistema, como los sindicatos, sino que también ha despolitizado a la sociedad civil. Según Sogge (2004), diversas investigaciones han demostrado que una mejor distribución de ingresos está asociada a una fuerza de trabajo organizada. Sin embargo, la consolidación del fundamentalismo de mercado ha coincidido con la dispersión de la sociedad civil en direcciones despolitizadas (Sogge, 2004, p. 43).

El neoliberalismo, al reducir el papel del Estado en la provisión de bienes y servicios públicos, ha promovido una estrategia de asociaciones público-privadas, donde el voluntariado y las ONG asumen la provisión de servicios que antes eran responsabilidad del Estado. Según Sogge (2004), los excedentes financieros, el creciente tiempo libre y el esfuerzo voluntario han facilitado innumerables iniciativas que, aunque inspiradas en el compromiso social, en realidad sirven para desplazar las responsabilidades del Estado hacia el sector no lucrativo. Estas iniciativas, si bien parecen altruistas, están profundamente ligadas a las doctrinas del mercado y al sistema global capitalista (Sogge, 2004, pp. 43-44).

1.4.3. Impacto de la Cooperación Internacional en América Latina

En el contexto específico latinoamericano, el modelo de desarrollo predominante es el neoextractivismo, resultado directo de la demanda internacional de *commodities*. Lucatello (2017) denuncia que, independientemente de la orientación política de los gobiernos de la región, ya sean de derecha o izquierda, este enfoque extractivista ha generado serios problemas sociales y ambientales. Estos problemas no solo subrayan las paradojas inherentes a la búsqueda del desarrollo, progreso y sostenibilidad, sino que también revelan la naturaleza tóxica de una solidaridad que, más que un esfuerzo genuino de Cooperación para el Desarrollo se ha transformado en una “industria de la ayuda”. La cooperación internacional en América Latina, así, en lugar de ser un motor para el crecimiento integral, parece haberse convertido en un mecanismo de perpetuación de dinámicas extractivistas y de dependencia hacia el norte global.

El primer acto de esta narrativa es precisamente la implementación de este modelo extractivo, mientras que el segundo acto se centra en las presiones que ejerce la CID sobre los países de la región, especialmente, cuando se alinea con las agendas globales como los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y los programas de seguridad. De esta forma, la CID vincula desarrollo y seguridad en un esfuerzo por proteger a los países donantes de las “amenazas” que pudieran emanar de los países receptores. Esta relación plantea la “securitización del desarrollo”, donde el bienestar social es medido y manejado en términos de protección y control⁶ (Lucatello, 2017, pp. 191-194).

El tercer acto pone énfasis en la sociedad civil, donde a pesar de los esfuerzos por mejorar la gobernanza y los sistemas legales, la realidad es que los niveles de violencia, abusos y desapariciones siguen aumentando en muchas partes de América Latina. Este hecho revela una contradicción central: mientras que las políticas de desarrollo buscan, al menos en teoría, proteger a las poblaciones vulnerables, en la práctica, a menudo facilitan la opresión de aquellos que resisten los abusos del poder (Lucatello, 2017, p. 184).

⁶ Cabe recalcar que, este concepto de seguridad ha sido matizado debido a su relación con la industria armamentista conservadora. Por lo mismo, se acompaña la palabra “seguridad” con las palabras “paz” y “justicia”. Sin embargo, relativo a la venta de armas, nos queda por reflexionar por qué se siguen intercambiando estas mercancías letales. ¿Es acaso un círculo vicioso que no toman en cuenta los organismos internacionales? O, por el contrario, ¿es su círculo virtuoso para asegurar la “seguridad” necesaria al crear las condiciones para que exista una otra a bien armada? ¿En verdad se busca paz y justicia? Al final, la retórica se desvanece casualmente y se vuelve mágicamente realista cuando se deja la responsabilidad a una gobernanza eficaz por parte de los Estados para lograr la paz y la justicia.

Un elemento crucial en este análisis es el papel creciente de las ONG en la región. Como lo destaca Lucatello (2017), desde los años ochenta se ha producido una verdadera proliferación de ONG en América Latina, lo cual ha generado una simbiosis entre el Desarrollo y la Cooperación en toda la región. Según Peláez (2015), actualmente, existen más de 10 millones de ONG en el mundo, de las cuales alrededor de 40,000 operan en América Latina, siendo financiadas principalmente por gobiernos de los países del norte global, como Estados Unidos y Europa.

Sin embargo, muchas de estas ONG han sido instrumentalizadas para diseminar la globalización neoliberal dictada por el Consenso de Washington. Desde una perspectiva crítica, estas organizaciones no solo han sido actores fundamentales en la expansión de la agenda neoliberal, sino que también han contribuido, directa o indirectamente, a los desastres sociales y ambientales de la región. Las ONG, en consecuencia, se convirtieron en un mecanismo que permitió al neoliberalismo intervenir y controlar las dinámicas sociales de los países latinoamericanos, mientras simultáneamente creaban las condiciones que perpetuaban las desigualdades que pretendían mitigar (Lucatello, 2017, p. 208).

Una nueva cuestión se presenta en este punto: ¿cómo han evolucionado y modificado su función las ONG en los últimos años? La respuesta resulta desalentadora si todavía se cree en el mito de que las ONG son entidades apolíticas, cuyo único objetivo es ayudar a las personas sin esperar nada a cambio. Según Sogge y Zadek (1998), la cooperación no gubernamental ha crecido más como un negocio que como una genuina expresión de altruismo.

En otras palabras, el “hacer algo” para abordar los problemas sociales visibles se ha convertido, muchas veces, en un negocio más que en un acto de buena voluntad. Un ejemplo claro de esta transformación se puede ver en situaciones como la de los refugiados ruandeses, donde algunas ONG se vieron involucradas en el tráfico de bebés huérfanos, llevando a cabo lo que podría describirse como un descarado negocio de contrabando. Sogge y Zadek (1998) también señalan que, a menudo, se dedica más tiempo en reuniones directivas para discutir cómo sobresalir en el “mercado de la caridad y la recaudación de fondos” que en centrarse en los objetivos y contenidos reales de la organización (p. 103).

Un caso concreto que los autores mencionan es el de *Save the Children USA*. En 1995, un periodista citó documentos internos de la organización que revelaron que, en 1993, de cada 240 dólares proporcionados anualmente para el apadrinamiento de niños, solo 35,29 dólares se destinaban realmente al proyecto de ayuda a esos niños. El resto del dinero se utilizaba en

publicidad y burocracia, lo que significa que los padrinos, en realidad, estaban comprando un sentimiento de bienestar y satisfacción personal más que contribuyendo efectivamente a mejorar las condiciones de vida de los apadrinados (Sogge y Zadek, 1998, p. 104).

Esta comercialización, competencia y oportunismo (propios del mundo de los negocios lucrativos) han proliferado rápidamente en las organizaciones de cooperación no gubernamental. Como resultado, las ONG han seguido las “leyes del mercado” para asegurar sus ganancias y poder, transformándose en negocios o contratistas que buscan crecimiento, competencia agresiva y una imagen pública favorable. De esta forma, ya no son los valores los que guían a estas organizaciones, sino que se mueven al ritmo de la oferta y la demanda para mantenerse a flote en un mercado que, en última instancia, responde a los intereses de las clases más pudientes (Sogge y Zadek, 1998).

1.4.4. Las ONG en América Latina: legitimidad y crisis

Esta dinámica se ha replicado también en América Latina. En la región andina, por ejemplo, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) proporcionó líneas de financiamiento a ONG que implementaran programas de erradicación de cultivos de coca y lucha contra el consumo de drogas, lo que incentivó un crecimiento y competencia entre estas organizaciones para llevar a cabo dichas actividades (Lucatello, 2017, p. 209).

En los primeros años del siglo XXI, las ONG evolucionaron en un modelo más empresarial como respuesta a las nuevas demandas de la agenda de la Cooperación Internacional. Las intervenciones comenzaron a centrarse en áreas como el sector rural, el medio ambiente y la industria extractiva, así como en temas de interculturalidad (Lucatello, 2017, p. 210). Además, el aumento de enfermedades y epidemias debido al cambio climático, junto con la falta de acceso al agua y servicios de saneamiento, incrementaron el número de ONG centradas en el tema de salud.

Sin embargo, este crecimiento y competencia por donaciones han intensificado lo que Saxby (1998) llama “competencia oligopolística en el mercado de la caridad” (p. 101). Las ONG también se han involucrado en temas de comercio y deuda, planificando políticas a través de proyectos, indicadores y programas, especialmente, tras la entrada en vigor de la Agenda de la Eficacia de la Ayuda, posterior a la Declaración de París de 2005. Estas transiciones han generado desconfianza debido a los constantes cambios en las actividades y prioridades de las ONG.

Lucatello (2017) explica que estos cambios han generado incertidumbre y confusión en el mundo de las ONG en América Latina. Muchas han entrado en crisis estructurales y se enfrentan a

una competencia más agresiva por los escasos recursos disponibles. Este panorama ha reducido considerablemente el potencial de alcance y los objetivos de estas organizaciones (p. 210). Por lo mismo, el problema de legitimidad de las ONG es hoy un tema recurrente, vinculado a cuestiones de propiedad, responsabilidad y eficacia. Según Saxby (1998), las ONG “aparecen como grupos de animosos ciudadanos enraizados en la ‘sociedad civil’”, pero, en realidad, han desarrollado estructuras oligárquicas con directivos privilegiados que, a menudo, actúan como “hermanos mayores” en su relación con las ONG del Sur, creando relaciones de poder verticales (pp. 65-71).

La creciente dependencia financiera de las ONG, tanto de organismos internacionales como de fondos estatales, ha acentuado esta crisis de identidad. La OCDE estima que la financiación estatal es ahora crucial para al menos la mitad de las ONG más grandes. Un 25% de la ayuda oficial de los países del Norte es canalizada a través de estas organizaciones, y en sectores como el auxilio de emergencia, el porcentaje puede llegar al 50% o más (Saxby, 1998, p. 69).

Esta situación ha llevado a que algunas ONG abracen abiertamente su papel como “contratistas del servicio público”, mientras otras intentan mantenerse independientes. Sin embargo, el resultado es que, en ambos casos, muchas ONG han dejado de ser entidades altruistas y se han convertido en actores económicos y políticos que operan bajo las mismas lógicas que pretendían combatir (Saxby, 1998, p. 72).

En América Latina, el retorno al estatismo y la agenda pos-neoliberal de varios gobiernos han provocado un replanteamiento en las relaciones entre el Estado y las ONG, especialmente, en el ámbito de la Cooperación Internacional. El Estado ha retomado actividades que antes eran manejadas por estas organizaciones, lo cual refleja una revisión de los roles entre Estado y sociedad civil. Como bien hace ver Lucatello (2017), “estamos frente a un replanteamiento acerca de las relaciones entre Estado y sociedad, así como en torno a las características y roles de las organizaciones sociales en los ‘nuevos Estados’” (p. 211).

No obstante, el papel del Estado sigue siendo fundamental para la vida y la actividad de las ONG. En muchos casos, es el Estado el que determina las agendas, programas y sistemas operativos de estas organizaciones, eliminando en gran medida el carácter voluntario con el que las ONG se originaron. Como señala Saxby (1998), “es el Estado el que determina los programas, las perspectivas y los sistemas operativos, acabando a menudo con cualquier carácter voluntario que tuviera el origen de las organizaciones, adaptándolas a los requisitos de su agenda oficial” (p. 83).

Con esto, la relación entre las ONG y el Estado se ha transformado, pasando el Estado de ser un simple “financiador” o “cliente” a ser un dueño implícito de las agendas de las ONG, dirigiendo sus acciones bajo el marco del “sueño del desarrollo”. Esto pone en entredicho la autonomía y el carácter independiente de las ONG, ya que su legitimidad ahora se vincula a su relación con el Estado y su capacidad de responder a las demandas impuestas de manera vertical.

Por tanto, la propiedad y legitimidad de las ONG se pone en tela de juicio. Si bien estas organizaciones pueden ser vistas como cooperativas o empresas de accionistas, donde sus miembros son los “propietarios”, la cuestión de la legitimidad es mucho más compleja. Para Saxby (1998), la legitimidad de las ONG depende de dos elementos clave: (i) una autoridad interna debidamente construida a la que se le pueda exigir responsabilidad, y (ii) la responsabilidad hacia aquellos a quienes prestan servicio. Estos factores, junto con la experiencia y consistencia de las ONG con su misión, determinan su credibilidad y su identidad política frente a los problemas de desarrollo global (pp. 74-75).

Asimismo, hay que decir que la legitimidad de las ONG no es estática, sino que depende del reconocimiento otorgado por el público implicado. Según Saxby (1998), las ONG deben rendir cuentas a varios actores, entre ellos:

- Los donantes, quienes financian las actividades de la organización
- Sus miembros o propietarios
- El Estado, que regula y en ocasiones financia sus actividades
- Los “socios” con los que colaboran en la implementación de sus programas
- Los beneficiarios o “clientes” a quienes sirven directamente

Esta multiplicidad de relaciones refleja el entramado de intereses en el que operan las ONG y la manera en que su función se encuentra condicionada por todas estas partes interesadas. Sin embargo, a medida que las ONG se han profesionalizado, los voluntarios han sido relegados a roles marginales dentro de estas organizaciones. Aunque muchas ONG comenzaron como grupos de voluntarios, hoy en día, la competencia y la necesidad de eficiencia han llevado a la profesionalización del personal, dejando a los voluntarios principalmente en funciones simbólicas o de apoyo en juntas directivas.

La profesionalización de las ONG ha llevado a su creciente institucionalización dentro del sistema de CID. Tanto es así que muchas de estas organizaciones tienen hoy un papel activo en foros mundiales, donde se toman decisiones sobre temas tan relevantes como la liberalización del comercio o la negociación de deuda externa. Como sostienen Calabuig Tormo y Cuesta Fernández (2010), las ONG han ganado influencia política y se les reconoce como la “conciencia ciudadana del Norte”, en la medida en que representan la voluntad de muchos actores de erradicar la pobreza y la opresión global (p. 92).

Sin embargo, las ONG no están exentas de críticas. Muchos críticos las acusan de ser cómplices de un sistema que mantiene las desigualdades y la exclusión. En este sentido, su supuesta independencia del sector público es cuestionada, dado que su financiamiento y agendas a menudo están alineadas con los intereses de los gobiernos y organismos internacionales que las patrocinan. De hecho, la simbiosis entre ONG y Estados del Norte global ha condicionado fuertemente el desarrollo de las ONG en el sur, lo que ha reforzado la dependencia financiera de estas últimas.

Ortega Carpio (1994) define a las ONG como “organizaciones voluntarias, sin fines de lucro, autónomas e independientes del ámbito de los gobiernos, cuyos recursos se destinan a financiar proyectos o acciones emprendidos en el ámbito de la cooperación para el desarrollo” (como se cita en Tormo y Cuesta Fernández, 2010, p. 93). Sin embargo, esta definición choca con la realidad actual, en la que las ONG, aunque motivadas por la Solidaridad y la Ayuda Internacional, operan bajo las mismas lógicas del mercado y las relaciones de poder que caracterizan al Sistema de Cooperación Internacional.

En síntesis, las ONG se han transformado en actores clave del Sistema de Cooperación Internacional, pero su papel y su legitimidad son cada vez más cuestionados. Las ONG del Sur, en particular, enfrentan una creciente presión para adaptarse a las agendas impuestas desde el Norte, lo que refuerza, precisamente, las estructuras de poder global que intentan desafiar. Por tanto, la tensión entre la autonomía de las ONG y su dependencia financiera sigue siendo una de las principales contradicciones de este sector en el marco de la Cooperación Internacional.

1.4.5. Ideología de la Cooperación Internacional: produciendo una violencia objetiva

Tormo y Cuesta Fernández (2010) concuerdan también que muchas Organizaciones no Gubernamentales para el Desarrollo (ONGD) en realidad se limitan a mitigar los síntomas de la pobreza en lugar de atacar las causas que la generan. Esto influye directamente en la manera en

que estas organizaciones difunden su información para obtener recursos: “tendríamos el caso de imágenes lastimeras y catastrofistas del Sur; por ejemplo, imágenes de niños tristes, sucios y carentes de afecto, muy utilizadas por las ONGD que se dedican al apadrinamiento de niños, aunque no exclusivamente” (p. 100). Este enfoque reproduce una narrativa de dependencia que refuerza la visión paternalista hacia los países en desarrollo al ocultar las estructuras de dominación subyacentes.

Con respecto a esto, Žižek (2009) denomina a esta lógica paternalista como la de los “comunistas liberales”, quienes, según él, se sienten moralmente realizados y aliviados al ayudar en situaciones de crisis humanitarias, ya que esto les otorga una especie de superioridad moral. Para estos actores, el “amor al prójimo” se traduce únicamente en donaciones y acciones de caridad que, a nivel simbólico, justifican la perpetuación del sistema de acumulación capitalista. Desde este punto de vista, sus acciones resultan en una producción de violencia objetiva, la cual, a su vez, aparece y se experimenta de forma distinta en el ámbito subjetivo.

Según Žižek (2009), esta dinámica no solo satisface la necesidad de ayudar, sino que, además, refuerza la idea de que la acumulación de riqueza es necesaria para seguir ayudando, puesto que: “Su lema preferido es el de la responsabilidad social y la gratitud: son los primeros en admitir que la sociedad fue muy generosa con ellos (...) por lo que es su deber devolver algo a la sociedad y ayudar a la gente” (p. 34). Sin embargo, esta “caridad” oculta las verdaderas relaciones de explotación que mantienen el mismo sistema económico.

En el ámbito de la Cooperación para el Desarrollo, esta lógica se manifiesta en las dinámicas de poder global que subyacen en el sistema de ayuda. Estas relaciones de control se replican a través de la distribución desigual del conocimiento y el poder de decisión, manteniendo la jerarquía entre donantes y receptores. Esta producción de conocimiento también está controlada por actores internacionales como el Banco Mundial, que legitima esta visión de desarrollo a través de publicaciones y medios de comunicación, influenciando el debate global y silenciando las voces de las comunidades más afectadas por la pobreza (Tormo y Cuesta Fernández, 2010, p. 45).

Del mismo modo, Lo Brutto (2017) describe cómo la Cooperación Internacional ha servido para incluir a los países en desarrollo dentro de un marco neoliberal que limita su propia capacidad para generar un cambio estructural: “Cooperación Internacional ha sido entonces, siguiendo esta perspectiva crítica, uno de los modos naturales históricos de asistencia que ha funcionado como dispositivo de normalización, control, inclusión y reproducción” (p. 64).

A pesar de los intentos recientes de reformar este sistema, como lo sugiere la Declaración de Busan de 2011 y la Agenda de Acción de Addis Abeba, la Cooperación sigue atrapada en las lógicas de dominación del Norte Global sobre el Sur. Aunque se han impulsado nuevas métricas como el TOSSD (Datos Estadísticos sobre la Cooperación para el Desarrollo Sostenible), estas iniciativas no abordan las relaciones de poder subyacentes y siguen promoviendo la participación del sector privado como solución. Por este motivo, se sigue reforzando la dependencia y limita la verdadera autonomía de los países en desarrollo (Lo Brutto, 2017, pp. 71-74).

1.5. La militancia política y social, ¿opositora del voluntariado?

En el anterior apartado, pareciera que el papel del voluntariado se ve subsumido por las lógicas de Cooperación y Ayuda internacionales. Es decir, aquella persona que realice acciones voluntarias, aun con las mejores intenciones, actuará bajo determinaciones impuestas por el sistema neoliberal global, moldeadas por las estructuras de poder que configuran a la misma Cooperación Internacional. Por lo tanto, en este acápite, considero prudente conectar y distinguir el voluntario de lo que se conoce como militante para advertir los estragos que el neoliberalismo ocasionó en la agencia de aquellos que intenta realizar acciones solidarias bajo el marco institucional y formal del voluntariado.

A diferencia de García Lorca (1999), quien esperó de manera optimista la actuación del voluntariado, a finales del Estado de bienestar, como una praxis transformadora de la sociedad y como el retorno a una solidaridad más allá de la burocracia del Estado, aparece Segovia Bernabé (2000) (ambos autores españoles) con una crítica muy potente al rol que tendría el voluntariado bajo un contexto netamente neoliberal.

La legislación del voluntariado en España se vio transformada al entrar el neoliberalismo. Segovia Bernabé (2000) critica el cambio de “Estado social y democrático de Derecho” por el mero “moderno Estado de Derecho” que se establece en la exposición de motivos de la Ley del Voluntariado de 1996, dando como pauta que, en España, al entrar el neoliberalismo, la responsabilidad social ya es compartida entre Estado y sociedad. De igual forma, comenta que el “voluntariado, ONGs y otras formas benévolas poco avisadas no son sino herramientas en un intento de pacífica involución del estado del bienestar hacia uno ‘moderno’ de corte neto neoliberal”.

Por eso, la crítica de Segovia Bernabé es preponderante para analizar el rol de las ONG, a las cuales se les ha dejado las responsabilidades que correspondían al Estado. Igualmente, se observa cómo se ha diluido el potencial transformador del voluntariado (si alguna vez lo tuvo), reduciéndose a una serie de acciones que solamente se dedican a aliviar las desigualdades sociales. También es importante ver hasta qué punto el concepto de voluntariado soporta el escrutinio de “transformador”, real solidario y comprometido al contrastarlo con el concepto de militancia.

1.5.1. La dicotomía entre militancia y voluntariado: una reflexión crítica

Para analizar el posicionamiento de las ONG, tanto las enfocadas en el Cuarto Mundo como las dedicadas al Desarrollo Internacional, el autor emplea los actores sociales identificados por García Roca como fundamentales en cualquier intervención: la Administración, los profesionales, el Tejido Social Solidario (TSS) y los excluidos. En cuanto a la Administración, su rol se caracteriza por la planificación de políticas y la asignación de recursos. Algunas ONG aceptan que el Estado intervenga cada vez menos, delegando en ellas responsabilidades que corresponden al ámbito estatal, incluso sugiriendo que las ONG gestionen los impuestos de los ciudadanos. Esta perspectiva refleja una postura que minimiza el papel del Estado en la búsqueda del bienestar social, desviando la atención de sus responsabilidades fundamentales hacia las ONG.

Otro aspecto relevante es el peso de los técnicos dentro de las ONG. Es necesario observar cuánto peso tienen estos profesionales, tanto en términos cuantitativos como cualitativos; y si su presencia en la organización se alinea con el propósito solidario y comunitario del Tejido Social Solidario. Si el exceso de personal contratado y la falta de participación del voluntariado amenazan con desviar el enfoque de la ONG hacia sus propios intereses institucionales en lugar de los beneficiarios reales de sus acciones, se corre el riesgo de perder de vista la esencia solidaria y comprometida de la organización.

En relación con el Tejido Social Solidario, es esencial diferenciar entre el voluntariado y la militancia política y social. A lo largo de la historia, según el mismo Segovia Bernabé (2000), en España, se han dado diferentes momentos en los que la orientación y los objetivos de los movimientos sociales han variado significativamente. Desde la militancia política durante los últimos años del franquismo hasta la explosión del voluntariado y las ONG en los años 90, se ha observado un cambio en la forma en que la sociedad civil se organiza y moviliza para abordar

problemas sociales. Es fundamental reflexionar sobre estos cambios y entender cómo impactan en la identidad y el propósito de las ONG en la actualidad.

Por otro lado, las características que distinguen al militante del Tejido Social Solidario son:

1. El militante se compromete con una “causa” de manera profunda y con un componente ideológico marcado, lo que implica lectura, debate y autocrítica constante. Este compromiso no se limita a dedicar tiempo, sino que implica una entrega total de su vida.
2. La implicación del militante abarca todos los aspectos de su vida, sin fisuras entre lo personal y lo político, incluso si es un profesional técnico en una ONG.
3. El militante se identifica plenamente con el movimiento al que pertenece, compartiendo su ideario, objetivos y estrategias, y habla siempre en términos de “nosotros”.
4. Aunque puede tener poco tiempo libre, el militante dedica calidad de tiempo a su causa, dejándose influir por la realidad que le rodea más allá de sus momentos de dedicación explícita.
5. El militante adopta una postura dialéctica, que implica la exclusión explícita de ciertos valores en favor de otros, especialmente en un mundo donde la existencia de pobres está ligada a la de ricos.
6. Se identifica con una clase social y se siente vinculado a los destinos del mundo obrero y explotado, comprendiendo que la solidaridad implica renuncia y dolor, y que debe ser internacional.
7. Esta forma de militancia social representa una evolución de la militancia política para adaptarse a las nuevas circunstancias sociales.

En cuanto a los voluntarios y sus ONG, Segovia refiere las siguientes características diferenciadas:

1. Los voluntarios muestran una amplia gama de motivaciones para participar, desde el deseo de ayudar a los demás hasta ocupar su tiempo libre para evitar el aburrimiento.
2. Los voluntarios pueden vivir sin compromisos ideológicos o ético-religiosos profundos y a menudo evitan la política, centrándose en la ayuda directa.
3. Su implicación en la ONG es parcial y condicionada, limitándose a ciertas áreas y momentos de su vida.

4. A menudo hay una falta de identificación plena con el movimiento, hablando de él en tercera persona y sin participar en debates internos importantes.
5. No suelen posicionarse dialécticamente y tienden a favorecer la conciliación y el consenso en lugar de posturas radicales.
6. Su papel en la ONG puede ser manejado desde fuera, con escasa influencia en las decisiones internas.

Así pues, en suma, mientras que el militante del Tejido Social Solidario se compromete realmente con una causa y adopta una postura clara, crítica y dialéctica, el voluntario tiende a implicarse de manera más superficial y condicionada, evitando compromisos ideológicos y políticos.

1.5.2. ¿Es posible un voluntario que se oriente a la emancipación desde lo conceptual?

Como crítica final, Segovia Bernabé (2000) afirma que, en el mundo de las ONG, al igual que todos los Nuevos Movimientos Sociales (NMS), se necesita avanzar en su conciencia política sobre la verdadera naturaleza de los problemas que enfrentan. No se trata simplemente de proporcionar ayuda a quienes sufren, sino de evitar la producción sistemática de las mismas injusticias. Para lograrlo, es necesario superar la actual fragmentación y crear plataformas más amplias que integren diferentes movimientos sociales.

De igual modo, el autor argumenta que es crucial rescatar el verdadero significado de la solidaridad, alejándose de versiones superficiales y posmodernas con el fin de abrazar una solidaridad basada en la justicia y el compromiso. La ética de la justicia planetaria debe ser asumida para evitar que la solidaridad se convierta en un mero paliativo. Estamos en un momento de revoluciones transversales, donde, para Segovia Bernabé (2000), el compromiso militante debe ir de la mano de la flexibilidad y la integración de diferentes enfoques y estrategias. Es necesario reconocer, por tanto, la diversidad de actores sociales involucrados en la lucha por un cambio real. Esta discusión da luz a la cuestión de mirar críticamente al voluntariado y aproximarnos a sus límites conceptuales, al momento de intentar encuadrarlo como un movimiento solidario y verdaderamente emancipador.

Cabe cuestionarnos aquí, si este modelo, tal y como Harvey (2007) y Brown (2016) analizaron del neoliberalismo, provoca una absoluta despolitización de la sociedad civil al fragmentar las luchas sociales y relegar toda la responsabilidad al individuo; o si, en términos

relativos, existe un potencial para politizar las prácticas voluntarias al hacer conscientes las contradicciones inherentes del sistema en el que operan. Los límites y la negatividad presentes siempre deben ser inspeccionadas observando las medicaciones que la totalidad social impone.

Así como Segovia mencionó que varias de las ONG y de los NMS surgieron como respuestas críticas que luego fueron cooptadas por el neoliberalismo, habría que probar el caso de que una organización llevase a la crítica su propio proceder solidario. Sin embargo, siempre dependerá su capacidad para llevar a cabo sus acciones del financiamiento estatal y privado, mismo que, en últimas, los hará competir por los recursos y luchar por su subsistencia. Esta situación convierte, indefectiblemente, a cualquier organización en un actor institucionalizado, burocratizado, pero, sobre todo, empresarial.

1.6. Conclusiones: El voluntariado entre la encrucijada conceptual

En este primer capítulo hemos recorrido conceptual y teóricamente las transformaciones históricas que han sido necesarias para comprender, de mejor modo, al voluntariado como fenómeno y unidad de todas esas configuraciones. Desde la caridad religiosa, hasta su inserción y necesidad en el sistema de la CID, se han evidenciado una serie tensiones y contradicciones que atraviesan esta actividad social, en especial, dentro del marco neoliberal global.

En primer lugar, vimos de qué manera se transitó de un modelo de caridad con talante meramente religiosa cristiana, en el cual se atendían necesidades inmediatas y personales, hacia una solidaridad más estructurada, mediada por las instituciones y las agendas internacionales. Esa necesidad de enfrentar las demandas contemporáneas causadas por el mismo sistema capitalista ha llevado a la formalización de la actividad solidaria, donde la burocratización de la ayuda y la cooptación de la labor voluntaria son concreciones de la abstracción conceptual del ayudar. De esta forma, la acción voluntaria queda atrapada en las mismas dinámicas de poder, control y administración, características propias del Sistema de CID.

En términos globales, bajo el contexto de la CID y de la Ayuda Internacional, en lugar de buscar la emancipación de las comunidades receptoras, como clara consecuencia de la colonialidad del poder y del saber, se refuerzan las jerarquías y la asimetría entre Norte y Sur global, reproduciendo las mismas relaciones de dominación que busca aliviar. La vinculación entre seguridad y desarrollo, la cual deriva en una “solidaridad tóxica”, sugiere que el voluntariado se instrumentaliza para mantener el orden global al proteger a los donantes de las amenazas percibidas

desde el Sur. Por tanto, el voluntariado debe mantener la “politización” requerida para el propio sistema o, mejor dicho, mantener una despolitización para canalizar las energías de ayuda sin el riesgo de amenazar, bajo una crítica consciente, las estructuras mismas de dominación.

Así como estudiamos, autores como Sogge, Segovia Bernabé, y Harvey dirán que el voluntariado, bajo el neoliberalismo, pierde la capacidad transformadora al encontrarse absorto en una lógica mercantil competitiva. Estas organizaciones están muy alejadas de sus orígenes como movimientos sociales solidarios y espontáneos (no formalizados), y pasan a ser, en muchos casos, simples contratistas del Estado o agentes que administran recursos dentro de las lógicas del mercado; o, en pocas palabras, pasan a estar supeditadas a la valorización del valor.

Es claro que, cuando se contrasta el voluntariado con otros conceptos como lo es el de militancia, se diferencian en términos de compromiso ideológico y de una genuina praxis. No obstante, tampoco hay que hacer del voluntariado algo monolítico. Habrá que ver, desde la crítica, cómo el voluntariado podría llegar a adoptar un papel más cercano al del militante y lograr ser emancipador; y si es que el voluntariado puede llegar a producir eso o ya estaríamos hablando de otra categorización. Mas, en el “entre” de hacer conscientes las contradicciones inmanentes, y revelar las tensiones entre su carácter de reproducción sistémica y su capacidad de generar una verdadera solidaridad, podría radicar su transformación, pues en subvertir las dinámicas opresivas que configuran al voluntariado se encuentra su mayor desafío. Además, desde lo macro, se deja entrever la subjetividad voluntaria que es requerida para mantener la dominación objetiva.

Con todo ello, este capítulo ha demostrado que el voluntariado no puede ser analizado únicamente bajo las lentes de la gratitud y el desinterés, es decir, como un mero acto de pura benevolencia, más bien, que está inserto en un sistema de relaciones económicas, sociales y políticas que lo moldean y lo condicionan. No obstante, comprender las contradicciones del voluntariado implica desentrañar su verdadera razón de ser y su rol dentro de los marcos del desarrollo y la solidaridad global como discursos ideológicos de colonización.

Capítulo 2. Una revisión histórica crítica del voluntariado

En este capítulo se traza una revisión histórica crítica del voluntariado, analizando su evolución desde sus primeras manifestaciones hasta su configuración contemporánea, con especial énfasis en el caso de México y la Cruz Roja en Puebla. De manera crítica, se exploran las contradicciones estructurales y subjetivas que han definido las prácticas solidarias en diferentes épocas históricas. Complementariamente, se incorpora un enfoque rizomático, al estilo de Deleuze y Guattari (2002), para mapear las múltiples conexiones y dinámicas no lineales que moldean el voluntariado, reconociendo la influencia de factores socioculturales, políticos y económicos en su desarrollo.

El presente análisis comienza con una reflexión sobre las raíces conceptuales del voluntariado, conectando su historia con las nociones de caridad, solidaridad y beneficencia. Desde las primeras formas de ayuda mutua en comunidades antiguas, pasando por la institucionalización de la caridad en la Edad Media y el Renacimiento, hasta la configuración de los sistemas de beneficencia pública en la modernidad, se muestra cómo estas prácticas fueron marcadas por las condiciones materiales de cada época. De igual modo, se destacan los aportes de la filosofía griega, la tradición judeocristiana y las transformaciones derivadas del capitalismo industrial como elementos clave en la configuración histórica del voluntariado.

También, el capítulo aborda el modo en que el Estado asumió un papel central en la asistencia social durante la Edad Moderna, marcando un punto de inflexión que reconfiguró las relaciones entre caridad, poder y sociedad. Durante el liberalismo y la Revolución Industrial, las tensiones entre beneficencia estatal y filantropía privada revelaron el papel del voluntariado como una herramienta para mitigar los efectos de la desigualdad sin trastocar las causas que la generaban.

En el contexto latinoamericano y mexicano, se analiza cómo la colonización española resignificó las prácticas colectivas prehispánicas bajo una lógica de evangelización y control social, consolidando la caridad como un mecanismo de dominación. Posteriormente, en la época de la Independencia, la Revolución Mexicana y el Estado posrevolucionario, se estudia cómo se transformaron estas dinámicas, institucionalizando la asistencia social como un derecho y fortaleciendo la participación ciudadana en diversas formas de voluntariado.

La narrativa avanza hacia el siglo XX y XXI, explorando la profesionalización del voluntariado y las tensiones generadas por las dinámicas de globalización, neoliberalismo y crisis del Estado de bienestar. Se examina cómo las transformaciones en el trabajo y el tiempo humano, así como la proliferación de las ONG, han redefinido las prácticas solidarias, ampliando su alcance,

pero también generando nuevas contradicciones. En este contexto, el voluntariado enfrenta retos relacionados con la mercantilización de la solidaridad, la instrumentalización por parte de actores estatales y privados, y la dependencia de financiamientos externos.

Finalmente, el capítulo se centra en el caso de la Cruz Roja Mexicana, particularmente en Puebla, como un ejemplo emblemático de las tensiones y transformaciones que enfrenta el voluntariado en México. Se analiza cómo esta institución ha respondido a la coyuntura política actual, marcada por el retorno del Estado bajo el marco de la Cuarta Transformación, y el modo en que las políticas públicas han impactado sus operaciones, visibilidad y rol dentro de la sociedad.

Esta revisión histórica no solo busca contextualizar el voluntariado dentro de las estructuras materiales y simbólicas que lo configuran, sino también ofrecer una perspectiva crítica que permita entender sus contradicciones y, quizás, después de su exposición, su real potencial transformador en el marco de las luchas por la justicia social en una sociedad globalizada. Al hacerlo, se subraya la importancia de analizar el voluntariado no solo como una práctica solidaria, sino como un espacio de negociación constante entre las dinámicas de control, las idealizaciones que se hacen de él, así como su cooptación ideológica y su uso como herramienta de control social.

2.1. Evolución histórico-conceptual del voluntariado

La disposición desinteresada de ayudar a los demás, característica que presenta el voluntariado, históricamente, se encuentra dentro del devenir mismo de la humanidad. En la antigüedad, las primeras formas de solidaridad y caridad surgieron como respuestas naturales a la interdependencia social de las comunidades humanas. Por lo tanto, en primer lugar, se pasará revista a la manera en cómo se presentaron las primeras formas de solidaridad y caridad, tanto desde la objetividad como en su reflejo en un pensamiento político-filosófico.

2.1.1. Primeras formas de solidaridad, caridad y beneficencia

Como se vio en el apartado de solidaridad, Aristóteles fue uno de los primeros filósofos en referirse a esta naturaleza social-comunitaria del ser humano a partir de su noción antropológica del *zoon politikón* (Aristóteles, 1988). Nuestra naturaleza tiene esa capacidad de empatía y solidaridad sin la cual ninguna comunidad sería posible, de allí la importancia de la noción política en cada formación humana. Las primeras prácticas de ayuda se manifestaban en prácticas como el apoyo mutuo entre vecinos y la hospitalidad hacia los extranjeros. Las comunidades familiares extendidas

y las aldeas pequeñas dependían de la cooperación para la supervivencia, lo que fomentó un sentido de responsabilidad colectiva y asistencia mutua (Sahlins, 1977). Este sentido de solidaridad espontánea podría tomarse como un antecedente crucial para el voluntariado moderno.

Como ya se estudió, resulta importante recalcar el cómo la filosofía griega y la tradición judeocristiana tuvieron una fuerte influencia en la forma en que se entienden conceptos como el de caridad y solidaridad, mismos que configuraron lo que hoy conocemos como voluntariado. Desde los griegos antiguos, lo estético y lo ético se hallaban en una unidad indisoluble: lo bello era bueno y viceversa. Así, lo bello y lo bueno de las acciones humanas tenía que encallar en el buen funcionamiento y mantenimiento de la *polis*, pues era a partir de esta forma política, como ellos consideraban, que se mantenía el bien entre los seres humanos.

Asimismo, la tradición judeocristiana introdujo la noción de caridad como una virtud teologal. En el Pentateuco, por ejemplo, se habla en varias ocasiones sobre ayudar a las viudas, huérfanos, y extranjeros, personas marginadas de aquella época: “Cuando acabes de diezmar todo el diezmo de tus frutos en el año tercero, el año del diezmo, darás también al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda; y comerán en tus aldeas, y se saciarán” (Deuteronomio 26:12 RVR60). Así como para el pueblo judío, la solidaridad y la ayuda a los más desfavorecidos era parte de su ley, la caridad fue definida, posterior a Cristo, como la capacidad de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo (Williams, 2003, pp. 51-52; Mateo 12: 37-40 RVR60).

En ese sentido, para llegar a emular a Jesucristo y a razón de poder alcanzar la santidad, se debía practicar la caridad aprendida a partir de las enseñanzas bíblicas del Nuevo Testamento. Sin embargo, cuando la Iglesia Católica se encontraba bien establecida institucionalmente, fueron los Padres, figuras de autoridad de las comunidades de ese entonces, quienes promovieron esta ética. En ese entendido, la fe y la vida religiosa tuvieron un rol importante en la evolución de cómo se concibe la ayuda al otro y la actividad voluntaria, al menos en las configuraciones sociales derivadas de occidente.

En ese tenor, Concepción Arenal (1861), una figura española clave en la comprensión de las formas de solidaridad y caridad en el siglo XIX en su obra *La beneficencia, la filantropía y la caridad* ofrece una perspectiva del cómo se entendía la beneficencia desde el cristianismo, pues, según ella, aquella encuentra su fuente en esta: “La historia de la Beneficencia empieza en nuestro país como en todos, con la religión cristiana. Los primeros cristianos establecieron entre sí la más completa comunidad de bienes” (p. 7). Bajo esta concepción, Arenal (1861) criticó la beneficencia

de su época diciendo que solamente se enfocaba en las condiciones materiales sin atender las necesidades morales y espirituales de los menesterosos: “La sociedad no comprende su alta misión, si cree llenarla con sólo hacer bien material” (p. 43). Asimismo, ella diferenció conceptualmente entre beneficencia, filantropía y caridad:

- Beneficencia: “Es la compasión oficial, que ampara al desvalido por un sentimiento de orden y de justicia.”
- Filantropía: “Es la compasión filosófica, que auxilia al desdichado por amor a la humanidad y la conciencia de su dignidad y de su derecho.”
- Caridad: “Es la compasión cristiana, que acude al menesteroso por amor de Dios y del prójimo” (Arenal, 1861, p. 43).

Estas nociones de la caridad y beneficencia irán tomando distintos matices dependiendo de cada época. No obstante, estas definiciones permiten analizar cómo cada concepto ha influido en las prácticas de voluntariado a lo largo de la historia, diferenciando las motivaciones religiosas, filosóficas y estatales referentes en la ayuda al prójimo. Ahora, pasaremos a estudiar la historia para observar, en términos generales, cómo se ha venido desarrollando el voluntariado a través de la caridad y la solidaridad concretamente en los distintos sistemas sociales.

2.1.2. Caridad como deber cristiano en la Edad Media y su objetivación

La transformación y concepción de la filantropía y la solidaridad ha sido marcada por diversos cambios económicos, sociales y culturales, productos de la propia historia humana. A inicios de la Edad Media, en Europa, bajo un sistema económico feudal y de vasallaje, la ayuda y las acciones solidarias se concentraban en las células primarias de la sociedad: familia y vecinos (Cammany Dorr, 2007, p. 23). No obstante, estas acciones rebasaron pronto estos ámbitos, convirtiéndose la caridad en un deber moral impuesto por una doctrina cristiana institucionalizada.

La caridad como virtud cristiana y su materialización “tenía un papel fundamental en la vida social y económica” (Araque Hontangas, 2009, p. 5). Ideológicamente, se podría decir que la desigualdad social en esta época se veía como parte de la voluntad divina: los pobres eran necesarios para la salvación de quienes los ayudaban, sin que ello implicara un cambio en las condiciones estructurales que generaban la pobreza (Araque Hontangas, 2009). El objetivo no era

erradicar la pobreza, sino palearla para continuar con las obras que llevaban a la salvación. Pues, ya lo había dicho Jesús: “Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis” (Marcos 14:7 RVR60).

Explicado de otro modo, la subjetivación, producto del cristianismo positivizado, procuró que la caridad fuese individual, dado que la salvación también era concebida de la misma forma, individual. Esto, al menos en apariencia, pues gracias a esta ideología se borraban las relaciones sociales necesarias para el mantenimiento de dichas lógicas. Lo comunitario, referente a la caridad, se expresaba en la objetivación de las instituciones benefactoras, las cuales sostenían el modo de producción feudal. Dada esa situación, los monasterios y órdenes religiosas crearon hospitales y albergues para atender a los pobres, enfermos y marginados. Fue así como la Iglesia, en tanto institución positivizada, estructuró y organizó la caridad (Serna, 2009), misma que servía para mantener las jerarquías sociales y legitimar una autoridad eclesiástica.

Hasta el siglo XI, la asistencia caritativa estaba caracterizada por su indeterminación y la falta de reglamentación. La ayuda se daba, principalmente, como un deber moral, sin distinguir entre diferentes tipos de pobres. La Iglesia, en esta época, tenía un dominio casi absoluto sobre la caridad, y cualquier persona considerada como buen cristiano debía participar en estas actividades (Herrera Gonzáles, 2019, p. 23).

Desde principios del siglo XI hasta mediados del siglo XIII, se produjo un proceso claro de institucionalización de la caridad. La asistencia comenzó a separarse del ámbito estrictamente eclesiástico; surgieron iniciativas laicas y privadas como leproserías y albergues. Las formas de asistencia se cristalizaron en instituciones centrales como hospitales y cofradías religioso-benéficas, que no solo atendían a los pobres, sino también a los miembros de sus propias comunidades. Ya en la segunda mitad del siglo XIII, hasta finales del siglo XV, la acción social se diversificó, incluyendo asistencia material, económica-moral y jurídica. Se establecieron hospitales y cofradías gremiales que proporcionaban socorro en caso de enfermedad, pobreza o muerte (Herrera Gonzáles, 2019, pp. 23-24). Todo ello causado por el crecimiento económico de las ciudades, mismo que permitió a los municipios cargar con responsabilidades asistenciales; “se consolidó un modelo de caridad de carácter urbano” (Araque Hontangas, 2009, p. 6).

Con la llegada del Renacimiento, esta concepción comenzó a transformarse. El Humanismo difundió una visión más laica de la responsabilidad social. La caridad pasó de ser un deber religioso para convertirse en una responsabilidad cívica financiada por ciudadanos adinerados. La caridad

se volvió más organizada y profesionalizada. Además, se establecieron instituciones públicas para regular y supervisar estas actividades, iniciando con una más fuerte formalización de este tipo de actividades (Herrera González, 2019, pp. 24-25; Araque Hontangas, 2009, pp. 5-6).

2.1.3. La edad moderna y el papel del Estado en la asistencia social

Durante la Edad Moderna, los Estados comenzaron a intervenir más activamente en la asistencia social, estableciendo sistemas públicos de beneficencia. En muchas naciones europeas, como en España, el Rey Carlos I, en 1540, promulgó la “Real Carta” y la “Real Instrucción” donde se dieron los primeros intentos de regulación de la caridad. En esta legislación social diferenciaba entre los “pobres verdaderos” y los “vagos y mendigos” (Herrera González, 2019, p. 24; Araque Hontangas, 2009, p. 5), o sea, diferenciar entre los que no tenían las condiciones para salir adelante y aquellos que sí contaban con la capacidad de trabajar.

Esta regulación contenía medidas concretas como el examen de la autenticidad de los pobres, la prohibición de la mendicidad infantil y la atención domiciliaria a los pobres vergonzantes (Herrera González, 2019, p. 24). Esta diferenciación implicaba un control estatal de la caridad, que se formalizaba bajo normas jurídicas y estructuras organizativas que anticipaban la configuración del voluntariado actual. Aquella situación sentó las bases para el desarrollo posterior de la asistencia pública y del voluntariado formal.

Durante el reinado de Carlos III (1759-1788), se formuló una clasificación de categorías de pobres y se tomaron medidas para la atención de cada uno. Se crearon hospicios para los pobres de solemnidad, ayudas domiciliarias para los pobres vergonzantes y sanciones para castigar la ociosidad de los vagos. Este período marcó una transición importante hacia el sistema público de beneficencia, que no hizo otra cosa que fortalecer el papel del Estado en la asistencia social (Herrera González, 2019, p. 26).

A medida que el Estado asumía un papel más importante en la asistencia social, la influencia de la Iglesia en la caridad comenzó a disminuir. La creación de sistemas de beneficencia pública y la regulación estatal de la caridad reflejaban una creciente separación entre la asistencia social y la religión (Barroso Ribal, s.f., p. 9). La ayuda a los pobres se volvió una responsabilidad compartida entre el Estado y la sociedad civil, marcando un cambio significativo en la historia del voluntariado.

En la época de la Revolución Industrial, el crecimiento de la pobreza urbana y las desigualdades económicas exacerbaban las tensiones sociales entre clases, aunado a la nueva

ideología en la que todos los seres humanos eran iguales ante la ley, configura la protección social (Araque Hontangas, 2009, p. 6). El mismo cercamiento, la acumulación por despojo y la transformación de la población a proletariado que provocó el modo de producción capitalista, hizo que las desigualdades aumentaran (Marx, 1980), generando la necesidad de actividad de beneficencia para atender a todo ese lumpenproletariado.

Esto es, en el nacimiento del Estado liberal y el capitalismo industrial, al acrecentarse la población marginada, el asistencialismo fue proporcionada por el Estado y por la burguesía, algunas veces más por uno que por otro. En cuanto a la burguesía, en su *modus benefactor*, mantenía la ideología religiosa cristiana impulsada por la Iglesia Católica, al mismo tiempo que se mostraban caritativos bajo la necesidad de conservar sus condiciones materiales y su estilo de vida (Barroso Ribal, s.f., p. 8).

Dentro de este contexto, sostiene Herrera González (2019): “La ayuda se presenta de manera puntual, en un momento concreto y no tiene efectos a largo plazo” (p. 27). Así, se propició la creación de organizaciones filantrópicas para atender las necesidades de las nuevas clases trabajadoras marginadas, con lo cual se consolida el papel de la filantropía como un mecanismo para atenuar los efectos negativos del capitalismo industrial.

2.1.4. Siglo XIX: Voluntariado en el liberalismo y movimiento obrero

Durante el siglo XIX, surgieron dos corrientes que influyeron notablemente en la asistencia social: el liberalismo y el movimiento obrero inspirado en el socialismo. Dentro del liberalismo, coexistían el liberalismo extremo y el reformismo filantrópico, ambas posiciones defendían una intervención social basada en la voluntad individual y sin intervención estatal (Araque Hontangas, 2009, pp. 6-7). El reformismo filantrópico, aunque compartía el deseo de aliviar la miseria, se enfocaba en la rehabilitación moral de los pobres, y no en una transformación estructural de las desigualdades sociales.

Por otro lado, el movimiento obrero rechazaba esta filantropía paternalista, promoviendo una intervención asociativa entre iguales. El modelo de asociación del trabajo, impulsado por el socialismo, buscaba abolir la explotación y consolidar los derechos sociales y laborales (Castel, 1999, citado en Araque Hontangas, 2009, p. 6). Bajo este contexto, apareció una nueva figura: el “visitador del pobre”, que podría considerarse un precursor del actual voluntariado. Este “visitador” no solo proporcionaba socorro, sino que también buscaba implementar un tutelaje moral, ayudando

a los pobres a integrarse en los valores comunes de la sociedad (Araque Hontangas, 2009, pp. 6-7). Este enfrentamiento entre las dos corrientes marcó el desarrollo del voluntariado moderno, en el que coexistieron tanto las ideologías liberalistas como las aspiraciones emancipadoras que propugnaban los movimientos socialistas.

2.2. El nacimiento del voluntariado contemporáneo

En este apartado vamos a estudiar elementos históricos que han dado forma al voluntariado tal y como lo conocemos actualmente, no sin prescindir de todo lo que hemos estudiado hasta ahora, pues todo el contexto anterior, en su integridad, dio forma a lo que entendemos como solidaridad. En primer lugar, de tiene que hablar del Estado de Bienestar y, en segundo lugar, de las transformaciones en la organización y concepción del trabajo y del tiempo humanos.

2.2.1. Estado de Bienestar, flexibilización del trabajo y democracia

El Estado Benefactor surge como una respuesta institucional a las necesidades sociales de posguerra, especialmente, en Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Este modelo respondió a la preponderante necesidad de una reconstrucción económica al rescate del capital bajo los conflictos de la Guerra Fría. Buscó, por ello, una reconciliación social y mitigación de las tensiones ideológicas entre las democracias occidentales y los regímenes comunistas, siendo la Cooperación y la Ayuda Internacional fundamentales en este proceso, como ya se estudió en el capítulo anterior.

Según Barreiro Carballal (2009), este modelo generó un pacto social entre diferentes generaciones y clases sociales, cimentado en la confianza de la capacidad del Estado para garantizar el bienestar colectivo. Sin embargo, este pacto, lejos de ser un concepto estable, evolucionó con base en los cambios políticos y económicos de las sociedades occidentales, consolidándose como un eje clave en la legitimación social de la solidaridad institucionalizada.

Uno de los elementos distintivos del Estado Benefactor es su capacidad para estructurar y organizar los sistemas de protección social, relegando, en muchos casos, el papel de las iniciativas privadas y comunitarias. No obstante, como señala Barreiro Carballal (2009), este modelo no estuvo exento de contradicciones. Por un lado, institucionalizó la solidaridad a través de sistemas públicos de bienestar; por otro lado, sentó las bases para el surgimiento de un voluntariado que complementara estas políticas públicas, específicamente, durante los periodos de crisis económica o ajustes estructurales.

Según este autor, se pueden identificar distintos tipos de Estado Benefactor que, a su vez, configuran al voluntariado dentro de su vinculación, cuestión que genera distintos matices de cómo las acciones solidarias se llevaron a cabo. En primer lugar, tenemos el Estado Benefactor de Derecha que está basado en principios de subsidiariedad y enfocado en la preservación de las estructuras familiares y comunitarias como proveedoras principales de bienestar. Lo anterior implica que se dé una alta influencia de instituciones religiosas o tradicionales en la provisión de servicios sociales: por lo que su relación con el voluntariado es que este cumple un papel complementario al del Estado y las familias; y promueve un voluntariado filantrópico, muchas veces vinculado a instituciones religiosas, para atender a los sectores vulnerables. El tipo de voluntario que se forma tiende a reforzar jerarquías y desigualdades al no cuestionar las causas estructurales de la pobreza y la exclusión social (Barreiro Carballal, 2009, pp. 236-237).

En segundo lugar, tenemos al Estado Benefactor de Izquierda (Socialdemócrata) basado en el principio de universalidad: todos los ciudadanos tienen acceso garantizado a los servicios sociales. Este Estado promueve la igualdad social a través de redistribución económica y sistemas públicos robustos. Aquí el voluntario se configura como una extensión de la participación ciudadana y la corresponsabilidad en el ámbito social. Se podría decir que el voluntariado, en este tipo de Estado, fortalece una ciudadanía activa. No obstante, en ocasiones, este puede ser instrumentalizado como un sustituto de las funciones estatales, en específico, en periodos de austeridad (Barreiro Carballal, 2009, pp. 238-239).

Aquí, es preciso señalar las dos siguientes cuestiones: la crisis del Estado de bienestar y la necesidad de una solidaridad más directa frente a la solidaridad institucional abstracta y burocrática, las cuales, según García Roca (1999), llevaron al fortalecimiento de las relaciones comunitarias y el resurgimiento del voluntariado. La crisis del Estado Benefactor, que comenzó a vislumbrarse en las décadas de 1970 y 1980, marcó un punto de inflexión. Esta crisis, caracterizada por la erosión de los sistemas públicos de bienestar y el auge de políticas neoliberales, desplazó la responsabilidad de la asistencia social desde el Estado hacia la ciudadanía (Barreiro Carballal, 2009, pp. 236-238).

Es dentro de este contexto que el voluntariado adquirió un papel ambivalente, como refiere Barreiro Carballal (2009): por una parte, se le reconoció como una forma legítima de participación ciudadana y acción solidaria; por otra, se convirtió en una herramienta funcional para paliar las carencias generadas por el desmantelamiento progresivo de los sistemas estatales de protección

(pp. 236-238), pues la insuficiencia de las respuestas institucionales a las nuevas vulnerabilidades resultó en una demanda creciente de redes sociales de protección más personales y efectivas.

Por ello, el voluntariado emergió como una forma de respuesta a estas carencias, compensando la reducción de los recursos convencionales y promoviendo la acción solidaria a nivel comunitario. Bajo este contexto, el voluntariado se convirtió en una herramienta crucial para fortalecer el tejido social y enfrentar las desigualdades estructurales, a partir de la perspectiva de García Roca (1999).

Por último, se puede hablar de un tercer tipo de Estado denominado Estado Benefactor Liberal (Anglosajón), el cual tiene entre sus principales características el de ser un sistema orientado a cubrir solo las necesidades básicas de los sectores más vulnerables, pero ser altamente dependiente del mercado para la provisión de bienestar. En este caso, el voluntariado es central para llenar los vacíos generados por la falta de cobertura estatal (Barreiro Carballal, 2009, p. 237).

Por tanto, se promueve un voluntariado instrumental, muchas veces asociado a iniciativas privadas o filantrópicas para atender problemas específicos. De esta forma, el voluntariado fortalece y consolida la ideología neoliberal al desplazar la responsabilidad de los problemas sociales hacia los individuos y organizaciones privadas, fenómeno que ha venido apareciendo a lo largo de esta investigación, puesto que:

La vinculación entre empresas y organizaciones de voluntariado, incluso a efectos publicitarios, responde a este modelo, que probablemente sea el hegemónico en las sociedades occidentales. En ellas se está configurando un auténtico mercado de la solidaridad, acrítico y profundamente enraizado en el sistema de economía de mercado. (Barreiro Carballal, 2009, p. 237)

La transición hacia un modelo neoliberal supuso no solo una transformación en la organización del trabajo y las relaciones sociales, sino también en la concepción misma del voluntariado. En palabras de Barreiro Carballal (2009), el voluntariado pasó a desempeñar un papel instrumental en las políticas públicas, sirviendo tanto para justificar recortes en los sistemas estatales como para reforzar la narrativa de la autonomía ciudadana y la responsabilidad individual,

Esta transición hacia un modelo neoliberal, derivada de la crisis del Estado Benefactor, implicó no solo transformaciones en la provisión de bienestar, sino también en la organización del tiempo humano. Estas nuevas estructuras temporales posibilitaron la expansión del voluntariado, aunque bajo dinámicas que refuerzan la responsabilidad individual. Asimismo, la relación entre el

trabajo flexible y el voluntariado adquiere un nuevo matiz al situarse en el marco de la crisis del Estado Benefactor, que desplazó las estructuras colectivas hacia iniciativas individuales.

Aquellas dos cuestiones que se analizarán a continuación, pues el paso hacia un modelo neoliberal, lejos de emancipar al voluntariado, lo subsume en una narrativa individualista que dificulta la articulación de respuestas colectivas a problemas estructurales. Este cambio no solo redefine las formas de solidaridad, sino también refuerza una ideología que prioriza soluciones temporales sobre transformaciones estructurales.

2.2.1.1. Mutaciones en la Organización del Trabajo, el tiempo y la ayuda

Según García Roca (1999), las nuevas tecnologías provocaron una mutación comparable a la primera revolución industrial, reorganizando el concepto de trabajo y el tiempo humano. El tiempo de ocio y la flexibilidad laboral permitieron que más personas participaran en distintas actividades más allá del empleo remunerado. Esta flexibilidad ha permitido que las personas cuenten con más tiempo, esto es, que puedan gestionarlo de manera más autónoma en actividades que consideran significativas, incluyendo, por supuesto, la acción voluntaria.

Así, se toma en cuenta que el trabajo no solo determina las condiciones materiales de vida, sino que también configura el tiempo y las oportunidades para participar en iniciativas de solidaridad y apoyo comunitario, como lo piensa García Roca (1999). Por ende, las condiciones económicas y sociales, al menos de los centros mundiales, produjeron un cambio en la concepción del trabajo. Antes el trabajo productivo era el que proporcionaba la identidad personal y el estatus social. Sin embargo, según García Roca (1999):

(...) el trabajo productivo ha perdido su fuerza configuradora de la sociedad; en lugar de situar el trabajo productivo como articulador de la sociedad y eje de la identidad personal, asistimos al nacimiento de nuevos valores capaces de configurar una nueva representación del ciclo vital y una nueva estructura temporal. (p.17)

Esto significa que, según esta nueva temporalidad, el ser humano podrá ocuparse no ya en una visión reducida del trabajo equivalente a tener empleo remunerado, sino que pueda involucrarse en actividades solidarias que aumenten sus potencialidades humanas. Este proceso social que lleva a la reducción del tiempo dedicado al empleo remunerado, es decir, esta nueva estructura temporal, con base en las ideas de García Roca (1999), “es la base social del voluntariado” (p. 19).

Esta concepción resulta interesante si solamente tomamos en cuenta a los centros globales y nacionales en donde es posible obtener los beneficios de la tecnología. La gran mayoría de personas en las periferias, por lo general, no cuentan con este “tiempo libre” para llevar a cabo otras actividades que no sea un trabajo para cubrir sus necesidades básicas. Para comprender dicha nueva temporalidad, habría que ver el caso específico de cada sociedad. Si bien esta concepción resulta agradable al inicio, porque pareciera que desdibuja las etapas o edades productivas y la división de trabajo, esta misma visión conserva el mito de la politización a través del ejercicio democrático, justo como lo concibe García Roca (1999):

(...) el voluntariado maduro, en una sociedad dinámica, recrea su pertenencia a la tradición emancipatoria y considera irreversibles algunas adquisiciones, como la conquista de los derechos civiles, políticos y sociales —a cuya universalización servirá el voluntariado—, el compromiso del Estado en la construcción de los sistemas públicos de atención a las necesidades y la profundización de la democracia como desarrollo de la ciudadanía. (p. 25)

Esta concepción resalta que el voluntariado jamás es neutral al estar impregnado de dinámicas de poder, en este caso específico, del mito de la democracia. Para el caso de España, no es mera coincidencia que el desarrollo del voluntariado comenzó a darse fuertemente a partir de la llegada de la democracia en los años 70s (Cammany Dorr, 2007, p. 23).

2.2.1.2. La vinculación entre el voluntariado y democracia en la globalización

La configuración global de la democracia es un fenómeno que acarrea varias cuestiones tanto internacionales como nacionales, y más cuando se vincula con el tema de la Cooperación. Lo Brutto (2014) da luz al respecto, pues entiende que la Cooperación Internacional frecuentemente utiliza el discurso de la democracia para consolidar su hegemonía, promoviendo un modelo que refuerza la dependencia económica y política del Sur hacia el Norte (pp. 12-16). Al respecto, podemos concluir, siguiendo a Lo Brutto (2014), que los proyectos de Cooperación Internacional muchas veces fomentan una visión de la democracia que continua reproduciendo la colonialidad del poder y del saber al imponer modelos provenientes del Norte global que no necesariamente responden a las realidades ni a las necesidades de los países receptores.

A diferencia de lo que se creería, la democracia no viene a reforzar una participación política activa de los ciudadanos, sino a coartarla. Desde una perspectiva meramente procedimental, la

democracia puede convertirse más bien en un obstáculo para las aspiraciones de participación política real de la población al limitarse a los actos formales de votar y ser votado. Este modelo, promovido frecuentemente por los proyectos de la misma Cooperación Internacional, ignora las dinámicas locales y perpetúa relaciones de poder asimétricas. Es decir, bajo la globalización, la toma de decisiones se traslada a instancias internacionales, alejándose de la participación ciudadana y debilitando la soberanía democrática de los estados nacionales (Lo Brutto, 2014, p. 20).

Por tanto, se genera una contradicción entre la participación democrática y activa de la ciudadanía para beneficiar a la comunidad y los límites o imposiciones de esa misma participación, lo que impacta la manera en que se desarrolla y se comprende al voluntariado desde su espectro democrático. Aquí, resulta crucial reflexionar cómo el mito de la democracia opera no solo para consolidar la hegemonía política del Norte global, sino también para enmarcar prácticas como el voluntariado dentro de un mismo discurso legitimador.

Esta lógica no solo despolitiza al voluntariado, transformándolo en un acto técnico y meramente instrumental, sino que también impone un modelo de solidaridad que responde más a los intereses de quienes donan y cooperan que a las necesidades reales de las comunidades receptoras. Como lo señala Lo Brutto (2014), este discurso democrático funciona justo como una herramienta para mantener las relaciones de dependencia y control (p. 20). De igual modo, la instrumentalización de la democracia dentro de la globalización no solo afecta la soberanía de los Estados periféricos, sino que también redefine las formas de solidaridad frente a los riesgos globalizados, tema que se estudiará a continuación.

2.2.1.3. La configuración de la ayuda en medio del riesgo globalizado

La transición de una sociedad de peligros a una sociedad de riesgos generó nuevas formas de vulnerabilidad que requerían respuestas de solidaridad más directas. La modernización y la globalización han introducido amenazas incalculables e imprevisibles como pandemias, desempleo y experimentación genética. Estas nuevas vulnerabilidades fomentaron la creación de redes sociales de protección y el resurgimiento del voluntariado como una respuesta a estas amenazas. Las personas, al reconocer la fragilidad de sus propias condiciones, se movilizaron para ayudar a los demás, creando una red de apoyo comunitario que va más allá de las respuestas institucionales tradicionales (García Roca, 1999).

Sin embargo, estos riesgos, que inicialmente parecen fenómenos naturales e inevitables, en realidad son productos del ser humano y de las estructuras económicas y políticas globales, en últimas, dinámicas capitalistas. La interconexión mundial ha llegado a tal grado que las amenazas actuales inevitablemente escalan a nivel global, revelando las profundas interdependencias entre los centros y las periferias. Como señala correctamente García Roca (1999), desenmascarar los riesgos “naturales” para entenderlos como consecuencia de las nuevas condiciones sociales es una tarea por realizar, aunque su propuesta de responder a estos riesgos mediante el voluntariado presenta problemas al priorizar la proactividad ciudadana y minimizar el papel del Estado en la atención de dichas eventualidades. Este enfoque refleja una apuesta por la ideología neoliberal, que desplaza la responsabilidad colectiva hacia el ámbito individual.

Esta configuración global del voluntariado, lejos de ser neutral, debe analizarse críticamente. Representa una respuesta adaptativa al vacío que deja el Estado en medio de la crisis del modelo del Estado Benefactor, pero está impregnada de contradicciones. Si bien aparenta ser una forma de solidaridad proactiva y desinteresada, en realidad se inserta dentro de la lógica neoliberal, que fomenta la individualización de la responsabilidad y desplaza las demandas colectivas hacia las instituciones estatales. Esto refuerza no solo la desigualdad entre las periferias y los centros globales, sino también refuerza una narrativa de “autonomía ciudadana” que, paradójicamente, depende de las mismas estructuras de poder que generan los riesgos globales.

La ideología neoliberal que sustenta esta forma de voluntariado promueve una noción de solidaridad desvinculada de la justicia social y orientada hacia calmantes temporales que no abordan las causas estructurales de los problemas. Además, este modelo debilita las bases de una ciudadanía activa, ya que convierte la solidaridad en un acto voluntario y personal en lugar de un derecho colectivo exigible al Estado. Como resultado, el voluntariado corre el riesgo de convertirse en un mecanismo que legitima las desigualdades sistémicas al ofrecer soluciones inmediatas a las problemáticas estructurales sin cuestionar las dinámicas de poder que las originan, evitando siempre la generación de movimientos sociales.

Por tanto, esta narrativa refuerza la idea de que las comunidades pueden y deben resolver sus propios problemas de forma autónoma en su forma de responsabilidad individual, ignorando las profundas asimetrías de poder y recursos entre el Norte y el Sur global. En este sentido, la globalización no ha traído una democratización real, sino una configuración en la que las periferias deben adaptarse a las reglas del juego impuestas por los centros globales. Aquí, el voluntariado,

lejos de emanciparse como una práctica liberadora, termina atrapado en las mismas dinámicas que busca combatir, reproduciendo jerarquías y asimetrías de poder que reflejan y perpetúan la estructura económica global.

La dialéctica entre lo individual y lo colectivo en el marco del voluntariado refleja una tensión inherente al modelo neoliberal. Aunque el voluntariado, en su esencia solidaria, debería fortalecer el tejido social mediante acciones colectivas, el énfasis neoliberal en la responsabilidad individual despolitiza estas prácticas al separarlas de las demandas estructurales. Como resultado, las iniciativas solidarias se fragmentan y se convierten en respuestas parciales e insuficientes frente a las desigualdades sistémicas, priorizando el impacto personal sobre la transformación social colectiva, tensión que se halla entre la relación de lo subjetivo con lo objetivo.

Este proceso se entrelaza con lo que Boaventura (2018) denomina el doble contractualismo del neoliberalismo, donde las formas de exclusión estructural, poscontractualismo y precontractualismo, como el autor las conceptualiza, despojan a grandes sectores de la ciudadanía de sus derechos, ya sea al relegarlos a la servidumbre o al impedirles siquiera acceder al contrato social. La crisis en el paradigma contractual moderno se refleja en la prevalencia estructural de procesos de exclusión sobre los de inclusión. Aunque aún subsisten formas de inclusión que combinan valores modernos, estas se restringen cada vez más a grupos reducidos, mientras que formas profundas de exclusión afectan a una cantidad considerable de personas (p. 364).

El poscontractualismo, por una parte, implica la exclusión de grupos sociales antes incluidos en el contrato social, perdiendo derechos de ciudadanía y pasando a un estado de siervos. Por otra parte, el precontractualismo impide el acceso a la ciudadanía a grupos que anteriormente tenían expectativas de adquirirla. La diferencia entre ambos es clara en términos estructurales y en los procesos políticos que promueven, aunque a menudo se confunden en el discurso político dominante y en las percepciones personales de los afectados. Las vivencias subjetivas de quienes experimentan estas exclusiones pueden llevar a la percepción de haber sido ciudadanos sin ejercer conscientemente sus derechos. Por ello, en la sociedad posmoderna, el estado de naturaleza se caracteriza por la ansiedad constante sobre el presente y el futuro, la incertidumbre sobre las expectativas y el caos en las actividades más simples de la vida diaria (Boaventura, 2018, p. 365).

En este tenor, el voluntariado se convierte en una herramienta que, en lugar de transformar estas exclusiones, opera dentro de un paradigma que naturaliza la incertidumbre, el caos cotidiano y la ansiedad social, es decir, opera dentro de las mismas dinámicas de poder que busca aliviar. Así,

la configuración contemporánea del voluntariado, lejos de emancipar, refuerza los estragos del neoliberalismo en las relaciones sociales y políticas en la globalidad.

2.3. La evolución del Voluntariado en México

La historia del voluntariado en México está influenciada por los cambios sociales, políticos y económicos que ha experimentado el país. Desde la época colonial hasta la modernidad, las prácticas voluntarias han evolucionado, reflejando y respondiendo a las necesidades y tensiones sociales específicas de cada período histórico.

2.3.1. La beneficencia en la época colonial: herramienta de control social

En las raíces prehispánicas de México se pueden identificar prácticas colectivas que, aunque no se ajustan a las definiciones contemporáneas de voluntariado, muestran elementos de reciprocidad y servicio comunitario que han influido en la cultura solidaria de nuestro país. En las instituciones educativas de la sociedad mexicana, como el *calmecac* y el *tepochcalli*, los jóvenes eran formados para servir a su comunidad a través de actividades ligadas a la escuela y al templo (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 56). Estas acciones reflejan una concepción del servicio comunitario arraigada en la interdependencia y la cohesión social. Prácticas como el *tequio*, por ejemplo, consistían en labores que los miembros de una comunidad realizaban para beneficio común, a menudo como tributo o colaboración obligatoria.

Con la llegada de la colonización española, estas prácticas comunitarias fueron resignificadas bajo la lógica de la evangelización y la conquista. El proceso de colonización, como en todo proceso histórico-social, reconfiguró las dinámicas de ayuda y asistencia en toda la región de América Latina, marcando un punto de inflexión en la forma en que se concebía la solidaridad. Este cambio no puede entenderse sin considerar la dependencia estructural que América Latina desarrolló hacia Europa, bajo la lógica del sistema-mundo y el capitalismo global (Quijano, 2014; Wallerstein, 2004). Al respecto, afirma Verduzco que se importaron dinámicas sociales directamente de Europa:

(...) se establecieron las bases políticas y sociales que habrían de prevalecer durante los siglos siguientes. La sociedad se estructuró a partir de un sistema eminentemente autoritario y bipolar: de

un lado la corona española y por el otro la iglesia, ambas estructuras caracterizadas por su verticalidad y rigidez en cuanto a formas de autoridad (Verduzco, 2003, pp. 45-46 como se cita en Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 57).

Durante el período de la colonización, las órdenes religiosas jugaron un papel central en la difusión de la caridad y la asistencia social. Desde un primer momento, Hernán Cortés fundó el Hospital de Jesús en 1524, tomando, de este modo, el control de la asistencia social y la educación religiosa (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 57).

A medida que avanzaba la colonización, las prácticas caritativas comenzaron a institucionalizarse y diversificarse, siendo la Iglesia y la Corona aquellas autoridades que “se dieron a la tarea de crear una infraestructura de ayuda al necesitado, a la que se incorporaron también miembros prominentes de la aristocracia colonial, mediante el establecimiento de albergues, colegios y hospitales” (Serna, 2010, p. 146). Estas instituciones atendían no solo a los enfermos y pobres, sino también a los huérfanos y a aquellos que no contaban con medios de subsistencia. Se convirtieron en centros importantes de asistencia social, proporcionando cuidados médicos básicos, alimentación y refugio, servicios brindados por monjas y enfermeras. Al mismo tiempo, los colegios establecidos por estas órdenes ofrecían formación en artes y oficios (Serna, 2010, p. 146).

La Iglesia Católica, durante gran parte de este periodo, mantuvo un control hegemónico sobre las prácticas caritativas, dejando poco espacio para distintas organizaciones seculares y autónomas; y aunque sí existieron otras formas de beneficencia como cofradías, hermandades y organizaciones laicas, estas siempre fueron vigiladas por la Iglesia. Es decir, comenzaron a surgir iniciativas laicas que complementaban el trabajo de la Iglesia (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 57) y, con ello, una reproducción específica de poder.

La caridad, entendida como extensión de la misión evangelizadora de la Iglesia, reflejaba las ideologías dominantes de la época. Esta configuración colonial de la caridad sentó las bases para las formas contemporáneas de voluntariado, marcando un inicio que, en un nivel estructural objetivo, estaba profundamente entrelazado con la lógica de control. Por tanto, podemos concluir que las primeras formas de voluntariado en la época colonial, aunque solidarias en apariencia, eran intrínsecamente herramientas de dominación. Este doble carácter de la caridad colonial como práctica solidaria y mecanismo de control social es una tensión que sigue vigente en las prácticas de voluntariado actuales.

2.3.2. La transformación de la beneficencia en la Independencia y la Revolución Mexicana

La independencia de México marcó un momento de transición en la gestión de la beneficencia, con importantes cambios en las instituciones y prácticas de ayuda social. Durante el siglo XIX, la secularización de la asistencia social y la redefinición del papel de la Iglesia Católica frente al nuevo Estado mexicano moldearon la evolución del voluntariado y la caridad en el país. La nueva elite criolla que surgió tras la independencia adoptó un papel más activo en la asistencia social, fundando nuevas instituciones y organizaciones caritativas que reflejaban los ideales republicanos y liberales de la época.

2.3.2.1. El periodo de la Independencia y la secularización de la beneficencia

Con la independencia en 1821, la Iglesia Católica continuó siendo la principal fuente de asistencia social en México, pero su influencia fue desafiada por las disputas con el naciente Estado liberal. La desamortización de bienes del clero bajo las Leyes de Reforma (1857) resultó ser un punto de inflexión al desplazar la responsabilidad de la ayuda social al Estado. Según Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa (2016), el gobierno adquirió la administración de programas destinados a atender las necesidades de la población, a pesar de que carecía de la infraestructura y la experiencia para cumplir cabalmente dicha tarea (p. 58). Esto dejó un espacio significativo que fue tomado parcialmente por organizaciones civiles, muchas de ellas influenciadas por estructuras religiosas.

En 1861, la creación de la Dirección de Beneficencia Pública adscrita a la Secretaría de Gobernación reflejó un intento por institucionalizar la asistencia social bajo un marco laico. No obstante, el Estado liberal no logró suplir completamente el papel que había desempeñado la Iglesia tan exitosamente durante tres siglos. Por esta razón, durante el Porfiriato, se le permitió a la Iglesia Católica retomar, aunque de manera parcial, su labor asistencial, y sin la recuperación de los bienes incautados (Reygadas, 1998, p. 19)

La Asociación de las Damas de la Caridad, fundada en 1868, ejemplifica cómo la caridad religiosa persistió en este periodo. Con 12,000 voluntarias entre activas y honorarias, estas organizaciones eran esencialmente religiosas, reforzando el carácter clasista y paternalista de la ayuda social en México (Marina, 2002, citado en Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 59). Esta organización, apoyada por la élite mexicana y supervisada por los padres vicentinos,

permitió a las mujeres participar activamente en la vida pública a través de actividades caritativas. Aunque estas actividades estaban limitadas a roles tradicionales de género, ofrecieron a las mujeres una forma de contribuir al bienestar social (Serna, 2010, pp. 149-150). Este tipo de dinámicas sociales sentaron las bases para la estigmatización de una feminización en el ámbito de la caridad, que persistió hasta bien entrado el siglo XX.

2.3.2.2. La Beneficencia Durante el Porfiriato

El Porfiriato (1876-1911) representó una etapa importante para la transformación de la beneficencia y su conexión con el Estado. Durante este período, se crearon numerosas instituciones y programas de asistencia social, y la participación de la sociedad civil en el voluntariado se fortaleció (Aguilar Valenzuela, 2006, p. 354). Por ello, el Porfiriato no deja de ser como un puente entre la concepción colonial de la caridad y las dinámicas modernas del voluntariado, ya que se fomentó la formalización de la beneficencia privada, y se reconoció su importancia en la atención a las necesidades sociales, mientras se mantenía un control político y social sobre estas actividades.

Con la promulgación de la Ley de Beneficencia Privada en 1899, se orilló al gobierno de Porfirio Díaz a reconocer y formalizar el papel de las organizaciones caritativas, estableciendo un marco regulatorio que permitió su expansión y consolidación. Instituciones como la Gota de Leche, Cruz Roja Mexicana, la Sociedad Filantrópica Mexicana, la Beneficencia Española y la Casa Amiga de la Obrera surgieron para atender a sectores vulnerables como niños, ancianos, mujeres trabajadoras y enfermos. Estas iniciativas eran financiadas por elites económicas y sostenidas por la acción de mujeres voluntarias, quienes reproducían el modelo de “damas de la caridad” (Serna, 2010, pp. 151-152).

Bajo la influencia de Carmen Romero Rubio, esposa de Porfirio Díaz, tal y como lo considera Serna (2010), se impulsó una imagen idealizada de las mujeres de elite como pilares de la beneficencia. Estas damas desempeñaron un papel activo en la creación y administración de orfanatos, albergues y escuelas-hogar, consolidando la idea de la caridad como una extensión del rol doméstico femenino (pp. 151-152), aunque también se podría considerar que esto implicó, políticamente, una de las primeras oportunidades de aparecer en el espacio público para las mujeres. Este modelo no solo restringía la participación femenina a un ámbito socialmente aceptable, sino que también fortalecía la asociación conceptual e ideológica entre caridad, religión, roles de género y, en últimas, control social.

El gobierno porfirista utilizó las instituciones de beneficencia como un mecanismo para gestionar las crecientes desigualdades sociales derivadas de la modernización económica. Al delegar gran parte de las responsabilidades asistenciales a organizaciones privadas y religiosas, el régimen logró mantener cierto orden social que reforzaba, al mismo tiempo, el control político sobre las clases populares. A su vez, el Estado se reservaba el papel como regulador, ya que promovía una visión de beneficencia que consolidaba las jerarquías sociales y evitaba cuestionamientos estructurales al modelo económico (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 59).

Si bien el Porfiriato promovió la profesionalización y expansión de la beneficencia, este periodo también sentó las bases de las tensiones que marcarían el voluntariado moderno en México. Por un lado, la caridad privada y la participación femenina en roles de liderazgo representaron avances organizativos y sociales; por otro, estas actividades reforzaban un modelo asistencialista, patriarcal y clasista que limitaba la capacidad transformadora de estas iniciativas. Esta tensión entre control estatal, caridad privada y acción voluntaria sería cuestionada y reconfigurada durante la Revolución Mexicana.

2.3.2.3. La Revolución Mexicana y la institucionalización de la asistencia social

La Revolución Mexicana trajo consigo cambios en la estructura social y política del país, incluso redefinió la beneficencia y la asistencia social. El nuevo gobierno revolucionario, formalizado con la Constitución de 1917, asumió un papel central en la creación de programas e instituciones orientados a proteger a los sectores más vulnerables de la población. Este proceso fue especialmente visible en las primeras décadas del siglo XX, cuando se crearon instituciones como la Cruz Blanca en 1911 y la Asociación Nacional de Protección a la Infancia en 1929 (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 61).

Durante este periodo, las primeras damas, como Sara Pérez de Madero y María Tapia de Obregón, desempeñaron un papel destacado en la promoción de actividades caritativas, reforzando, de este modo, los roles tradicionales asignados a las mujeres de las élites, pues: “Mientras la Revolución era atendida por sus esposos, a las primeras damas se les podía ubicar entregando ropa y alimentos a los niños desamparados, inaugurando alguna escuela-hogar, o algún asilo” (Serna, 2010, pp. 152-153). Sin embargo, estas iniciativas también abrieron espacios para que las mujeres

se involucraran en actividades públicas bajo un marco socialmente aceptable, facilitando su integración en formas más organizadas de voluntariado (Serna, 2010, p. 150).

Con el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), la asistencia social fue redefinida como un derecho colectivo y no como un acto de caridad, alejándose cada vez más de una doctrina religiosa para pasar al ámbito ciudadano. Este cambio ideológico marcó la transición de la beneficencia pública hacia un modelo estatal más estructurado, con la creación de la Secretaría de Asistencia Pública en 1937. Según Becerra y Berlanga (2003), este enfoque buscaba atacar las causas estructurales de la pobreza, en lugar de limitarse a aliviar sus efectos (citado en Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 60).

No obstante, el periodo revolucionario también consolidó un sistema corporativista que reprodujo un tipo de paternalismo asistencial similar al de la Colonia. Este modelo limitó el desarrollo de organizaciones civiles autónomas e independientes del aparato estatal, que no hizo más que seguir perpetuando una dependencia estructural hacia el gobierno en materia de asistencia social (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 60).

Fue de este modo que el periodo comprendido entre la Independencia y la Revolución Mexicana cimentó las bases para la evolución del voluntariado en México, aunque con tensiones y contradicciones inmanentes. Por un lado, la secularización de la beneficencia permitió al Estado tomar un papel más activo en la asistencia social, pero también dejó un vacío que fue ocupado por organizaciones religiosas y caritativas con enfoques paternalistas y de clase. Por otro lado, la Revolución Mexicana buscó transformar estas dinámicas al institucionalizar la asistencia social como un derecho, pero reproduciendo la misma lógica de mantener estructuras de control y dependencia, ahora, hacia el aparato estatal.

Estas tensiones reflejan una dialéctica entre el control estatal y la acción caritativa que ha definido la historia del voluntariado en México, marcando una transición gradual hacia formas más organizadas y profesionalizadas de asistencia social en el siglo XX. Este proceso será explorado en los siguientes apartados, en los que se analizará cómo estas dinámicas evolucionaron en el contexto del México posrevolucionario y contemporáneo globalizado.

2.3.3. El Periodo Postrevolucionario: hacia el Voluntariado Contemporáneo

El periodo postrevolucionario en México marcó un paso importante en la evolución del voluntariado al consolidar procesos de institucionalización, profesionalización y diversificación.

Estas transformaciones fueron impulsadas por el papel central del Estado, la emergencia de nuevas formas de participación ciudadana, y la creciente influencia de las dinámicas globales y las ONG. Este recorrido histórico prepara el terreno para comprender el voluntariado contemporáneo y su vínculo con la Cooperación Internacional y las exigencias del mercado global.

2.3.3.1. Del Asistencialismo Estatal a la Participación Ciudadana

Como ya se vio, tras la Revolución Mexicana, el Estado asumió un papel central en la asistencia social. La creación de la Secretaría de Asistencia Pública en 1937 marcó un cambio sustantivo: se abandonó la noción de caridad tradicional para adoptar un enfoque basado más en derechos sociales. Este movimiento reflejó la transición hacia una política social institucionalizada, apostando a la formalización legal, en la que la atención a la pobreza y la desigualdad pasó a ser una responsabilidad gubernamental (Serna, 2010, p. 153).

Sin embargo, esta transición tampoco estuvo exenta de tensiones. Las limitaciones del aparato estatal en términos de recursos y capacidad organizativa abrieron espacios para la participación de actores no gubernamentales. Organismos como el DIF, fundado en 1977, integraron estrategias para fomentar la colaboración entre el sector público, privado y voluntario. A través de estas iniciativas, las primeras damas jugaron un papel clave en la promoción de programas asistenciales y en la coordinación de los cuerpos voluntarios femeninos (Serna, 2010, pp. 154-155). Así, las mujeres, en especial las de clase media-alta, eran las encargadas, como esposas, de dedicarse a loables actividades, ya sea sirviendo o donando de la billetera de su marido.

Durante las décadas de 1940 y 1950, el voluntariado comenzó a profesionalizarse, especialmente en el sector salud. Los Cuerpos de Voluntarias en hospitales públicos y privados fueron un ejemplo temprano de esta transición. Las mujeres involucradas en estas actividades no solo ofrecían apoyo emocional y recreativo a los pacientes, sino que también gestionaban donaciones y organizaban actividades comunitarias. Estas acciones marcaron un cambio significativo: el voluntariado pasó de ser una práctica informal a una actividad estructurada, con objetivos claros y estándares organizativos (Serna, 2010, pp. 154-156).

La profesionalización continuó con la incorporación de programas de servicio social obligatorios en las instituciones educativas, como el establecido en 1945 por Gustavo Baz. Aunque este servicio no se considera un tipo de voluntariado en un sentido estricto, su estructura y propósito

reflejan los esfuerzos por institucionalizar formas de retribución social organizadas (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 62).

A partir de los años setenta, los movimientos sociales y los cambios en las dinámicas de género transformaron el panorama del voluntariado en México. Las mujeres, tradicionalmente vinculadas a roles asistenciales, comenzaron a participar en iniciativas relacionadas con derechos humanos, salud reproductiva y violencia intrafamiliar. Este periodo marcó un desafío a los estereotipos de género, permitiendo que las mujeres asumieran roles más diversos y activos, incluso dentro del voluntariado (Serna, 2010, p. 157).

Además, hay que puntualizar que, en esta segunda mitad del siglo XX, diversas organizaciones sociales emergieron y desempeñaron un papel clave en la lucha por la democracia. En México, el movimiento estudiantil de 1968 redefinió las dinámicas entre la sociedad civil y el gobierno. A partir de dicho evento, sectores históricamente marginados, como mujeres, trabajadores sindicalizados y empleados fabriles comenzaron a establecer sus propias organizaciones civiles en todo el país. La década de 1970 estuvo caracterizada por una creciente secularización social, aunque muchas organizaciones todavía mantenían influencia religiosa. Según Verduzco “en esta década se observó un crecimiento notable y significativo de diversas organizaciones, especialmente aquellas enfocadas en el desarrollo” (Verduzco, 2003, p. 84 como se cita en Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 63).

De igual modo, el terremoto de 1985, en la Ciudad de México, reveló el potencial organizativo de la sociedad civil. La respuesta espontánea y masiva de los ciudadanos mostró que era posible movilizarse de manera autónoma para atender emergencias sin la necesidad de depender de la regulación estatal. Este evento no solo catalizó la creación de nuevas ONG, sino que también subrayó la importancia del voluntariado como una fuerza social transformadora en nuestro país (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 64; Herrera Gonzáles, 2019, p. 36).

El contexto global también influyó en el desarrollo del voluntariado mexicano, más entorno a la crisis económica de 1982. La creciente interdependencia económica y política entre las naciones, y el hartazgo de la corrupción y burocracia, impulsó la creación de ONG dedicadas a temas como ecología, derechos humanos y desarrollo comunitario. Estas organizaciones, muchas veces financiadas por agencias internacionales, se convirtieron en intermediarias entre las comunidades locales y las dinámicas globales, aportando nuevas perspectivas y recursos al voluntariado (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 64).

El surgimiento del Centro Mexicano para la Filantropía (CEMEFI), en 1988, marcó un esfuerzo por articular y profesionalizar aún más la acción voluntaria. A través de programas como “Mira por los Demás y Haces Falta”, se buscó conectar a ciudadanos interesados en contribuir con organizaciones que requerían apoyo. Estas iniciativas reflejan la transición hacia un voluntariado más estructurado y orientado a la eficiencia, pero también plantean desafíos relacionados con la sostenibilidad y la autonomía (Serna, 2010, p. 161).

El voluntariado en América Latina y México ha evolucionado significativamente desde la época colonial hasta la modernidad. La influencia de la colonización española, la labor de las órdenes religiosas y los cambios sociales y políticos provocados por la Independencia y la Revolución Mexicana han moldeado las prácticas caritativas y de asistencia social. A lo largo de los siglos, estas prácticas han pasado de ser acciones religiosas y desorganizadas a convertirse en instituciones formalizadas y reguladas, reflejando la evolución de la conciencia social y la responsabilidad colectiva en la región.

Como ya se vio, las condiciones materiales y estructurales del siglo XX jugaron un papel crucial en la configuración del voluntariado, la revolución industrial y las nuevas tecnologías transformaron la organización del trabajo y el tiempo humano, permitiendo una mayor flexibilidad laboral y liberando tiempo para la participación en actividades voluntarias. Esta configuración del trabajo pasó de ser un simple medio de subsistencia, a una plataforma para la participación comunitaria (García Roca, 1999).

La transición a una sociedad de riesgos introdujo nuevas formas de vulnerabilidad, como pandemias, desempleo y experimentación genética, que requerían respuestas de solidaridad más directas. Estas nuevas amenazas fomentaron la creación de redes sociales de protección y el resurgimiento del voluntariado como una respuesta a las vulnerabilidades emergentes. Las personas, al reconocer la fragilidad de sus propias condiciones, se movilizaron para ayudar a los demás, creando una red de apoyo comunitario más allá de las respuestas institucionales tradicionales, y más con la crisis del Estado de bienestar. Esta y la insuficiencia de las respuestas institucionales frente a las nuevas vulnerabilidades llevaron al fortalecimiento de las relaciones comunitarias y al resurgimiento del voluntariado que se convirtió en una forma de participación ciudadana, pero cayendo en la responsabilidad individual que el neoliberalismo acarrea.

2.3.3.2. La Profesionalización y las Exigencias del Mercado

El voluntariado contemporáneo, como hemos advertido en esta investigación, se encuentra en la intersección de múltiples tensiones: la búsqueda de justicia social, las demandas del mercado global y las dinámicas de cooperación internacional. La profesionalización del voluntariado ha permitido mejorar la efectividad de las intervenciones y atraer a un mayor número de participantes. Sin embargo, también ha generado una dependencia de financiamientos externos y una creciente competencia entre las organizaciones por recursos y visibilidad. Programas como Prospera ejemplifican esta complejidad. Si bien han promovido nuevas formas de participación ciudadana, también han sido criticados por reproducir estructuras corporativistas y autoritarias, limitando la autonomía de sus agentes (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, pp. 65-66).

El recorrido histórico del voluntariado en México durante el siglo XX revela un proceso complejo de institucionalización, profesionalización y transformación social, donde las dinámicas locales se configuran conforme a las tendencias globales. Estas son las tensiones provocadas por la búsqueda de un supuesto desarrollo, en el marco de una estructura social que, bajo la lógica capitalista y la influencia del Estado, redefine constantemente las nociones de solidaridad y acción voluntaria para continuar con la misma lógica de dominación.

2.3.3.3. La Profesionalización del voluntariado: ¿Progreso o Cooptación?

La profesionalización del voluntariado, evidente en el sector salud y los programas de asistencia social, representa un avance hacia la estructuración y eficiencia de las actividades solidarias. Sin embargo, este proceso no está exento de contradicciones. Si bien la profesionalización ha permitido una mejor respuesta a las necesidades comunitarias, también ha generado una dependencia funcional de los voluntarios hacia estructuras gubernamentales o corporativas. Esta dependencia cuestiona la autonomía del voluntariado, reduciéndolo en ocasiones a una extensión de las políticas estatales o de los intereses empresariales.

En términos dialécticos, la profesionalización puede interpretarse como un movimiento que sintetiza el conflicto entre la necesidad de estructuración y la esencia altruista del voluntariado. No obstante, esta síntesis no elimina la contradicción, sino que la reconfigura: el voluntariado profesionalizado enfrenta ahora el desafío de preservar su dimensión ética y, si fuese en algún punto posible, su dimensión transformadora en un contexto que prioriza la eficiencia y el control.

El impacto de los movimientos sociales en las décadas de 1960 y 1970 demuestra cómo el voluntariado puede ser un espacio de resistencia. Al romper con los roles tradicionales de género y al vincularse con luchas por derechos humanos y justicia social, estas formas de participación resignificaron la solidaridad, alejándola de un enfoque meramente asistencialista, aunque siempre dentro de un Estado de derecho. Por eso, resulta importante cuestionar hasta qué punto estas iniciativas lograron sostenerse y consolidarse como alternativas frente al modelo dominante. Muchas de estas formas emergentes de voluntariado fueron cooptadas, desarticuladas o limitadas por las mismas estructuras que pretendían desafiar. Esta tensión subraya la fragilidad de las iniciativas autónomas frente a un sistema que constantemente las subsume e instrumentaliza.

Además, a estos elementos se le suman las dinámicas que reproducen las ONG, dependencia de financiamientos externos, la competencia por recursos y la necesidad de visibilidad han llevado a muchas ONG a adoptar estructuras empresariales, priorizando resultados cuantificables sobre impactos cualitativos. Así, el voluntariado se encuentra en una contradicción inherente: mientras busca abordar desigualdades y promover la justicia social, opera dentro de un marco que reproduce las mismas lógicas de exclusión y explotación.

2.3.4. El Voluntariado en el Siglo XXI

El inicio del siglo XXI marcó un punto de inflexión en las dinámicas del voluntariado, impulsado por la globalización, el auge de las tecnologías de la información y la proliferación de ONG con enfoques más diversificados. Este período ha estado caracterizado por una mayor visibilidad del voluntariado en las políticas públicas, así como por nuevas formas de participación ciudadana que responden a los retos sociales, económicos y ambientales a los que nos enfrentamos. Esto se ve reflejado en una ampliación de las prácticas voluntarias hacia ámbitos más diversificados y especializados, así como una mayor vinculación con agendas globales. Además, el voluntariado adquirió todavía una mayor estructura y profesionalización, en parte debido a la incorporación de métodos administrativos y la rendición de cuentas como ejes centrales de las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC).

Asimismo, con el aumento en la interconexión entre las organizaciones voluntarias a nivel global de este siglo, fomentado por la CI y la influencia de organismos multilaterales, programas como los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) han colocado el voluntariado en el centro de los esfuerzos por abordar problemáticas como la pobreza, la desigualdad de género y el cambio

climático. En México, el fortalecimiento de las organizaciones civiles y el establecimiento de redes internacionales han permitido un intercambio constante de experiencias y recursos, lo que ha ampliado el alcance del voluntariado. Sin embargo, esta globalización también ha introducido nuevas tensiones, particularmente en relación con las dinámicas de poder entre el Norte y el Sur Global, donde las agendas de desarrollo a menudo se imponen desde contextos externos, deslegitimando los saberes locales, cuestión que ya hemos estudiado en el primer Capítulo.

En los 2000, con la llegada del presidente Vicente Fox, se produjo una mayor simbiosis entre Estado y ciudadanía, dada la transición política, al pasar a ser un espacio más abierto para nuevos actores y participación ciudadana en el ámbito público. En este contexto, se destaca la promulgación de la Ley de Fomento a las Organizaciones de la Sociedad Civil, en 2003 en México, gracias al esfuerzo conjunto de más de 400 organizaciones y plataformas como el Centro Mexicano para la Filantropía (CEMEFI) (Herrera González, 2019, p. 38).

La profesionalización no solo implicó mejores prácticas administrativas, sino también una redefinición del rol del voluntario. Como indica Serna (2010), muchas OSC comenzaron a incluir tanto voluntarios organizados como personal remunerado, lo que permitió combinar habilidades especializadas con un espíritu solidario. Este enfoque profesional amplió las capacidades de las organizaciones para atender problemáticas complejas, desde la violencia intrafamiliar hasta la salud reproductiva y los derechos humanos (pp. 162-163).

Igualmente, la digitalización ha transformado significativamente las formas de participación voluntaria. Las plataformas digitales, como las promovidas por CEMEFI a través de programas como “Haces Falta”, han facilitado la conexión entre personas interesadas en participar y organizaciones que buscan voluntarios. Este tipo de herramientas no solo amplían el alcance del voluntariado, sino que también introducen nuevas posibilidades para la acción remota y el voluntariado virtual.

Sin embargo, estas transformaciones también plantean desafíos. Si bien las tecnologías permiten mayor accesibilidad, la despersonalización de las relaciones puede dificultar la creación de vínculos comunitarios verdaderamente sólidos, abundando en una concepción de la solidaridad cada vez más abstracta e individualista. Además, el uso de plataformas digitales refleja las desigualdades existentes en términos de acceso a internet y alfabetización digital, limitando la participación de sectores marginados.

También, un aspecto clave del voluntariado contemporáneo es su relación con el capital social. Putnam diferencia entre el “*bonding social capital*”, que fortalece los lazos entre personas con características similares, y el “*bridging social capital*”, que conecta a individuos de diferentes contextos. El voluntariado genera ambos tipos de capital, promoviendo la cohesión social y facilitando la colaboración entre sectores diversos (Putnam, 2006, citado en Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, pp. 67-68).

En México, afirman Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa (2016), la construcción de capital social enfrenta retos relacionados con el autoritarismo histórico y la centralización del poder. A pesar de esto, el voluntariado ha demostrado ser una herramienta para empoderar a las comunidades y descentralizar la toma de decisiones, como se observa en proyectos liderados por OSC que priorizan la participación comunitaria y la inclusión social (pp. 67-68).

Es importante señalar que este siglo también trajo consigo transformaciones en la participación de mujeres y hombres en el voluntariado. Como señala Serna (2010), los motivos para participar difieren: mientras los hombres lo perciben como una responsabilidad social, las mujeres suelen vincularlo a valores morales y religiosos. Además, el acceso de las mujeres a la educación superior y al empleo permitió que su participación trascendiera los roles tradicionales de madre-esposa para involucrarse en causas relacionadas con la justicia social y la equidad de género (pp. 140-141). No obstante, estas transformaciones también revelan desigualdades persistentes. Por tales motivos, el voluntariado a menudo sigue siendo feminizado, generalmente, en ámbitos como la salud y la educación. Esto refuerza estereotipos de cuidado y asistencia, aunque también demuestra la capacidad de las mujeres para liderar iniciativas transformadoras en sus comunidades (Serna, 2010, p. 165).

Desde una perspectiva crítica, es importante cuestionar hasta qué punto el voluntariado contemporáneo puede escapar de la cooptación por las dinámicas del mercado y la globalización. Aunque muchas organizaciones buscan promover la justicia social, operan en un contexto que perpetúa las estructuras que mantienen la asimetría social. Esta tensión evidencia la necesidad de repensar las estructuras organizativas (Butcher García-Colín y Verduzco Igartúa, 2016, p. 68) y los objetivos del voluntariado para evitar reproducir relaciones de poder desiguales. Este análisis resalta la necesidad de superar las dicotomías tradicionales entre Estado y sociedad civil, caridad y justicia social, autonomía y dependencia. Más que buscar una síntesis estática, es crucial entender

el voluntariado como un proceso dinámico, donde las contradicciones no se resuelven, sino que estas lo transforman continuamente.

2.4. La Coyuntura Política Actual: El papel del voluntariado en la 4T

Así como en otros gobiernos de izquierda que han llegado al poder en los últimos años, intentando retornar las responsabilidades sociales al Estado (Lucatello, 2017), la llegada al poder de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y la Cuarta Transformación (4T) representó un cambio rotundo en las políticas públicas de México, en especial, en el ámbito social y de la salud. Promoviendo una narrativa abiertamente antineoliberal, el gobierno ha promovido el fortalecimiento de las instituciones públicas, buscando, precisamente, retomar las responsabilidades sociales del Estado en áreas donde previamente las ONG y el voluntariado tuvieron un papel destacado. Esta postura no ha dejado de generar tensiones en el espacio del voluntariado y las ONG en México.

Desde el inicio de su mandato, en 2018, AMLO ha criticado a diversas ONG, acusándolas de actuar como intermediarias y de manejar recursos públicos sin transparencia. En consecuencia, su gobierno ha implementado medidas para reducir el financiamiento público a estas organizaciones, argumentando que los recursos deben canalizarse directamente a la población beneficiaria a través de programas sociales gubernamentales. Con ello, se aprobó la modificación del artículo 151 de la Ley de Impuesto Sobre la Renta (ISR) con lo que se limitarán los donativos que otorgan personas físicas a las organizaciones de la sociedad civil” (Arista, 2021, párr. 2).

Esta política ha afectado a numerosas ONG que dependían de fondos públicos para operar, limitando su capacidad de acción y, en algunos casos, llevando al cierre de ciertos programas. Esta modificación a la Ley del ISR, en 2021, limitó las deducciones fiscales por donativos a las ONG, afectando a más de 5,000 organizaciones que reciben donativos de personas físicas (SUN, 2021). En 2017, por ejemplo, el gobierno federal otorgó apoyos económicos y suscribió convenios con 10,382 OSC por un monto de 4,885 millones de pesos (López, 2019, párr. 3). Sin embargo, para 2020, más de 42,000 OSC buscaban acceder a apoyos y estímulos públicos, enfrentando mayores restricciones en el acceso a estos recursos (Pérez, 2020).

Es de este modo que la 4T ha priorizado centralizar la provisión de servicios sociales, fortaleciendo el papel del Estado y minimizando la participación de actores no gubernamentales, aunado al argumento de que algunas ONG operan con agendas ajenas al verdadero interés público. No obstante, dicha estrategia ha sido criticada por organizaciones de la sociedad civil, que señalan

que el gobierno no ha logrado cubrir adecuadamente las necesidades de la población, en específico, en áreas donde las ONG tenían una presencia importante. Hay algunas opiniones que creen que “la función que realizan las llamadas ONG son vitales para el complemento de programas sociales que realiza el gobierno” (González, 2019, párr. 4).

2.4.1. Perspectiva Histórica: El Retorno del Estado en la Salud

Históricamente, México ha experimentado diversas etapas en la provisión de servicios de salud. En la primera mitad del siglo XX, el Estado asumió un papel central en la salud pública. Se establecieron instituciones como el Consejo de Salubridad General y el Departamento de Salubridad Pública en 1917 (Gómez-Dantés y Frenk, 2019). Sin embargo, a partir de la década de 1980, con la adopción de políticas neoliberales, como en todos los ámbitos públicos, se promovió la participación del sector privado y de ONG en la provisión de servicios sociales, reduciendo, de esta forma, la intervención estatal.

Menéndez (2005) ofrece un análisis detallado de las políticas de salud en México durante el periodo neoliberal al hacer énfasis en procesos como la descentralización, reducción del gasto en salud, atención primaria selectiva, mercantilización y privatización de los servicios de salud. Dichas políticas, implementadas en un contexto de creciente pobreza y desigualdades socioeconómicas, hacían notable el pragmatismo social, ideológico y político por parte de los funcionarios neoliberales, quienes adaptaron conceptos y propuestas de tendencias médicas y sociales críticas para sus fines (Menéndez, 2005).

En contraste, bajo la administración de Andrés Manuel, se ha buscado revertir las políticas neoliberales en el sector salud. La creación del Instituto de Salud para el Bienestar (INSABI) en 2020, en sustitución del Seguro Popular, representa un esfuerzo por centralizar y fortalecer la provisión pública de servicios de salud, con la intención de eliminar intermediarios y reducir la participación privada en la gestión de estos servicios (Browner y Leal Fernández, 2022). El INSABI tiene el objetivo de garantizar servicios gratuitos y accesibles a partir de fondos del gobierno federal. Sin embargo, estas iniciativas han enfrentado desafíos significativos, como insuficiencia de recursos y falta de infraestructura en zonas marginadas (UNIR, 2023).

El retorno del Estado en la provisión de servicios sociales y de salud bajo la 4T puede interpretarse dialécticamente como un movimiento dentro de la lucha de clases en México. Por un lado, esta política refleja un intento de redistribuir recursos hacia sectores históricamente

marginados, recuperando el control estatal sobre áreas antes cedidas a la sociedad civil y a dinámicas del mercado neoliberal.

Sin embargo, este proceso tampoco está exento de contradicciones. La centralización de los recursos y el debilitamiento de las ONG han generado tensiones en un espacio que históricamente ha representado una vía alternativa para la acción popular. Aunque la narrativa gubernamental apuesta por fortalecer la soberanía estatal y dismantelar las estructuras neoliberales, en la práctica se enfrenta a desafíos estructurales que limitan su alcance.

Desde una perspectiva dialéctica, el desplazamiento del voluntariado organizado y las ONG hacia un segundo plano puede ser visto como una negación del paradigma neoliberal, pero también como una oportunidad para reconfigurar el espacio del voluntariado bajo, quizás, nuevas formas de solidaridad popular en el marco del nuevo proceso político. Este escenario plantea preguntas fundamentales: ¿Puede el voluntariado sobrevivir en un modelo centrado en el Estado? ¿Es posible reconfigurarlo para que sea una herramienta de emancipación y no de subordinación?

2.5. Breve historia del voluntariado en Puebla y el hito de la Cruz Roja

El voluntariado en Puebla encuentra sus raíces en la época colonial en México, al igual que el resto del país, cuando la Iglesia Católica, a través de órdenes religiosas como los agustinos, franciscanos y dominicos, promovía la caridad y el apoyo a los necesitados (Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán, 2024). Con el paso del tiempo, principalmente, durante el siglo XIX, estas iniciativas evolucionaron hacia formas más organizadas y laicas de voluntariado, aunque la influencia religiosa permaneció significativa. La fundación de instituciones como el Cuerpo de Voluntarios del Municipio de Puebla en 1912 refleja este desarrollo hacia una participación ciudadana más estructurada.

Un hito importante en la historia del voluntariado en Puebla fue la fundación de la Cruz Roja Mexicana en la ciudad. El 30 de agosto de 1918, bajo el liderazgo de Don Enrique Villar Castaneyra, se estableció la delegación de Cruz Roja en Puebla. Poco después, en 1919, la institución brindó auxilio a los afectados del sismo que ocurrió ese mismo año y que causó pérdidas significativas en la capital del estado.

Es importante decir también que la Fundación Mary Street Jenkins ha donado durante 60 años a la causa de Cruz Roja en Puebla. Esta misma fundación hizo posible la construcción del hospital Cruz Roja Puebla en 1957 (Solís Gutiérrez, 2018). A lo largo del siglo XX, Cruz Roja en

Puebla amplió sus servicios, estableciendo hospitales, escuelas de enfermería y bases de socorro. Actualmente, cuenta con una sede estatal, 18 delegaciones locales, una base de socorros, tres hospitales, cinco planteles de formación de Técnicos en Urgencias Médicas y una escuela de enfermería. Estas instalaciones permiten a la Cruz Roja en Puebla continuar con su misión humanitaria de salvar vidas, atendiendo líneas estratégicas de salud, socorros e inclusión social dentro del estado.

2.5.1. Historia de la Cruz Roja

La historia de la Cruz Roja se remonta a la “Batalla de Solferino” de 1859 que tuvo como protagonistas a las tropas italianas, francesas y al ejército austriaco. En pocas horas hubo alrededor de 40,000 víctimas entre heridos y fallecidos. Lo que ocasionó más muertes fue la incapacidad de los servicios médicos del ejército. Al presenciar la batalla, Henry Dunant, ciudadano suizo, gestionó a los habitantes de las zonas aledañas para atender a las víctimas sin discriminar bandos. Esa acción dio origen, en 1863, al Comité Internacional de Socorro a los Heridos Militares, lo que llegaría a ser actualmente el Comité Internacional de la Cruz Roja y la Medialuna Roja (Medina Córdón, 2017).

En nuestro país, la Cruz Roja Mexicana fue oficialmente fundada el 21 de febrero de 1910, pero sus antecedentes se remontan a 1898, cuando Porfirio Díaz recibió una solicitud de la Cruz Roja Española para obtener información sobre los servicios de ambulancia en México y su relación con el Ejército en caso de conflicto armado, conforme al Convenio de Ginebra de 1864. En respuesta, Díaz encomendó al doctor Fernando López y Sánchez Román analizar la situación, descubriéndose que no existía un sistema de asistencia médica adecuado, lo que llevó a proponer la creación de una sociedad nacional de la Cruz Roja en México con apoyo de la sociedad civil (Comisión Nacional de los Derechos Humanos [CNDH], s.f.).

En 1907, aún bajo el gobierno de Porfirio Díaz, México se adhirió formalmente al Convenio de Ginebra, y se aceptó la propuesta de Luz González Cosío para fundar la Cruz Roja Mexicana. Sin embargo, un evento clave para su consolidación ocurrió en 1909, cuando una tromba devastó Monterrey, dejando innumerables víctimas y acelerando el establecimiento de la organización. Finalmente, con el Decreto Presidencial No. 401, publicado el 12 de marzo de 1910, se otorgó reconocimiento oficial a la Cruz Roja Mexicana, que inició sus operaciones ese mismo año en Rosales número 20, en la Ciudad de México (CNDH, s.f.).

A partir de allí, hasta la fecha, la Cruz Roja Mexicana sigue operando a lo largo del país en sus distintas Delegaciones Estatales, autodefiniéndose como:

(...) una institución de asistencia privada no gubernamental, humanitaria, imparcial, neutral e independiente; que moviliza redes de voluntarios, comunidades y donantes para operar programas y servicios que tienen como objetivo el preservar la salud, la vida y aliviar el sufrimiento humano de la población en situación de vulnerabilidad. (Cruz Roja Mexicana [CRM], s.f.)

Esta institución se mantiene, principalmente, por voluntarios que prestan sus servicios en sus distintas líneas estratégicas. Una de ellas es la de socorros (donde se ubican las actividades propias de los paramédicos) y que tiene como objetivo “preservar la salud y la vida del ser humano en situaciones de emergencias y desastres, y contribuir a restablecer su medio de sustento” (CRM, s.f.). Un voluntario, según la Cruz Roja Mexicana (s.f.): “Es toda aquella persona que de forma reflexiva, solidaria y no remunerada desarrolla una actividad en beneficio de la comunidad dentro del marco y fines establecidos por la misma”.

Sin embargo, la Cruz Roja no deja de tener tensiones y contradicciones internas en tanto institución, algunas de ellas responden a problemáticas de propiedad de las ONG que se estudiaron en el primer Capítulo y a la coyuntura política actual, pues muchas veces la institución de Cruz Roja es clasificada como una ONG de ayuda humanitaria y emergencia. He de recordar que las problemáticas de las ONG tienen que ver con su responsabilidad, su legitimidad y su efectividad, lo que ha provocado que varias de ellas entren en la “racionalización del mercado”, fenómeno aunado a los recortes de presupuesto de ayuda oficial y donaciones privadas.

Así, la predicción de Saxby (1998) puede conectarse perfectamente con la situación de Cruz Roja Puebla hoy día al decir que: abrazarían “abiertamente la dependencia y el papel de ‘contratistas del servicio público’, afirmándose otras en una postura independiente. Algunas quizás se conviertan en empresas transnacionales de colecta” (Saxby, 1998, p. 72). Tanto la agenda posneoliberal como el retorno al estatismo que envuelve a todo Latinoamérica, misma que se refleja en las políticas de la 4T sobre el mejoramiento paulatino del Sector Salud, en el caso específico México, se está produciendo que las actividades, principalmente proyectos y programas, que eran realizadas por las ONG, ahora sean retomadas por el propio Estado.

El Sistema de Urgencias Médicas Avanzadas (SUMA)⁷ ha desplazado en gran medida a la Cruz Roja en tareas de emergencia. Durante mi trabajo de campo en la Cruz Roja Delegación Puebla, se reportó una disminución en la carga de trabajo de los socorristas debido a la expansión de los servicios públicos de atención prehospitalaria. Este cambio refleja el esfuerzo del gobierno de la 4T por recuperar un rol central en la provisión de servicios de salud.

Por ejemplo, en enero de 2024, el gobierno estatal, a cargo de Morena, realizó una inversión significativa para ampliar la flota de SUMA, incorporando 23 ambulancias equipadas con tecnología avanzada. Esta acción tuvo como objetivo reducir los tiempos de respuesta ante emergencias y mejorar la atención prehospitalaria en la región (García Rojas, 2024). Además, municipios como Cuautlancingo han firmado convenios de colaboración con SUMA para fortalecer la atención a la salud en sus comunidades. Estas alianzas permiten una mayor cobertura y eficiencia en la respuesta a emergencias médicas, acercando los servicios de urgencia a las juntas auxiliares y zonas más alejadas del municipio (Altamirano, 2024).

Asimismo, SUMA ha sido reconocido como un referente nacional en la atención de urgencias médicas. A cinco años de su creación, se ha convertido en el mejor equipo de atención de emergencias médicas del país, siendo el único certificado por el SAMU de Francia. Este reconocimiento destaca la calidad y eficacia de los servicios que brinda en Puebla (24 Horas Puebla, 2016).

Este detrimento en el área de socorros de Cruz Roja llevó a buscar otras actividades y, con ello, otras formas de obtener ingresos, toda vez que las donaciones han disminuido desde que la “cara” de Cruz Roja frente a la población, socorros, tenga menor actividad pública, provocando menor visibilización y propaganda desde la percepción social. De ese modo, Cruz Roja, en su faceta de empresa orientada por las leyes del mercado, ha fungido como contratista de servicio público. Últimamente, ha hecho contratos millonarios con el Instituto Mexicano de Seguridad Social (IMSS) para llevar a cabo traslados de pacientes a costa de la explotación de paramédicos, tanto remunerados como voluntarios, dado que la actividad de Cruz Roja, poco a poco, se viera coartada a causa de las políticas estructurales de la 4T.

⁷ El SUMA es un organismo de gobierno que nació en el año 2011 a partir de la creación del Centro Regulador de Urgencias Médicas CRUM en 2008 (centro que también regula actualmente la actividad de Cruz Roja) (Secretaría de Salud. Gobierno de Puebla, 2019), mismo que vino a sustituir varias de las actividades que anteriormente eran llevadas a cabo por Cruz Roja socorros.

2.6. Conclusiones: El voluntariado desde una perspectiva histórico-crítica

A lo largo de este capítulo, se ha realizado un análisis histórico-crítico del voluntariado, evidenciando cómo sus prácticas han sido configuradas por las condiciones materiales y simbólicas de cada época. Este recorrido permite identificar las raíces conceptuales y las transformaciones sociopolíticas que han acompañado al voluntariado desde sus formas más tempranas de ayuda mutua hasta su profesionalización contemporánea. En cada etapa histórica, el voluntariado se revela como un espacio complejo de tensiones, donde confluyen dinámicas de control, cooptación ideológica dentro de sus aspiraciones idealizadas que aparecen como meramente humanistas.

Las contradicciones inherentes al voluntariado han quedado de manifiesto al observar cómo este, en diferentes momentos históricos, ha funcionado simultáneamente como una expresión de solidaridad genuina y como un mecanismo de reproducción de las desigualdades estructurales. Por consiguiente, las idealizaciones del voluntariado, lejos de ser meras narrativas inocuas, operan como discursos legitimadores que invisibilizan su instrumentalización por parte de actores estatales y privados. Estas idealizaciones, al mismo tiempo, reflejan la constante negociación entre una ética específica (que quizás ya pertenece a los valores hegemónicos) que motivan las acciones voluntarias y las dinámicas de control que buscan apropiarse completamente de ellas.

Las políticas contemporáneas, como las promovidas bajo el marco de la 4T en México, destacan la relevancia de contextualizar el voluntariado dentro de un panorama político cambiante, donde las demandas sociales y las dinámicas de poder redefinen constantemente su papel. Sin embargo, siempre, dentro de la figura de Estado, se nota cómo este reconfigura al voluntariado conforme a sus necesidades económicas y políticas. Es decir, en términos económicos, el voluntariado también es un recurso escaso que pasa a ser administrado por el propio Estado en sus distintos matices.

En síntesis, este capítulo demuestra que el voluntariado no puede ser entendido únicamente como una práctica solidaria desinteresada. Más bien, debe ser analizado críticamente como un espacio de disputa y movimiento dialéctico constante, en el cual coexisten fuerzas y poderes que lo idealizan, lo instrumentalizan y, potencialmente, lo configuran conforme a sus necesidades. A continuación, en el siguiente capítulo, vamos a observar de qué manera estas determinaciones estructurales y objetivas configuran al voluntariado desde el individuo y cómo se vivencia su experiencia a partir de lo subjetivo.

Capítulo 3. Encarnación de las determinaciones históricas del voluntariado

Mi primera aproximación al campo del socorrista-voluntario de Cruz Roja fue verdaderamente grato. Recuerdo vívidamente aquel 5 de marzo de 2023, donde tuve mi primera charla grupal con los paramédicos en un bar (que sería recién el primero de varios que visitaría con ellos). Allí se encontraba la Jefa y otros tantos y tantas que se convertirían en mis informantes, pero mejor aún, o espero que así sea, en mis amigos. Ese día, pude percatarme de algunas dinámicas de grupo que posteriormente serían enlazadas y confirmadas.

Se sentaron de una manera muy particular rodeando a la Jefa casi como representando la pintura de la última cena. En el momento uno en que ella comenzó a contar sus experiencias de viaje como socorrista en Turquía, hubo un silencio abismal. Se hizo presente la voz de la “experiencia”. La jefa irrumpió la atmosfera del bar al interpretar la imagen viva del paramédico voluntario. De ella brotaban símbolos, signos, tanto de caridad, amor, terror, dolor, hasta de juego, dominación, muerte, divinidad, en definitiva, se abrió ante mí el universo completo del socorrista, del paramédico voluntario de Cruz Roja en tan peculiar subjetividad.

Por ello, en mi trabajo de campo realicé una etnografía estratégicamente situada (unilocal) al centrarme localmente en la Delegación de Cruz Roja Ciudad de Puebla por año y medio, desde marzo de 2023 hasta agosto de 2024. Este tipo de “etnografía estratégicamente situada intenta entender, de manera amplia, el sistema en términos etnográficos y, al mismo tiempo, a los sujetos locales” (Marcus, 2001, p. 122). Asimismo, metodológicamente, establecí una conexión local con lo global, pues, como lo refiere Marcus (2001):

Clasificar las relaciones de lo local con lo global es un procedimiento relevante y extendido de conocimiento local que queda por ser reconocido y descubierto en los idiomas y discursos inherentes a cualquier lugar contemporáneo que pueda ser definido por su relación con el sistema mundo. (p. 122)

Para este trabajo también hice uso de la “perspectiva entosociológica” de Daniel Bertaux a la hora de recabar relatos de vida de los paramédicos voluntarios, pues, al interior del microcosmos elegido, intenté identificar, de algún modo, “las lógicas de acción, los mecanismos sociales, los procesos de reproducción y de transformación” (Bertaux, 2005, p. 18). Al mantener esta perspectiva, renuncié al método hipotético-deductivo que defiende el positivismo, pues, en primera

instancia, tuve contacto con los relatos de vida, para después construir algunas hipótesis que explicaran las relaciones sociales presentes en este mundo social. De lo que se trata, según Bertaux (2005), es de buscar, a partir del individuo, una comprensión de lo colectivo.

Por otra parte, utilicé el “método de las historias de vida” que expone el sociólogo italiano Ferrarotti. Este método, explica él, permite “tener un contacto directo con lo ‘vivido’ de las personas y, por ende, con la ‘materia prima’, fundamento de la investigación social” (Ferrarotti, 2007, p. 16). La investigación es vista como una “con-investigación”, en la cual el investigador también es investigado. Es decir, el investigador no mantiene ni un estatus de superioridad ni se protege de algún “armamento metodológico preconstituido” (Ferrarotti, 2007, p. 26). Además, me identifiqué con su idea de que toda persona tiene derecho a que se preserve su historia.

Busqué mantener un enfoque de “entrevista empática”, la cual implica “la adopción de una posición” (Fontana y Frey, 2015, p. 141) por parte del entrevistador. La entrevista empática valora y recupera la parte sagrada de la otra persona y plantea la postura de que conociendo al “otro” se conoce a uno mismo, puesto que la entrevista “es una de las formas más comunes y poderosas con las que podemos tratar de comprender a los demás” (Fontana y Frey, 2015, p. 145) sin importar la posible ambigüedad que exista entre informar y codificar las respuestas.

Me mantengo en el entendido de que la investigación transforma al propio investigador. En ese sentido, he intentado ser consciente de los distintos niveles de reflexividad que han surgido a lo largo de mi investigación, y entre mis entrevistados y yo al momento de realizar este trabajo. Estoy muy agradecido por el apoyo que me proporcionaron las y los paramédicos de Cruz Roja Delegación Ciudad de Puebla. Tuvieron siempre una actitud abierta y muy colaborativa, tanto en su entrevista como en el trabajo investigativo en general. En tal sentido, compruebo lo que decía Velasco y Gianturco (2012):

Cuando construimos una historia o un relato de vida, no cabe duda de que el protagonista es el narratorio, pero no es tan claro quién es el autor del producto escrito. (...) Parece que la mejor definición de esta relación es la de coproducción. (como se cita en Marroni, 2016, p. 219)

Con ello, este capítulo tiene como objetivo analizar cómo estas contradicciones se encarnan en la subjetividad y práctica cotidiana de los paramédicos voluntarios de Cruz Roja, explorando las tensiones que se producen entre la idealización heroica del voluntariado y las condiciones

materiales que lo atraviesan. El voluntariado, como fenómeno social e histórico, encierra en su práctica y representación una multiplicidad de contradicciones que son esenciales para comprender su dinámica y funcionamiento en contextos contemporáneos

Desde una perspectiva dialéctica, partimos de la premisa de que la realidad social está constituida por contradicciones, que no solo reflejan tensiones entre polos opuestos, sino que también impulsan la transformación histórica. Entendiendo a Adorno (2005), la negatividad inherente al proceso dialéctico no busca resolver las contradicciones, sino exponerlas en su complejidad para revelar las condiciones subyacentes que las producen. En este sentido, el voluntariado no puede analizarse únicamente como una práctica altruista desinteresada, sino como una forma profundamente inscrita en las estructuras del capitalismo global y las lógicas estatales de asistencia, como se ha estado viendo. Estas tensiones constituyen lo que Žižek (2009) denomina “violencia objetiva”, aquella inherente al estado de cosas “normal”, que a menudo se invisibiliza detrás de discursos que exaltan el heroísmo y la solidaridad.

La investigación etnográfica y narrativa que realicé en la Delegación Ciudad de Puebla de la Cruz Roja Mexicana permite visibilizar estas contradicciones a través de las vivencias, relatos de vida y prácticas de los paramédicos voluntarios. Por un lado, emerge la figura idealizada del voluntario como héroe altruista, portador de valores universales como la solidaridad y el sacrificio. Por otro, la realidad material de su actividad revela precariedad, explotación simbólica y conflictos internos, que muestran cómo esta idealización es funcional para la reproducción de las desigualdades estructurales que justifican la existencia misma del voluntariado.

La dialéctica de la idealización y la realidad material, siguiendo esta línea, no solo permite analizar las contradicciones internas del voluntariado, sino también reflexionar sobre su papel dentro de la reproducción ideológica del capitalismo. Destaca Marcuse (1964), las formas de alienación en el capitalismo no solo operan en el ámbito económico, sino también en las subjetividades, donde se naturalizan prácticas que ocultan las condiciones de explotación.

Asimismo, este capítulo se inscribe en la línea de análisis de contradicción dialéctica de Hegel, donde la negatividad, más que un error o falla del sistema, es una fuerza motriz que revela las dinámicas de negación y superación dentro de la propia historia.

La negatividad, en este contexto, no se refiere simplemente a la negación lógica, sino a una fuerza dinámica que impulsa el desarrollo y la transformación tanto del sujeto como del objeto. Esta fuerza

revela las contradicciones internas de cualquier entidad, desafiando la inmediatez de su relación y exponiendo la complejidad mediada por múltiples factores tanto históricos como sociales. (Muñoz de Jesús, 2024, p. 95)

En el caso específico, las tensiones entre el heroísmo simbólico y la precariedad material del voluntariado permiten comprender cómo las subjetividades de los paramédicos se convierten en un campo de batalla donde se enfrentan la ideología y la experiencia concreta.

El análisis aquí presentado se estructura en tres dimensiones principales: 1) La idealización del voluntariado y su función como dispositivo ideológico para ocultar las carencias estructurales. 2) Las contradicciones entre las narrativas heroicas y las condiciones materiales que precarizan la práctica voluntaria. 3) La encarnación de diversas formas de violencia, desde la estructural y simbólica hasta la subjetiva y de género, que afectan a los voluntarios y reflejan dinámicas globales de explotación.

De este modo, este capítulo no solo busca evidenciar las contradicciones inherentes al voluntariado, sino también proponer una lectura crítica que permita repensar el papel del voluntariado. Como bien hace ver Benjamin (2021), en cada construcción histórica se ocultan tanto los elementos que la legitiman como aquellos que pueden conducir a su transformación; este análisis se orienta hacia el desocultamiento de ambas cuestiones.

3.1. El paramédico voluntario: entre la idealización y su justificación heroica

El voluntariado, en su dimensión idealizada, surge como una respuesta humanitaria frente a las carencias estructurales que el Estado y el capital no resuelven. Este discurso, sin embargo, no es neutral; su construcción, como se ha venido estudiando, es histórica e ideológica, misma que ha permitido la consolidación de una imagen heroica del voluntario, invisibilizando las contradicciones materiales y las tensiones subjetivas que emergen en su práctica cotidiana. Este apartado analizará cómo la idealización del voluntariado se presenta como una herramienta tanto de movilización social como de cooptación ideológica, y cómo dicha idealización entra, indefectiblemente, en conflicto con las condiciones materiales y la subjetividad de los voluntarios.

3.1.1. La idealización pura del paramédico voluntario

Mi trabajo de campo recuperó valiosos datos para interpretar las razones del por qué una persona decide volverse no solamente voluntario, sino, además, paramédico. Fue interesante descubrir la retórica que no solo envuelve el imaginario colectivo, sino que penetra en las conciencias individuales y hace posible una subjetividad específica. Generalmente, los recursos discursivos de este tipo de narraciones iban entrelazadas de una muy organizada respuesta justificatoria y, al mismo tiempo, legitimadora del quehacer y del ser propio del paramédico voluntario de Cruz Roja.

Tal es el caso de varios paramédicos que tuve el placer de entrevistar y convivir. La idealización recorre tanto a la propia imagen que tienen del voluntario, como de la institución a la que “decidieron pertenecer” y su profesión como paramédicos. Estos tres elementos se mezclan para dar como resultado una narrativa que roza entre lo humanitario, lo mítico y lo espiritual. Un ejemplo de ello es Erick Zavaleta (2023), quien me confesó lo siguiente:

Para mí, ser un paramédico de Cruz Roja significa ser una persona que carga con una amplia responsabilidad, porque Cruz Roja tiene mucho peso a nivel nacional e internacional. [También] Es un orgullo realmente saber que he sido capacitado por personas, doctores, enfermeras, todos muy buenos en sus respectivas profesiones, cosa que me ha dotado de grandes conocimientos y habilidades para llevar a cabo mi actividad como paramédico.

En este caso, se idealiza la institución como un símbolo de prestigio y compromiso social, reforzado por el peso de su alcance nacional e internacional.

Diana Hernández (2023), otra paramédica voluntaria, idealiza la Cruz Roja como “un símbolo de esperanza y de salvación”. Ella relaciona esta institución con situaciones históricas, como los desastres naturales y la Matanza del 68. André Tagle (2023), por su parte, menciona lo siguiente: “Nosotros portamos un emblema internacional que es un símbolo de esperanza”. Aquí se percibe el voluntariado idealmente como un símbolo puro, solidario y humanitario que supera fronteras. Relativo a su institución, todos, sin excepción, expresaron sentirse de una u otra forma identificados con los principios, así como con la visión-misión de Cruz Roja.

Jesús Coeto (2023) mostró cómo el reconocimiento externo idealiza la labor voluntaria:

Fue muy bonito el ir pasando por las calles y la gente que te gritaba héroe. O te aplaudía (...) eso te da valor, te hace hacer las cosas con mayor responsabilidad porque la gente está creyendo en ti. (...)

Es gratificante que todos te reconozcan (...) porque no te pagan, pero pierdes tiempo, que es lo que nunca recuperas.

El heroísmo proyectado en los voluntarios alimenta su sentido de responsabilidad, al mismo tiempo que nubla las tensiones objetivas tales como la falta de remuneración y las condiciones precarias. Aquí, el reconocimiento actúa como una forma de control simbólico que encarna las contradicciones del voluntariado al enfrentarlo no solo subjetivamente, sino objetivamente.

3.1.2. Contradicciones entre idealización y condiciones materiales

La idealización del voluntariado como una práctica ideal y heroica entra en tensión con las condiciones materiales y sociales en las que se desarrolla. El voluntario, como sujeto, es colocado en una posición ambigua: es exaltado simbólicamente, pero marginado materialmente. Aquí se evidencia una negatividad dialéctica, donde la exaltación del voluntario convive con su precarización. Tenemos, por ejemplo, el siguiente fragmento del relato de Diana Hernández (2023) al describir el voluntariado como un sacrificio personal y económico: “Yo soy la que pago por estar ahí (...) guantes, tiras del glucómetro, pasajes, comida, uniformes”. Es interesante ver cómo su entrega contrasta con la falta de apoyo institucional, lo que demuestra la manera en que el heroísmo del voluntario proviene y se sostiene de sus propias condiciones materiales limitadas.

La realidad financiera también aparece, por ejemplo, cuando Diana Hernández (2023) menciona que el voluntariado no es sostenible como trabajo: “Es como un *hobbie* (...) no puede ser un trabajo, puesto que no me pagan”. Esta cuestión de que el voluntariado es tomado como un *hobbie* más que como un trabajo propiamente dicho fue una constante en todas las entrevistas. Al parecer era la única manera en que los paramédicos voluntarios podían reconciliar su labor sin percibir alguna remuneración, lo que, sin embargo, a mi parecer, despoja de todo contenido la forma voluntaria al compararla como un pasatiempo. Pero también creo que esto simplemente era la respuesta rápida a tal contradicción.

En otros casos, emergía una especie de paradoja heroica: la figura del héroe voluntario convive con la precariedad de las instituciones, donde se espera excelencia pese a las limitaciones materiales y el nulo beneficio económico. “En Cruz Roja, aunque nos falten recursos, el conocimiento te hace llevar al paciente igual que con alguien que sí tiene dinero” (Delgado, 2023). En unos casos, era una contradicción entre el deber moral y la falta de recursos; y, en otros, la

contradicción de la figura de héroe y la precarización. “Nos dicen que somos héroes, pero luego no hay equipo, no hay apoyo, no hay nada (...) Yo lo hago porque quiero, pero luego cansa que todo recaiga sobre nosotros” (Mendoza, 2023).

Este campo de tensiones, considero, es lo que lleva a los voluntarios a sopesar entre el reconocimiento y la precariedad, como resultado, se origina una concepción muy particular que se relaciona con el “sacrificio”. A pesar de la motivación y gratificación simbólica, la mayoría de los voluntarios depende de otras fuentes de ingreso o de apoyo familiar para sostener su actividad. Como aseguró Coeto (2023): “No se viven de las gracias, pero sí se siente bien; sabes que al final vale la pena”. Esta precariedad refleja cómo la idealización de “ayudar por amor” choca duramente con las condiciones materiales concretas, obligando a los voluntarios a asumir costos personales.

Bajo este tópico entra otra cuestión: la “vocación”, la cual juega un rol importante tanto en su profesión como en su actividad altruista. “Tal vez sí, no nos pagan, pero siento que nos pagan con la experiencia, además de la gratitud, porque ser voluntario significa ayudar (...) evitando discriminación y enfocándome en lo que esa persona necesita” (Coeto, 2023). A pesar de reconocer las dificultades económicas, para el caso concreto de Jesús Coeto, se sostiene un discurso vocacional de altruismo y gratitud. Esta postura refleja otro tipo de contradicción entre la vocación idealizada y las condiciones estructurales objetivas, donde el sacrificio se naturaliza como inherente al voluntariado. Me atrevería a decir que hasta ven al sacrificio como un elemento inherente a su actividad voluntaria, elemento que valoran y necesitan simbólicamente.

La idealización del voluntariado en su forma heroica funciona como un dispositivo ideológico que justifica la desresponsabilización del Estado. La exaltación simbólica de los voluntarios contrasta con su abandono material, lo que genera un sentimiento de alienación en el sujeto voluntario. De esta forma, la idealización del voluntariado cumple un papel fundamental en la reproducción ideológica del sistema capitalista y de las propias lógicas administradoras del Estado, en una palabra, su mediación.

Al exaltar al voluntario como héroe, se ocultan las contradicciones materiales y se despolitiza su acción. Sin embargo, esta idealización no es estática; en la experiencia del sujeto voluntario, la negatividad dialéctica permite visibilizar la tensión entre el discurso heroico y la realidad precarizada, generando un espacio de potencial crítico. La historia conceptual del voluntariado, desde su origen religioso hasta su forma secularizada, muestra cómo la idealización

ha sido utilizada para legitimar las carencias estructurales, pero también cómo, en el cuerpo del sujeto voluntario, estas contradicciones se encarnan.

3.1.3. La construcción ideológica de un voluntario heroico

La historia conceptual del voluntariado está marcada por el discurso del heroísmo y la solidaridad incondicional. Este ideal, tal y como lo hemos visto a través de la historia, encuentra sus raíces en el cristianismo primitivo, donde la ayuda al prójimo estaba ligada a la moralidad y el sacrificio. Ya en la modernidad, el voluntariado adquirió un carácter secularizado, emergiendo como un acto altruista en el marco del capitalismo industrial y la consolidación del Estado moderno.

El heroísmo, como dimensión simbólica del voluntariado, ocupa un lugar central en la construcción de la subjetividad del voluntario y en su singular rol dentro del sistema. Por lo mismo, este apartado abordará cómo la narrativa heroica se articula con las estructuras ideológicas y materiales del capitalismo y del Estado, convirtiendo al voluntario en una figura tanto admirada como instrumentalizada. La exaltación del heroísmo no solo motiva al sujeto voluntario, sino que también oculta las condiciones materiales en las que este actúa, cuestión que produce tensiones entre el discurso heroico y la realidad concreta.

La dialéctica del heroísmo, por tanto, debe entenderse como una negación de lo negativo: exalta al individuo voluntario como figura excepcional, al mismo tiempo que invisibiliza las estructuras de explotación y desigualdad que dan origen a la necesidad de voluntariado. De este modo, sugiero que la figura del voluntario heroico cumple una doble función: i) movilizar subjetividades a partir de un imaginario que asocia la ayuda voluntaria con valores morales universales; ii) ocultar contradicciones sistémicas al naturalizar las carencias estructurales como una oportunidad para la acción individual y el sacrificio.

3.1.3.1. La justificación heroica del quehacer socorrista voluntario

El paramédico voluntario Juan Manuel Méndez (2023), alias Chapis, menciona la forma en que el sismo del 2017 fungió como un momento clave. Este evento hizo que él idealizara al voluntariado y a los voluntarios al concebirlos como héroes capaces de actuar ante situaciones extremas. Además, su formación temprana fue marcada por la influencia de su madre, quien, con intenciones de guiarlo hacia el área de la salud, construyó en él una vocación marcada por una narrativa heroica y salvadora. En sus propias palabras me dijo: “El sismo de 2017 fue como la presentación máxima

de lo que realmente es un paramédico. (...) fue como un parteaguas para muchos de los que nos hicimos voluntarios en la Cruz Roja”. La figura del voluntario emerge aquí como un héroe idealizado, especialmente, en situaciones de crisis. La categoría “parteaguas”, en términos amplios, sugiere que, en momentos de desastre, la sociedad enaltece al voluntariado como símbolo de salvación y solidaridad.

Chapis también refiere cómo equipos rescatistas voluntarios mexicanos se han ido a otros países, quedando como héroes frente a todos. “Se veía cómo literalmente equipos mexicanos se fueron a otro país a brindar un servicio de búsqueda y rescate. Yo quería hacer más desde mi lugar, pero no sabía cómo hacerlo. En esas situaciones extremas, sentía esa frustración” (Méndez, 2023). El heroísmo en el relato de Chapis se construye tanto desde la acción individual (“querer hacer más”, “querer ayudar”) como desde la acción colectiva, donde el voluntariado se asocia con un sentido patriótico y humanitario. Sin embargo, este heroísmo contrasta con su frustración personal, que surge cuando las expectativas heroicas chocan con sus limitaciones materiales y emocionales.

André Tagle (2023), por su parte, enfatizó el papel heroico del paramédico, donde el heroísmo es central para justificar su sacrificio. “Un paramédico es el primer elemento de esperanza en la vida de una persona que ha sufrido un accidente”. Esto advierte cómo se refuerza la subjetividad idealizada del voluntario como un salvador. Me contó también sobre una ocasión en que tuvo que “salvarle la vida a alguien”. En seguida me mencionó esto: “Otro día, pasando este incidente, nos contacta un veterano de Cruz Roja (...) ustedes salvaron a mi hermano”. El reconocimiento social aquí refleja la consolidación de su heroísmo y la validación de su sacrificio.

Por otro lado, Germán Rivera (2023), aunque expresó, en primera instancia, una ausencia de motivación heroica para entrar al mundo del socorrista voluntario confesó más tarde lo siguiente: “Cuando andábamos en carretera encontramos varios accidentes, y yo decía: ¡chin!, no sabía qué hacer (...) Eso fue algo que me motivó a entrar [a Cruz Roja]”. Delgado (2023), por ejemplo, destaca el sentido del deber y la presión que experimenta al ser paramédico. “Cualquier caso de emergencia, tienes que hacerlo bien porque así es (...) estás jugando o tocando vidas”.

3.1.4.1. La construcción del heroísmo como dispositivo ideológico

La figura heroica del voluntario no surge de manera espontánea, es el resultado de un proceso histórico-ideológico que responde a las necesidades del propio sistema. Desde la exaltación del sacrificio cristiano hasta el voluntariado secular contemporáneo, el heroísmo ha funcionado como

un dispositivo de legitimación que continúa internalizando las carencias estructurales, al mismo tiempo que produce y moviliza subjetividades.

Al respecto, es pertinente citar algo que dijo, Alan Delgado (2023), instructor y capacitador de Cruz Roja: “El heroísmo es útil, porque la gente quiere sentirse parte de algo grande, pero cuando ven que ser héroe no es suficiente, se frustran, o más bien cuando se dan cuenta lo que trae consigo ser un héroe”. Aquí se vislumbra una contradicción central: el heroísmo motiva a los voluntarios, pero también los desgasta cuando la realidad no corresponde con el imaginario. La idealización heroica se transforma en una negación de la subjetividad del voluntario, instrumentalizándola para fines únicamente institucionales.

No obstante, Alan fue el único que mencionó que no se considera ni héroe ni altruista, aunque posteriormente se deja ver la subjetivación que produjo dicho dispositivo ideológico. “No quiero hacer discursos genéricos de que me gusta ayudar a la gente, porque la verdad no me considero una persona tan altruista, ni menos heroico, pero eso no significa que no voy a hacer las cosas bien” (Delgado, 2023). Esta cita muestra la negociación interna entre el deseo idealista de “ayudar”, pero cediendo a la presión de la responsabilidad que trae su papel en la sociedad.

Alan, como la mayoría de paramédicos, no solamente carga con la “responsabilidad” de ser un héroe, sino de evitar dejar en mal a su institución. “Son misiones y visiones que nos ponen [refiriéndose a la Cruz Roja] y las vas entendiendo, aunque no lo veas de forma platónica” (Delgado, 2023). La ideología institucional se apropia, bajo esta óptica, del sentido de misión y deber, aunque no se adjudique algún carácter heroico. También es el caso de otros paramédicos que refieren lo mismo, como es el caso de Jesús Coeto (2023): “Me siento identificado con los valores y principios que tiene la Cruz Roja (...) sin saberlo, considero que en mi día a día ya los manejaba”

Otro tipo de ideologización es el que mostró Chapis, pues él refirió que por causas de que su hermano no tuvo un acceso a servicios de salud de calidad fue de las razones por las que quiso entrar al área de la salud para hacer la diferencia: “fue el sentido de ver cómo podía ayudar más a mi familia, a mi hermano, y después a mis abuelos y, quizás, por la sociedad” (Méndez, 2023). La frustración y la impotencia iniciales se transforman en una búsqueda de significado, que Chapis logra canalizar a través de la concepción de voluntariado heroico perteneciente a Cruz Roja. No obstante, esta fe en su labor como salvador también resulta ser cooptada por la ideología institucional, que lo coloca en un rol funcional dentro de las estructuras asistenciales del sistema.

Este tipo de ideologías provenientes del heroísmo y del sacrificio en los voluntarios aparecen como la forma en que internalizan la responsabilidad de remediar las fallas sistémicas. La violencia estructural (accidentes, falta de acceso a salud adecuada, conflictos sociales, etc.) es la que produce este tipo de ideologías. Erick, por ejemplo, comparte cómo las experiencias de desigualdad y violencia social lo marcaron y lo motivaron a ayudar: “Siempre he querido saber más porque la palabra ‘hubiera’ queda siempre rondando: ¿qué hubiera pasado si hubiera estudiado esto o hecho aquello? (...) Viendo embarazos complicados y choques en autopistas, o ver la violencia, me sentí impotente y quise capacitarme más” (Zavaleta, 2023).

Por último, Tagle (2023) distingue algo muy importante: “La Cruz Roja no es solo ambulancias, es algo mucho más grande”. Por ende, podemos argumentar que Tagle defiende una visión institucional que va más allá del servicio de emergencias, alineada con una ideología de humanitarismo global. Sin embargo, esto contrasta con sus críticas a la descomposición interna de la institución y su desvío de objetivos iniciales.

Por tanto, logramos concluir que el heroísmo es una herramienta discursiva que permite al sistema trasladar la responsabilidad de remediar sus fallos hacia los individuos, mientras perpetúa dinámicas de precarización y control. La idealización heroica, como se observa en las experiencias de Alan, Chapis, Erick, y Tagle, se fundamenta en una narrativa que exalta el sacrificio y la abnegación como virtudes inherentes al voluntariado. Sin embargo, esta idealización no deja de entrar en contradicción con la realidad material y en el ámbito emocional.

La figura del héroe voluntario, aunque inicialmente motivadora, termina por instrumentalizar las subjetividades de quienes se identifican con ella, subordinándolas a las necesidades de las instituciones que los enmarcan. Además, la ideología heroica no surge de manera espontánea, sino como respuesta de experimentar la violencia estructural. Como vimos, dichas experiencias son internalizadas por los voluntarios y transformadas en una misión personal de remediar estas injusticias, un compromiso que, aunque legítimo, se encuentra cooptado por las estructuras institucionales. La Cruz Roja, como se desprende de las declaraciones de Tagle y demás entrevistados, no solo utiliza este heroísmo para fortalecer su imagen pública, sino también para justificar y conservar su rol dentro del sistema globalizado de asistencia.

La narrativa del heroísmo tiene un impacto verdaderamente rotundo en la subjetividad del voluntario. El voluntario internaliza su papel heroico, lo que inicialmente le otorga un sentido de propósito y pertenencia de su tribu. Sin embargo, cuando las contradicciones materiales se hacen

evidentes, esta subjetividad entra en crisis, dando lugar a un proceso de alienación. El voluntario se enfrenta a la negación dialéctica: su heroísmo, en lugar de emanciparlo, lo coloca en una posición de vulnerabilidad y frustración. “El problema es cuando te crees el héroe y olvidas que eres parte de algo más grande (...) Pero al final, te das cuenta de que solo estás llenando un hueco que no debería existir.” (Tagle, 2023). Aquí, la subjetividad heroica comienza a cuestionarse. El voluntario pasa de ser un sujeto idealizado a un sujeto crítico, reconociendo las estructuras que instrumentalizan su acción.

Ese proceso produce otra negación de la negación, donde el voluntario adquiere conciencia de las contradicciones sistémicas. Así, desde lo subjetivo, la narrativa heroica del voluntariado no opera en el vacío, pues está estrechamente vinculada a las lógicas del Estado y del capital. Al exaltar el heroísmo, el Estado justifica su ausencia, transfiriendo responsabilidades públicas al ámbito privado. Simultáneamente, el capital instrumentaliza la acción voluntaria, integrándola en una lógica de dominación eminentemente globalizada.

3.2. Entre la institución humanitaria y las leyes del mercado

Todos tenemos la idea generalizada de que Cruz Roja se dedica únicamente a brindar ayuda por medio de voluntarios dentro de ambulancias, o sea, por medio del área de socorros. Sin embargo, esto no es así; yo mismo salí de esa creencia errónea al enterarme de que esta institución cuenta con varios programas para hacer voluntariado (Cruz Roja Mexicana, s.f.). Estas abarcan desde la alfabetización hasta el apoyo brindado a familias de las fuerzas armadas (The American National Red Cross, 2023). Sin embargo, siendo honestos, y como me hicieron saber varios paramédicos: “La imagen [social o pública] de Cruz Roja es la de los socorristas”.

Dicha institución define al voluntariado como:

Es toda aquella persona que de forma reflexiva, solidaria y no remunerada desarrolla una actividad en beneficio de la comunidad dentro del marco y fines establecidos por la misma. Un voluntario/a de la Cruz Roja o de la Media Luna Roja es una persona que lleva a cabo actividades para una Sociedad Nacional ocasionalmente o con regularidad; es una persona que ha aceptado oficialmente las condiciones de afiliación que estipulan los estatutos o el reglamento de la Sociedad Nacional. Para el contexto de la Sociedad Nacional de la Cruz Roja Mexicana, a las personas que deciden participar de forma regulares con la institución se les denomina “Asociado Voluntario”. (Cruz Roja Mexicana, s.f.)

Así, sin más, aparece ante nuestros ojos, la primera subjetivación del voluntario de Cruz Roja y, junto a ello, su regulación. Todo aquel que quiera ser parte de esta institución, debe primero aceptar todos los requisitos necesarios para llevar a cabo su ayuda desinteresada, a saber:

- Cumplir con el perfil requerido para el Programa o Servicio en donde se desea participar.
- Actitudes positivas, solidarias, de compromiso, desinterés y espíritu de servicio.
- Contar con disponibilidad de tiempo para participar en:
- Formaciones (Cursos y talleres, con duración promedio de 4 a 8 horas)
- Actividades de los Programas o Servicios (Intervención social), con una duración promedio de 4 a 8 hrs. (los horarios, días y fechas varían de acuerdo a la planificación de cada programa o servicio). (Cruz Roja Mexicana, s.f.)

Figura 1

Conviértase en voluntario de la Cruz Roja



Nota: Imágen extraída de The American National Red Cross, 2023

De este modo, si se desea ser solidario, beneficiar a la comunidad “dentro del marco y fines establecidos” por la Cruz Roja, y se han cumplido con todos los requisitos, el sugestivo anuncio que permite suscribirse a ayudar a otros de manera institucionalizada y no remunerada. Véase figura 2.

Figura 2

Haz voluntariado



The image shows a web form for volunteering. At the top left, it says "Haz voluntariado". The main form is titled "Voluntariado" and contains the following fields:

- Nombre: A text input field with the placeholder "Escribe tu nombre".
- Indícanos tu estado: A dropdown menu with "Aguascalientes" selected.
- Quiero ser voluntario en: A dropdown menu with "Damas" selected.
- Email: A text input field with the placeholder "EMAIL".
- Enviar: A blue button.

At the bottom of the page, there is a red banner with the text "Juntos hacemos la diferencia".

Nota: Captura extraída del portal de Cruz Roja Mexicana, s.f.

¿Quién lo diría? Para ayudar a otros, sin paga de por medio, se debe pagar, cubrir con diversas cuotas. Como varios me han expresado: “hay que pagar para ser voluntario”. Esta es una de las quejas que me impresionó sobre manera. Los paramédicos me hicieron saber:

Para ir a cubrir a las ambulancias, debemos pagar primero nuestro seguro médico anual de \$1,000 pesotes, por si fuera poco, después de todo lo que ya gastamos en la carrera de paramédico entre colegiaturas, uniformes y materiales [cosas que no son nada baratas]. Después, debemos pagar nuestros propios equipos y material una vez que ya vamos a cubrir como paramédicos voluntarios certificados. ¡Se pasan! Nos cobran por ir a ayudar. Inclusive, tenemos que recertificarnos cada dos años, pues eso es lo que dura la certificación que nos expide la Cruz Roja (Hernández, 2023).

Para recertificarse, además de cubrir con distintas cuotas, los paramédicos deben cumplir con cierto puntaje que se obtiene mediante diversas actividades, como cursos que, por supuesto, son de paga (cursos que van de entre los \$800 y \$5,000 pesos).

Me sorprendió que la mayoría de los paramédicos voluntarios con los que me relacioné, no son voluntarios oficiales, es decir, que no cuentan con el alta formal de voluntariado ante Cruz Roja. Esto, por varias cuestiones: por no contar con el dinero que implica dicho trámite, por flojera, ya que la burocracia dentro de Cruz Roja es terrible o, precisamente, porque iniciaron dicho trámite y éste aún no ha finalizado. La formalización no es muy necesaria para ir a cubrir, pero los limita en varias cuestiones, por ejemplo: no pueden acumular horas de voluntariado que, a la larga, les proporcionarán diversas distinciones; tampoco pueden viajar en situaciones de emergencia que acontecen en otras regiones del país o del mundo. Me tocó saber del caso de un paramédico que no logró viajar a Turquía a apoyar a las víctimas del terremoto por no contar con el alta de voluntariado, caso verdaderamente desafortunado.

Por si fuera poco, los paramédicos sufren maltrato por los administrativos de su Delegación. Sean simples estudiantes, voluntarios o jefes, no hay distinción. “Nos piden que paguemos, pagamos y todavía nos tratan mal” (Méndez, 2023). No puedo decir que el 100% de los administrativos sean personas deleznable, pero, por lo que me enteré, es algo generalizado. Gracias a ello, pude conocer a Cruz Roja no ya como esa “institución de asistencia privada no gubernamental, humanitaria, imparcial, neutral e independiente; que moviliza redes de voluntarios, comunidades y donantes para operar programas y servicios que tienen como objetivo el preservar la salud, la vida y aliviar el sufrimiento humano de la población en situación de vulnerabilidad” (Cruz Roja Mexicana, s.f.), sino en su faceta como empresa. Esta interesante contradicción apareció múltiples veces y de diversas formas en mi trabajo de campo.

Así, afloran las primeras dinámicas de poder dentro de la histórica institución humanitaria. Cuando hice las primeras entrevistas, figuraron ciertas cuestiones al respecto, pero cuando ya me establecí como observador, éstas se hicieron más evidentes. La Jefa, quien ha estado en Alemania como voluntaria (en la *Deutsches Rotes Kreuz*), así como cubriendo varias situaciones de emergencia en diversas partes del mundo, me confesó que las problemáticas de logística, regulación y administración, en definitiva, aquellas producidas por la contradicción entre institución humanitaria Cruz Roja y empresa Cruz Roja se replican en todas partes. “La visión y misión humanitaria de la Cruz Roja es muy bonita, pero otra cosa es la Cruz Roja como empresa. Allí se pasa de lo humanitario a la generación de dinero” (López, 2023).

A lo largo de mi investigación, me topé con diversos casos. No se sabe a ciencia cierta las cuotas que pedirá la Cruz Roja, ni si se es estudiante o voluntario. Pude ver que muchas veces

cobraban ciertas cosas que antes no. Intuyo que estas cuotas impredecibles y flexibles se deben a las necesidades de Cruz Roja como empresa. Asimismo, tuve la experiencia de algunos casos en donde paramédicos pasaron de voluntarios a remunerados, o sea, a ser contratados por Cruz Roja empresa. Sin embargo, sus pagos se retrasaban sin razón y, cuando fue la hora de renovar su contrato, a muchos les dieron “una patada en el trasero” (Méndez, 2023), como me lo comentó un paramédico.

Fue terrible ver la siguiente dinámica: un paramédico, entregado al ciento por ciento con la institución, que lo vi cubrir hasta 42 horas seguidas, fue, por fin, contratado. Pero, con este caso, al reflexionar con Diana Hernández sobre este caso, logré vislumbrar una doble dinámica. Dicho paramédico que cubría sin descanso, y con una vehemencia que muchos envidiarían, vislumbro, tiene el objetivo de hacer historia en Cruz Roja, inspirado por otras figuras importantes de su Sede. Bien, pues, cuando por fin este fue contratado, no le renovaron el contrato laboral hasta mucho tiempo después. Con otras palabras, Cruz Roja empresa observa y capta a una potencial víctima para generar un aumento de plusvalía, pero para mantener el ímpetu mostrado de los trabajadores a su servicio, lo recompensa (en forma remunerada), para, luego, volverlo a explotar gratuitamente.

Los casos que vi no fueron pocos, pero este me llamó la atención dadas las características atípicas de aquel paramédico plenamente entregado en cuerpo y alma a Cruz Roja. No puedo determinar que esta sea una dinámica recurrente, pero, al menos, fui consciente de ello en su forma transversal. Sería cuestión de recabar más información para saber si estas lógicas se han dado a lo largo de la historia de Cruz Roja, y en otras de sus Delegaciones, pero, al menos, apareció aquí. No me sorprendería que se replicara esta dinámica en las demás Cruz Roja, tomando en cuenta lo que me informó la Jefa sobre que se replican los mismos problemas en cualquier Delegación.

Esto se conecta con lo que sostienen Sogge y Zadek (1998) acerca de que las ONG siguen la lógica capitalista. El “hacer algo” al respecto sobre visibles problemáticas sociales por parte de la sociedad civil es, muchas veces, más un negocio que una buena voluntad, pues “la comercialización, la competencia y el oportunismo, más propios del mundo de los negocios lucrativos, se han desarrollado rápidamente en las organizaciones de cooperación no gubernamental, así como la inquietud pública de tales tendencias” (Sogge y Zadek, 1998, p. 104).

Con otras palabras, las organizaciones de cooperación no gubernamental terminan por seguir las “leyes del mercado” para asegurar ganancias y poder. Las ONG, así, se presentan más propiamente en su faceta de negocios o de contratistas. Buscan, en últimas, crecimiento,

competencia agresiva y el hacerse de una imagen. Ya no son los valores ni sus principios los que guían a las organizaciones, sino que se mueven al ritmo de la oferta y la demanda, como se ejemplifica en Cruz Roja Mexicana en Puebla.

Como vimos, la 4T, al querer reforzar el ámbito de la salud en México, hizo una inyección de recursos al SUMA. Los paramédicos voluntarios expresan que el SUMA se queda con “todos los casos buenos”, es decir, emergencias complejas que retan su profesionalismo. Digamos que antes de la coyuntura política actual, Cruz Roja socorros atendía la mayoría de las emergencias del Estado de Puebla. Después de SUMA, y abonándole el quehacer de Protección Civil, otro organismo que brinda servicios prehospitalarios en la región de Puebla, a Cruz Roja le dejan las “migajas” en cuestión de casos de emergencia.

El CRUM simplemente acude a activar unidades de Cruz Roja cuando se ve sobrepasada la capacidad del SUMA, o cuando “son casos muy chafas”, es decir, casos malos que nadie quiere atender, como varios paramédicos me lo expresaron. Esto hace que los paramédicos se vean menos motivados para ir a cubrir, pues, hoy en día, rara vez les tocan “casos que valgan la pena, porque el pinche SUMA se roba todo” (Méndez, 2023).

Por tanto, Cruz Roja en su faceta de contratista, dado que ya no tiene que ocuparse de las emergencias que surjan en Puebla capital, hace uso de la mano de obra del paramédico, pero ahora como “camillero”. Al saber que soy estudioso de la filosofía, los paramédicos me llegaron a hacer el chiste de “soy paramédico o soy camillero; ser o no ser” (Zavaleta, 2023). Llegué a escuchar, de buena fuente, cuánto producía la Cruz Roja de ganancia mes con mes por dicho contrato con el gobierno y era una suma considerable.

Igualmente, dentro de Cruz Roja, es bien sabido que la administración quiere cerrar el área de socorros, ya que, me han dicho, esta representa más pérdidas que ganancias (Hernández, 2023; Méndez, 2023). Son muy pocos los paramédicos remunerados dentro de la Delegación Puebla, así que las ganancias que salen de los traslados, actualmente, son una fuente increíble de ganancia. Me han asegurado: “Se genera un buen de lana por los traslados del IMSS, y eso nunca retorna al área de socorros. ¡Nunca vemos ese dinero! Y todavía de que socorros es la cara de Cruz Roja, la quieren cerrar” (Hernández, 2023).

Mendoza (2023) me comentó que hasta la directora de la Delegación Puebla aseguró, en una entrevista para un canal local, que quería cerrar el área de socorros, pero dicha noticia nunca la encontré. Aunque, dentro de Cruz Roja, dicho tema implica resistencias por parte de los

paramédicos más comprometidos con la institución. Han dicho con firme carácter: “Nunca vamos a dejar que cierren socorros” (Méndez, 2023).

Del hecho de que jamás se ve el retorno de la riqueza a socorros, se deduce por qué los paramédicos deben llevar su propio equipo para dar atención. Tanto así que corre el rumor de que establecieron en el contrato con el IMSS que contaban con 70 unidades (ambulancias)⁸ para efectuar los traslados, cuando generalmente sólo tienen de 2 a 3 unidades disponibles de 6 en la Delegación de la Ciudad de Puebla. Es decir, ni siquiera invierten en ambulancias; “son 70 unidades en total de la Cruz Roja Estado de Puebla, pero en Delegación son menos, o están en servicio o simplemente no existen” (Hernández, 2023). Esto implica que el trabajo de traslados que estaba contemplado para esas 70 unidades se tenga que hacer con 2 o 3, lo que conlleva a una mayor precarización y explotación durante la jornada de los paramédicos que sacan adelante esa actividad, Jamás se dan abasto con el trabajo y tienen que hacer literalmente “milagros” para completarlo.

Bajo este entendido, se debe situar al paramédico (remunerado o no) en relación con la Cruz Roja y su contradicción institución humanitaria/empresa, donde, a tal respecto, me aseguró Hernández (2023) lo que sigue: “Para esta institución, no somos seres humanos [con necesidades] ayudando a otros seres humanos [necesitados], sino simplemente somos números. Si dejamos de venir como voluntarios, ya habrá más a los que se les pueda usar”. Pero como me lo comentó la misma paramédica: “Una cosa es lo que han hecho de Cruz Roja como institución, y otra muy distinta la Cruz Roja que Henry Dunant dejó como legado” (Hernández, 2023).

3.2.1. Contradicciones institucionales en la subjetividad del voluntario

Dentro de las entrevistas y relatos de vida realizados en mi trabajo de campo, afloraron varios detalles de cómo se viven las tensiones y negociaciones de las contradicciones propias de la actividad voluntaria dentro de un marco meramente institucional. Cuando tuve la oportunidad de platicar con Alan Delgado (2023), el paramédico instructor y capacitador de Cruz Roja, dada su experiencia y su posición en dicha institución, se hicieron presentes varias de las cuestiones que aparecen a la hora de tratar con la actividad del voluntariado.

Alan me comenta que, como instructor, la falta de estrategias claras para mantener el interés y motivación de los voluntarios a largo plazo es un problema central en la institución, lo que

⁸ Véase la noticia de las 70 unidades en: <https://www.elsoldepuebla.com.mx/local/monitorean-ambulancias-de-la-cruz-roja-en-el-estado-de-puebla-841097.html>

conduce a un ciclo vicioso de “quemar” a voluntarios con gran potencial. Él solo fue haciendo un ejercicio de reflexividad durante nuestra entrevista para comprender, por él mismo, por qué varios de los socorristas, tarde o temprano, claudicaban, sin darse cuenta de que arañaba, desde su genuino sentir, las contradicciones objetivas y estructurales que históricamente hemos estudiado.

Alan también habló sobre la precarización de la labor voluntaria y la falta de apoyo por parte de la institución y del gobierno:

Imagínate una generación que viene, vienen 20, de repente... se acabó y metemos otra generación de voluntarios. Si te fijas, no es redituable, porque estás quemando gente que sí venía con mucha motivación, pero tú (como institución) no lo mantuviste, no lo supiste retener... es muy difícil cuando hay problemas económicos... tú estudiaste, te preparaste, le invertiste y de repente quieres hacer esto... pero no se va a poder por esto y esto. Chocas. (Delgado, 2023)

El relato de este instructor no solamente da cuenta de la falta de planes a largo plazo para “retener” voluntarios que en un inicio parecían muy comprometidos, lo cual puede verse como una falla en la institucionalización del voluntariado, sino que advierte el “desgaste” del voluntario al enfrentarse a una realidad institucional que no le permite cumplir sus expectativas idealistas, ni mucho menos crecer profesionalmente, cuestión que se experimenta al contrastar una idea abstracta e idealizada de voluntariado a pasar a vivirla concretamente.

Al respecto, Manuel Méndez (2023), Chapis, confirmó lo que su compañero Alan señala, la precariedad material-institucional a la hora de llevar a cabo su actividad como voluntario, así como en su proceso de formación. Aunque el heroísmo, como ya vimos, idealiza la labor de los paramédicos, esta narrativa se confronta con las condiciones reales que exigen sacrificios económicos y emocionales, así como malestares al experimentar dichas contradicciones.

Chapis también enfrenta la incertidumbre sobre el futuro laboral, reconociendo la fragilidad económica del voluntariado y la necesidad de “profesionalizar” su rol para sobrevivir dentro del sistema, pues, refirió, durante su entrevista, la necesidad de estudiar más para “sobresalir” entre sus colegas y tener mejores oportunidades:

Sí, me gusta ser paramédico, pero llega la inquietud de decir ‘¿esto es lo que voy a hacer toda mi vida? (...) Ciertamente yo había visto cómo sí existía servicio médico profesional aquí en México, que resaltaba mucho en Puebla, pero actualmente dudo de eso. No sé realmente si esto es lo mío

(...) Además, siempre me ocupo de estudiar más, prepararme constantemente, para que pueda crecer profesionalmente. (Méndez, 2023)

Esto identifica a la institucionalización como una barrera que limita el desarrollo de la actividad voluntaria, lo que lleva a cuestionar, en el caso específico de Chapis, su futuro dentro de la Cruz Roja. Si bien existe un orgullo por su formación técnica, también emerge una crítica implícita hacia el sistema, que profesionaliza la práctica sin garantizar estabilidad o, mínimo, un reconocimiento laboral, contradicciones que se viven a la hora de sopesar la idealización de la ayuda al prójimo y la realización profesional e individual que el mismo sistema exige, o la misma subsistencia.

Ello encaja a la perfección con lo que me siguió mencionando Alan Delgado, al menos como él se lo trató de explicar a sí mismo, haciendo hincapié en la carencia de una estrategia efectiva de captación y retención de voluntarios, así como el desequilibrio entre el trabajo no remunerado y la falta de incentivos: “estamos muy pasivos en captación, no tenemos que esperar un sismo para mostrar a la Cruz Roja que pueden ser voluntarios” (Delgado, 2023). Además, me hizo ver el cómo él, teniendo un puesto de autoridad, se siente impotente ante las condiciones materiales y económicas de su institución:

Muchas veces, a mí me toca en la parte de capacitación, muchos cursos me toca dirigirlos. Sí, me da pena decirles, oye, no te voy a pagar, y sí van, pero otros me dicen que no... Yo creo que debería haber un equilibrio entre lo que ofrecen los voluntarios y lo que ofrece Cruz Roja. (Delgado, 2023)

En síntesis, Alan se percata, desde su manera de apropiarse de estas problemáticas, que muchas personas ingresan con un alto grado de motivación, pero pronto “chocan” contra las limitaciones estructurales y económicas, dado que, en palabras de él:

(...) Llegas a un techo en el que tu motivación es mucho más alta de lo que la institución te pueda apoyar (...) Debe ser muy feo, porque le invertiste tiempo y dinero y no puedes crecer (...) Perdemos personas muy valiosas. Personas que fueron muy buenos instructores o agentes de cambio. (Delgado, 2023)

En suma, estos testimonios dan cuenta de la contradicción institucional. La Cruz Roja, al depender estructuralmente del voluntariado, carece de mecanismos eficientes para integrar, retener y

potenciar a los voluntarios. Se revela, de este modo, un proceso dialéctico entre la motivación individual (idealización) y las condiciones objetivas de la institución (falta de recursos, programas deficientes). Es decir, existe la percepción, quizás inconsciente, de que, a fin de cuentas, son instrumentos de la forma Estado y de su administración.

La categoría “desgaste” da cuenta de cómo la institución absorbe el tiempo y la energía del voluntariado sin proporcionar una recompensa simbólica (crecimiento profesional) o material (remuneración mínima); así se da el impacto en la subjetividad. La experiencia del voluntario revela una tensión constante: el deseo subjetivo de ayudar que se enfrenta continuamente a las limitaciones objetivas, transformando la relación entre la persona y la institución en un proceso de desgaste que apaga la “llama” inicial de solidaridad.

Igualmente, los paramédicos voluntarios son verdaderamente afectados por la burocratización y los conflictos internos de la misma institución, lo que debilita, perceptivamente, el espíritu colaborativo, y reduce el voluntariado a un mero proceso administrativo. Silvia Mendoza (2023) también menciona esta cuestión: “Tienen muy buenas ideas y propuestas [las instituciones caritativas como la Cruz Roja], pero muchas veces no tienen, ni personal ni alguien realmente dispuesto a llevarlas a cabo”. Silvia destacó, sin darse cuenta, la burocratización e ineficiencia de la institución que, a pesar de sus buenas intenciones, carece de los recursos y el compromiso organizacional para implementar sus objetivos. Este comentario muestra la contradicción entre el potencial de la Cruz Roja y sus limitaciones estructurales, lo que limita la verdadera eficacia del voluntariado, aun sin criticar más allá que su propia lógica inmanente.

Por su parte, Andrée Tagle (2023), en su entrevista, fue el paramédico que más habló sobre el cambio de la política en México, en especial, en Puebla. Refirió sobre cómo la profesionalización y los costos institucionales contradicen el espíritu altruista que se da de manera inicial en los voluntarios. La institución limita la percepción pública y el propósito del voluntariado. “Es muy difícil poder nivelar esta parte cuando haces servicios programados con costo (...), pues debería ser servicios gratuitos” (Tagle, 2023).

Desde su perspectiva, la institución limita la percepción pública y el propósito del voluntariado, toda vez que hacen uso de voluntarios, pero cobrando por el servicio. Muchas veces, los usuarios se impresionan al saber que no les pagan a los paramédicos, cuando ellos pagan por el servicio brindado. Subjetivamente, se dan muchas dinámicas violentas por esta razón, pues los usuarios quieren ser tratados como clientes, cuando en realidad sí lo son por lo que respecta a la

institución (con la que hacen el contrato), pero no lo son desde la perspectiva de los voluntarios, lo que dificulta las relaciones sociales y contractuales entre ambas partes.

Asimismo, Tagle (2023) señala que, desde hace unos años, la Cruz Roja, en tanto institución, ha tenido un desgaste a la hora de ofrecer servicios, al mencionar lo que sigue: “Hemos decaído, tanto por falta de recursos como por cuestiones políticas, cosas que no tendrían que ver con nuestra actividad voluntaria”. Esa es la percepción de este paramédico para explicarse la razón del porqué se erosiona la motivación de los voluntarios.

La entrevista con Tagle también mostró una clara tensión dialéctica entre el heroísmo idealizado del voluntariado y las condiciones materiales objetivas que enfrentan los paramédicos. El discurso heroico, aunque genuino, es cuestionado por la violencia estructural que experimentan a través de precarización laboral, desgaste emocional y desvalorización profesional. Asimismo, se observa cómo la institucionalización de la Cruz Roja ha cooptado el espíritu inicial del voluntariado. Aunque sigue siendo un símbolo global de esperanza, su burocratización y falta de recursos desmotivan a los voluntarios, alejándolos de la pureza solidaria que los atrae al inicio.

Considero que Tagle es un ejemplo de la manera en que se encarna la negatividad dialéctica del sujeto voluntario: mientras se presenta como héroe, enfrenta frustraciones cotidianas que evidencian la contradicción entre su subjetividad idealizada y una realidad que invisibiliza su sacrificio. Se muestra cómo el sistema maneja las categorías y conceptos abstractos para intercambiar bienes y energías, pues, en un primer momento, Tagle glorifica el sacrificio, para después borrarlo del imaginario colectivo cuando se trata de llevar a cabo una explotación humana. Es decir, en primer lugar, lo afirma, en segunda, lo niega para conciliar toda posible contradicción.

Por otro lado, López (2023), la Jefa, afirmó en su entrevista que estas dinámicas contradictorias entre el espíritu altruista y la institución son de las cosas que no solamente se dan en esta Delegación, sino en otras:

He estado sirviendo en otros lugares, hasta en otros países, y por eso sé que Cruz Roja es muy bonita si la ves como la institución humanitaria e internacional que ayuda en las emergencias, pero otra cosa es verla como la empresa que es. Yo soy administradora de empresas, por eso conozco sobre el tema de administración. Ninguna empresa va a realizar actividades que le impliquen un gasto, pues así es Cruz Roja. Muchas veces eso hacía que las decisiones se tomaran conforme a la ganancia y se sacrificaba al personal o a las víctimas de algún siniestro. Eso era evidente cuando queríamos ayudar los que teníamos más experiencia y mayores conocimientos, pero por cuestiones

burocráticas o de una logística mal llevada éramos relegados; y estas mismas problemáticas se repiten una y otra vez aquí y en Turquía. Así que, aunque tengas todas las ganas de ir y ayudar a otros, siempre están de por medio las cuestiones políticas y administrativas.

Este relato de la Jefa sintetiza muy bien todo lo que hemos estudiado hasta ahora entre la idealización y la institucionalización. Por tanto, podemos decir que la institucionalización del voluntariado implica su incorporación a estructuras formales que imponen normas, procesos y jerarquías, modificando las dinámicas horizontales de solidaridad en mecanismos verticales y controlados. En este proceso, el voluntario se convierte en un sujeto administrado, cuya agencia se ve limitada por las exigencias institucionales.

3.3. Las violencias subjetivas y objetivas desde el paramédico voluntario

La violencia dentro del voluntariado se experimenta de diversas maneras, a veces los voluntarios son los que la sufren, y otras veces son ellos los que la ejercen. Los estudios sobre la violencia son variados, así como su conceptualización. Existen distintos modos y niveles en el que se estudia dicho fenómeno social. En este apartado, me dedicaré a analizar las distintas violencias, en sus distintos niveles, del universo del paramédico voluntario de Cruz Roja. Pensar que en un solo objeto de estudio confluyen y aparecen variadas modalidades de violencia, hace reflexionar lo complejo que es este fenómeno. Me parece que ya hemos advertido las violencias a un nivel macro gracias a la desconstrucción del concepto del voluntariado y su instrumentalización actual, la actividad de estos voluntarios se ve entremezclada por la violencia, lo cual nos recuerda qué tanto estamos coexistiendo, en socialidad, con o gracias a ella.

Abordaré la compleja intersección entre la labor del paramédico voluntario de Cruz Roja y diversas formas de violencia presentes en la sociedad contemporánea. Desde una perspectiva que se tiene en cuenta los conceptos como violencia objetiva y subjetiva (Žižek, 2009), estructural y cultural (Galtung, 2003; Galtung, 2017), hasta la violencia de género (Segato, 2003) y la influencia de la acumulación originaria y la propiedad privada en su actividad; se examina cómo la tarea del paramédico se ve entrelazada con dinámicas socialmente normalizadas capitalistas. Además, se explora la reproducción de lógicas patriarcales en las paramédicas, evidenciando cómo el contexto histórico-social moldea la subjetividad de quienes desempeñan este crucial rol humanitario. Este análisis busca analizar la coexistencia y tensión entre la “nobleza” de la acción y las violencias inherentemente enraizadas en el sistema actual.

3.3.1. Violencia objetiva, estructural y cultural en el voluntariado

El paramédico voluntario se enfrenta a distintas violencias, pero, y lo que sorprende más, es que actúa ya desde la violencia. Su actividad, aunque en el imaginario colectivo es loable y bien intencionado, oculta, tras de sí, las más profundas violencias normalizadas del sistema actual. Para Žižek (2009), la violencia objetiva es “la violencia inherente a este estado de cosas ‘normal’”. La violencia objetiva es invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento” (p. 11). Desde su subjetividad, el paramédico actúa de manera cero violenta (hasta de manera racional y humanitaria) al atender, en casos de emergencia, a personas jóvenes antes que a personas mayores,⁹ lo que evidencia una clara violencia estructural y cultural interiorizada, pero también realiza distintas acciones violentas en su quehacer diario que se encuentran justificadas por la violencia simbólica y a partir de la violencia estructural.

Asimismo, esta actitud de voluntariado y solidaridad empata y se reproduce en la ideología dominante, la cual se refleja en la producida por el Norte global a partir de la Cooperación Internacional. Como señala Žižek (2009), los “comunistas liberales realmente aman las crisis humanitarias porque sacan lo mejor de sí mismos (p. 30), ya que es mejor “aquel” que ayuda al necesitado. Aunque este tema lo voy a tocar más adelante, es necesario mencionarlo aquí, pues la subjetividad del paramédico voluntario está marcada por este tipo de ideología en menor o mayor medida, es decir, el paramédico voluntario, en tanto sujeto voluntario, es un producto de la misma violencia objetiva. Aquí se visibiliza cómo el Estado y el capital utilizan al voluntariado como herramientas de control social y de reproducción ideológica.

Por otra parte, con base en el triángulo de Galtung (2003), la violencia estructural es aquella que emana de las estructuras, mismas que no permiten satisfacer necesidades humanas elementales y, del mismo modo, con manifestaciones indirectas de violencia que impiden que el individuo logre alcanzar sus potencialidades. Por ende, la subjetividad del paramédico voluntario refleja la violencia estructural al estar relacionada con dimensiones como la desigualdad y la injusticia social.

⁹ Esto responde a aquellas ciencias empíricas y matemáticas que están detrás de su actividad propia como paramédicos, denominadas ciencias verdaderas. Sin embargo, ese proceso responde a lógica de colonialidad de poder (Quijano, 2014), donde el concepto de justicia utilitarista permea sus procedimientos clínicos, ya que provienen (o, mejor dicho, son impuestos) desde los centros hegemónicos. Es decir, y siguiendo a Quijano, se siguen reproduciendo las lógicas de la colonia impuestas desde la Conquista, desde la explotación hasta la imposición de marcos epistemológicos. Preguntarse que si en otras sociedades que valoraran más a los ancianos se dejara morir al joven para mantener la sabiduría ancestral intacta, es válido para comprender el paradigma actual.

En el marco de la violencia estructural se da, por decirlo de algún modo, una lógica sacrificial, pues la falta de recursos, y el que se tenga que decidir por un tipo de cuerpo que por otro, aunado a otros fenómenos de injusticia, deciden sobre la vida de las personas dentro de la violencia sistémica. Este tipo de dominación se manifiesta principalmente en la cooptación ideológica del voluntariado, y en la imposición de una lógica burocrática y legal que, lejos de liberar, somete al sujeto voluntario a un régimen estructurado y, por ende, violento. Relativo a ello, y en palabras de Alan: “El voluntario inicia con un espíritu de ayudar, pero luego la institución y sus reglas lo van absorbiendo hasta dejarlo desilusionado (...) porque no todo es tan heroico como lo pintan” (Delgado, 2023).

Igualmente, la violencia subjetiva actúa a través de la desilusión estructural; el idealismo inicial choca con la realidad material e institucional, esto es, con la violencia estructural en la que se requiere obedecer normas y procedimientos que absorben la subjetividad del voluntario, recayendo en otro tipo de violencias como la directa. Galtung (2017) refiere que la violencia directa es infringirle daño a alguien; este tipo de violencia se propicia a partir de las otras dos violencias, la estructural y la simbólica. Por ejemplo, en un caso de emergencia, tal cual lo marcan sus manuales de acción, como el Triage, se sacrifica al paciente con “menos probabilidades de supervivencia” (Hernández, 2023) para eficientizar recursos escasos, recursos que asigna la institución y, en últimas, el Estado, ya que éste es el que debiera garantizar la salud al distribuirlos.

El solo hecho de que haya poco personal y pocas ambulancias bien equipadas, por lo general, sin contar con lo mínimo necesario para llevar a cabo sus funciones, ya habla de la misma violencia estructural. Habla del sacrificio en tanto que, en estos casos de emergencia y socorro, como menciona Galtung (2017), se da una violencia “como la causa de la diferencia entre lo que pudo haber sido y lo que es” (p. 36). Accidentes, en la mayoría de los casos provocados por las mismas dinámicas capitalistas, que pudieron ser evitados, no lo son, y recursos que pudieron ser destinados para evitar más muertes, no son proporcionados.

Confirmando este tipo de violencias, Chapis afirma lo siguiente: “Nosotros trabajamos con lo que tenemos, sin mucho apoyo. Nos pintan como héroes, pero nos la vemos bien difícil cuando no hay equipo ni materiales suficientes” (Méndez, 2023). Se puede decir que hay una dominación estructural donde el Estado y las instituciones capitalistas romantizan la figura del voluntario, mientras precarizan sus condiciones materiales. Así, se descubre que el discurso heroico funciona

como un instrumento ideológico de control a partir de la violencia simbólica que justifica la violencia directa.

Al mismo tiempo, el cuerpo voluntario encarna la violencia estructural del sistema de salud, absorbiendo traumas y convirtiéndose en un espacio donde la subjetividad choca con las demandas objetivas del trabajo. Por ejemplo, Alan Delgado (2023) relata experiencias traumáticas en servicios de emergencia: “Hubo un servicio muy feo, muchos muertos (...) Te dan ganas de llorar, de encerrarte en la ambulancia solito”. También describe la carga psicológica y el miedo: “Desarrollé una pequeña fobia al timbre del celular por las llamadas de incidentes”. Cabe señalar que Alan fue de los pocos paramédicos que me refirió esto, la mayoría interioriza de forma distinta el dolor de los accidentes.

En suma, estos tipos de violencia que permean a la actividad propia del paramédico van desde una racionalidad matemática, económica, hasta, en últimas, una lógica calculadora y sacrificial, propia del sistema abstracto, fragmentario y eficiente que emana de la lógica del capital. Diremos que, con Galtung, el paramédico se encuentra inmerso en las estructuras que moldean su actuar, y con Žižek, que ellos reproducen la violencia ya normalizada, objetiva, del propio sistema actual, y que desde su subjetividad pasa, en la mayoría de las veces, desapercibida, al menos, de manera consciente.

3.3.2. Entre el heroísmo, la vocación y la violencia institucional

Recuerdo mis primeras veces que asistí a la Cruz Roja Delegación Ciudad de Puebla: se abrió ante mí la ventana al universo del paramédico. Pude ser consciente de lo que Diana Hernández (2023) me decía siempre: “La Cruz Roja es mi único amor tóxico. Me maltrata y yo sigo allí. La odio y la amo”. Mi observación fue a larga distancia algunas veces, y a veces a corta. Por esa razón, en ocasiones pasé desapercibido, y en otras participé con ellos en sus actividades. De esa manera, me fui percatando de distintos tipos de violencia que se reproducían en socorros Cruz Roja. No obstante a ello, los paramédicos voluntarios seguían prestando sus servicios. En este apartado veremos cómo se da esa tensión entre la idea heroica y la realidad institucional violenta, así como las negociaciones internas que ellos mismos se hacen para soportar y continuar con la “ayuda desinteresada” al otro. Entre violencias simbólicas, patriarcales y disciplinas corporales, los paramédicos experimentan y viven su actividad solidaria.

3.3.2.1. Violencias simbólicas frente al ideal voluntario-heroico

El *bullying* es cosa de todos los días dentro de Cruz Roja socorros. Durante la “guardia”, categoría que usan para referirse a los dos diferentes turnos que hay en la Delegación y que va de 7 am a 7 pm, se entretienen como pueden, mientras no suene la chicharra, es decir, mientras no sale ninguna emergencia. Es aquí donde los más pillos comienzan a “bullear” a los más mansos. Regularmente, se da esta conducta por jerarquías, esto es, que los jefes o los más veteranos tienen la facultad de ejercer cierta violencia disfrazada de “bromas amistosas” a los más novatos.

Estos novatos, o mejor, los “escuelos”, categoría que usan los paramédicos certificados para nombrar (discriminar) a los estudiantes del Técnicos en Urgencias Médicas Nivel Básico¹⁰ (TUMB), o sea, a los que recién comienzan a formarse como paramédicos, son los que reciben la mayor cantidad de violencias. Esta actitud es más recurrente hacia los escuelos varones. Los uniformes también cuentan con un peso simbólico. Cuando son escuelos, utilizan pantalón negro de mezclilla y playera blanca. Este uniforme refleja lo más bajo del eslabón. De allí, le siguen los escuelos más avanzados, paramédicos que ya comienzan a ejercer su carrera, pero que todavía no están “liberados” (es decir, que no han cumplido con sus horas de servicio social dentro Cruz Roja para certificarse) y los propiamente paramédicos voluntarios certificados.

Tan solo, cuando era momento de subirse a la ambulancia, extrañamente, siempre llevaban una formación que reflejaba su lugar en la jerarquía. El piloto (nunca vi a una mujer manejar) era, regularmente, el más experimentado (además se necesita de un permiso especial para manejar la ambulancia). Luego, le seguía, de copiloto, aquel o aquella que estuviera al mando, es decir, con más experiencia, pues sería también el Jefe o Jefa de Servicio para el caso de la emergencia. De allí, subían, en la parte de atrás, primero los más expertos y, posteriormente, los recién incorporados. Esta misma jerarquía se reflejaba no solamente en todas las formaciones dentro de la Delegación, sino también fuera de ella.

Por lo general, independientemente del *bullying* directo, existen muchas otras dinámicas violentas entre compañeros que generaban mucho desgaste en los voluntarios. Comenta Hernández (2023): “El ambiente depende de las personas que estén (...) Cruz Roja es un lugar muy feliz, pero también puede ser un lugar muy tóxico”. “Hay gente que va con mucho ego, gente muy soberbia, que solo va a echarle tierra a otro para lucirse.” Esta violencia no física pero sí moral y psicológica

¹⁰ Esta carrera dura tres años y la cursan en la Escuela de Paramédicos de la Cruz Roja. Cada año corresponde a un nivel de certificación, esto es: básico, intermedio y avanzado. Ellos deciden si se quedan en un nivel o se arriesgan a otro, dado que no son nada fáciles y mucho menos baratos.

contrasta con el espíritu idealizado del voluntariado y añade una carga negativa a la experiencia del voluntario. Es decir, aunque los paramédicos voluntarios cuentan con un “espíritu altruista”, se siguen reproduciendo entre ellos distintas violencias simbólicas, nada ajenas al área de la salud.

Zavaleta (2023), por ejemplo, confirmó tal hecho: “Es bien sabido que en cualquier área de la salud va a haber personas egocéntricas, envidiosas, prepotentes (...). Lamentablemente, el área de socorros no está salvada de esto. Hay personas groseras, pero también muy amables y carismáticas”. Es decir, Erick Zavaleta, pese a una idealización inicial de su actividad voluntaria, revela problemáticas internas en Cruz Roja, mostrando una crítica del ambiente laboral. Con ello, se destaca una contradicción entre el ideal de solidaridad y el ambiente competitivo y problemático que afecta las dinámicas internas del voluntariado.

Así también lo señaló Jesús Coeto (2023): “Considero que es un ambiente egocéntrico (...) personas que ya están más tiempo ahí quieren sentirse más que otros. Se necesita ser fuerte (...) porque vas a tratar con pacientes, pero el ambiente entre compañeros puede llegar a herirte.” Es así como las tensiones surgen dentro de Cruz Roja: competencia, egocentrismo y rigidez institucional, las cuales contrastan con los valores meramente humanitarios e idealizados.

El voluntariado, en este caso, se institucionaliza bajo dinámicas de poder internas que mantienen un ambiente tóxico, necesario para su buen funcionamiento. Sin embargo, aun con todo eso, los paramédicos voluntarios refieren que han hecho una gran camaradería con muchos de sus compañeros, lo que motiva también el seguir sirviendo. Entonces, los paramédicos voluntarios viven en esa negociación constante entre el desgaste físico y emocional, y la gratificación de la que ellos mismos refieren les da el voluntariado. “Sé que el ser voluntario y aparte paramédico es muy pesado, se sufre, pero la neta, sí vale la pena. Los pacientes que te agradecen, tus amigos, hacen que uno aguante” (Zavaleta, 2023).

Por su parte, Silvia Mendoza refirió lo siguiente: “Hay personas que tienen mucho ego, se sienten poderosas y unos héroes cuando realmente no es así. (...) También hay mucha envidia”. Aquí se evidencia la crítica a un heroísmo mal entendido dentro del ámbito de la Cruz Roja. Silvia detecta cómo la adrenalina, el estrés y la jerarquización fomentan comportamientos egoístas y una competencia interna que niega la premisa solidaria del trabajo voluntario. Esta afirmación confronta el ideal heroico con la realidad material de las dinámicas humanas bajo presión.

3.3.3. El biopoder en el voluntariado de Cruz Roja

Por lo general, a partir de mi etnografía, observé cómo la disciplina en Cruz Roja, desde que se preparan profesionalmente, es decir, cuando son estudiantes, hasta cuando ya prestan sus servicios como voluntarios, es bastante militarizada. Los hacen marchar, no perder formación, correr alrededor de parques o plazas, castigos corporales si existe insubordinación, tener extremo cuidado y limpieza de su uniforme, etc. Por eso mismo, en este apartado voy a analizar una clase de violencias específicas que podrían entrar muy bien en el concepto de biopoder de Michel Foucault.

El biopoder, como lo entiende Foucault (1978, 1999), se refiere a un conjunto de técnicas y estrategias mediante las cuales las instituciones regulan y controlan los cuerpos individuales y colectivos para optimizar su utilidad y docilidad dentro de un sistema social. Este poder se ejerce tanto en el ámbito disciplinario, donde se moldean las capacidades de los cuerpos para maximizar su funcionalidad, como en el ámbito poblacional, donde se gestiona la vida colectiva para sostener el orden y la productividad.

En el caso del voluntariado en la Cruz Roja, el biopoder se manifiesta en la disciplina estricta, las jerarquías institucionales, y las lógicas de sacrificio que configuran a los paramédicos como cuerpos y subjetividades entrenadas para responder a emergencias, pero también para perpetuar dinámicas estructurales que sostienen la precariedad y delegan responsabilidades sistémicas al ámbito individual.

Este concepto nos permite analizar cómo las prácticas de formación y servicio voluntario no solo buscan preparar a los paramédicos para actuar en situaciones críticas, sino que también los inscriben en una narrativa ideológica que combina el heroísmo, la fe y la disciplina con fines operativos e institucionales, configurando así una experiencia que conecta directamente con las dinámicas del poder global y las desigualdades estructurales.

3.3.3.1. Formación militar y disciplina corporal

La formación como paramédico es descrita como un proceso de disciplina corporal y mental: “Nos hacían esforzarnos físicamente desde el inicio hasta el final (...) con el objetivo de ser una persona fuerte que va a ayudar a otros” (Delgado, 2023). Hernández (2023), por su parte, reconoce la disciplina rígida dentro de la Cruz Roja, que considera formativa pero también limitante para nuevas generaciones: “La disciplina era muy rígida, pero considero que sí era necesaria (...) Al final el que paga los platos rotos es el paciente”.

La disciplina institucional se presenta, así, como una herramienta de control, que, si bien forma profesionales, puede alejar a quienes no se adaptan a sus exigencias. Coeto (2023) manifiesta lo subsiguiente: “La verdad es muy fuerte la disciplina, en ocasiones sí te podían llegar a herir. Por eso se necesita coraje para aguantar”. Por su parte, Erick Zavaleta (2023) me explicó esto:

Se necesita un perfil vocacional muy específico. En el proceso de admisión dicen que debes saber trabajar bajo estrés. Antes no lo destacaban tanto, pero en 2021 ya lo pusieron hasta en negritas y con letras grandes en la convocatoria. Pienso que está bien, porque esto no es para cualquiera.

Estos relatos narran la violencia simbólica dentro de la institución, donde los nuevos voluntarios enfrentan un ambiente de “prueba de carácter”. Esta dinámica refleja cómo el biopoder se manifiesta en la exigencia de sacrificio y resistencia, legitimando un sistema que vulnera emocionalmente a los voluntarios. Esto muestra cómo la institucionalización impone condiciones para la participación, a la par de que hace de filtro para discriminar entre quienes pueden adaptarse al ritmo y al estrés, siempre manteniendo un control sobre los cuerpos y las subjetividades.

Este tipo de dinámicas se siguen reproduciendo posteriormente a la formación de los paramédicos voluntarios, pues aparece también ya en su etapa de servicio. “Hay que ser muy disciplinados y estudiosos. Imagínate un conocimiento (...) que ni siquiera tengas, llegar a una escena donde todos se estresan y tú ni sabes qué hacer, para eso nos preparamos” (Mendoza, 2023). “Nos forman para actuar rápido, pero la disciplina y la jerarquía también pesan un buen (...) Tienes que obedecer” (Mendoza, 2023). De ese modo, la regulación institucional crea una identidad disciplinada que responde a la lógica del biopoder: cuerpos dóciles y entrenados que cumplen su función dentro del sistema. A un nivel técnico, es primordial dar buenas órdenes como Jefe, pero obedecer es todavía más importante. No obstante, el error de uno es error de todos: he ahí la presión y responsabilidad de ser excelentes en su actividad.

En una reflexión hecha por Diana Hernández (2023) sobre la intervención en la vida de otros y la precisión necesaria durante un servicio, me dijo lo siguiente: “Es increíble cómo [los paramédicos] tienen que actuar tan rápido, tan precisos, tan diestros para salvar al paciente”. Aquí también se pone al biopoder en juego: la capacidad del voluntario para influir sobre la vida de los pacientes, en un espacio donde el control de la técnica y del cuerpo es esencial.

La misión primordial que se mantiene en la mente de los paramédicos para resistir como campeones la rígida disciplina y exigencia, por tanto, es el paciente. Empero, aquí se advierten dos cuestiones: la primera, que la violencia que se da en una forma disciplinar sobre los cuerpos de los paramédicos voluntarios es legítima y bien justificada, no solo por la institución, sino por el área de la salud y el ideal heroico de su rol social como voluntarios de Cruz Roja; la segunda, es que la formación deficiente de algunos voluntarios evidencia una violencia institucional que expone cuerpos vulnerables tanto de paramédicos como de las personas que requieren atención. Aquí, el biopoder emerge en la exigencia de actuar sobre cuerpos vivos en condiciones de extrema precariedad sin la preparación adecuada.

Por esto mismo, se propicia un ambiente elitista y celoso de su profesión, lo que también motiva a sus integrantes por ser parte de algo importante. Por ejemplo, Tagle (2023) asegura: “Nos da coraje porque cualquiera puede ser paramédico sin preparación básica”. Con lo que se puede ver que la falta de regulación real de la profesión incrementa la frustración, debido a que su formación técnica y sacrificio pierden valor en un mercado informal. “El voluntariado en la Cruz Roja debe ser regulado, porque no puedes dejar que cualquiera entre y haga lo que quiera” (Zavaleta, 2023). Con esto, se logra identificar una visión funcionalista y estatalizada del voluntariado que busca control y orden, pero que también limita un posible carácter emancipador.

Esa cuestión la aprovecha muy bien la institución de Cruz Roja para capitalizar su legitimidad como capacitador de primeros auxilios y socorristas. Al conservar esa narrativa, Cruz Roja controla su desarrollo profesional y personal de sus integrantes: “Cruz Roja intenta desarrollar a la gente, pero depende de que tú quieras superar varios aspectos.” (Zavaleta, 2023) En consecuencia, el voluntariado se inscribe dentro de dinámicas de biopoder foucaultiano: un proceso que disciplina cuerpos y subjetividades en función de un fin altruista y operativo, aprovechándose de cómo algunas personas interiorizan las contradicciones sociales.

De igual modo, este sacrificio, este soportar constante está siendo siempre mediado por cuestiones religiosas y de fe. Las experiencias de varios paramédicos voluntarios revelan la dualidad entre el control biopolítico del cuerpo del paciente y la intervención voluntaria como acto de fe y moralidad:

Si le dan de comer al hambriento, es como si me hubieran dado de comer a mí [refiriéndose a la figura de Jesús]. Por eso quiero ayudar y hacerlo con excelencia. (...) porque si no vives para servir, entonces no sirves para vivir. (Hernández, 2023)

La dimensión religiosa refuerza esta idea de poder y responsabilidad sobre otros. Asimismo, muchas veces, la ideología cristiana se convierte en el marco justificatorio de su entrega como paramédicos voluntarios, al menos a partir de la narrativa, donde ayudar al otro tiene un valor moral y espiritual, como se percibe en los siguientes casos: “Ese símbolo de salvación [Cruz Roja] se me hace muy impresionante, el legado [que eso acarrea]” (Hernández, 2023). “Soy creyente de Dios. (...) Cuando llegas a un límite donde dices ‘Ay Dios mío’, ayúdame a sacar esto adelante. Pero es mejor ayudar con estos actos que con limosnas” (Mendoza, 2023).

3.3.4. Conexión de estas violencias con la globalidad y el capitalismo

Las disciplinas corporales y las lógicas biopolíticas que la Cruz Roja implementa en su voluntariado jamás pueden ni deben desvincularse de un marco globalizado que regula la asistencia humanitaria como un mercado. En este sentido, las dinámicas disciplinarias no solo forman cuerpos dóciles y funcionales para enfrentar emergencias, sino que también responden a una lógica de capital que instrumentaliza el altruismo para sostener sistemas que perpetúan desigualdades estructurales. Así, podemos decir, si un agente no aparece en el mercado, no existe. Los sujetos paramédicos son parte del mercado, son parte del intercambio de bienes y servicios; por algo, su insistente institucionalización y formalización.

Por eso, Cruz Roja, como institución humanitaria de alcance global, opera en un sistema que mercantiliza la ayuda y la solidaridad. La formación rigurosa, la exigencia técnica, y la narrativa de heroísmo no solo legitiman la disciplina interna, sino que también posicionan al voluntariado como un “producto” que asegura la eficiencia y profesionalismo necesario para satisfacer estándares globales. Este profesionalismo, sin embargo, es una respuesta a la precariedad sistémica: la ausencia de servicios de salud universales adecuados y accesibles (violencia estructural). De este modo, el voluntariado se convierte en un espacio donde se movilizan recursos humanos bajo la lógica del capital, en la que la solidaridad y la ayuda son instrumentalizadas para mantener un sistema que delega responsabilidades estatales a cuerpos individuales.

Así, las narrativas de sacrificio y la formación militarizada encuentran su justificación no solo en necesidades operativas, sino también en una economía global de la ayuda, en la que los voluntarios son incorporados como engranajes de un sistema que mantiene la precariedad como norma. En este contexto, el voluntariado no solo repara las fallas del sistema, sino que también legitima su continuidad, reproduciendo dinámicas de explotación simbólica y emocional bajo la bandera de un asistencialismo mundial.

3.4. Las violencias de género en las determinaciones históricas del voluntariado

Para Rita Segato (2016), las violencias de género han permeado la historia de América Latina por su relación con la colonial-modernidad. Por un lado, ella afirma que “el cuerpo de mujer es la primera colonia (...) la primera colonia en la historia de la humanidad fue el cuerpo de la mujer” (Segato, 2016, p. 155). Los hombres siempre han mantenido ese pacto mafioso y sacrificial hacia y de lo femenino respectivamente, lo que denomina “cofradía”.

Por otro lado, las condiciones históricas de los Estados latinoamericanos se han visto constituidos por la colonialidad y la modernidad. Ello desemboca en un mundo binarizado, donde el “otro del Uno es destituido de su plenitud ontológica y reducido a cumplir con la función de *alter*; de *otro* del Uno como representante y referente de la totalidad. Este papel de *Otro* (femenino, noblanco, colonial, marginal, subdesarrollado, deficitario)” (Segato, 2016, pp. 93-94). Dicha concepción resulta en el “Sujeto universal”, al “Hombre” con H mayúscula.

Bajo este entendido, Rita Segato (2016) advierte que existe una minorización hacia la mujer desde la arquitectura estatal, que es ya patriarcal desde sus orígenes, pues “su historia no es otra cosa que la historia del patriarcado” (p. 105). Esta minorización significa “tratar a la mujer como ‘menor’ y también a arrinconar sus temas al ámbito de lo íntimo, de lo privado, y, en especial, de lo particular, como ‘tema de minorías’ y, en consecuencia, como tema ‘minoritario’” (Segato, 2016, p. 91). Después de que el Estado ha sido administrado por las élites criollas, según Segato (2016), la institucionalidad solamente ha beneficiado a mujeres blancas y de clase media para actuar en la esfera pública (p. 172).

Esta misma lógica ha regulado y ordenado las relaciones de género entorno al patriarcado que es, a su vez, “racial, colonial, de metrópoli a periferia”, sustentada esta sujeción de la mujer desde la mitología (Segato, 2016, pp. 93-94). Se constituyen las tareas de los hombres en el espacio público (política, negocios, parlamentación, guerra), mientras que las tareas de las mujeres son

confinadas al espacio doméstico, convirtiendo la esfera pública o dominio universal únicamente para Hombres.

Este proceso devalúa abruptamente el otro espacio, el doméstico, hasta ese momento abarrotado por una multiplicidad de presencias, escena de las actividades de las mujeres y regido por éstas. A partir de ese momento, se produce una caída brusca del espacio doméstico: antes subordinado en prestigio pero ontológicamente completo en sí mismo, es ahora defenestrado y colocado en el papel residual de otro de la esfera pública: desprovisto de politicidad, incapaz de enunciados de valor universal e interés general. (Segato, 2016, p. 94)

Afirma Segato (2016), este fenómeno de lo privado, de lo íntimo al que se orilla a las mujeres, es reflejo de cómo la sociedad contemporánea es afectada como un todo. Por tanto, voy a analizar de qué manera estas imbricaciones de violencia hacia las mujeres contiene determinaciones históricas dentro de su papel en el voluntariado, en especial, como paramédicas de Cruz Roja.

Al menos, en la historia del voluntariado en México, que es dinámica, las mujeres han tenido un papel muy activo e importante. Como ya se estudió, Guadalupe Serna (2010) da cuenta de ello al advertir que las mujeres tuvieron una participación en varios momentos del voluntariado. Cuando esta actividad era brindada por la Iglesia, en la colonia, variadas órdenes religiosas tuvieron mujeres para atender enfermos, entre monjas y enfermeras. Posteriormente, cuando ya existió el Estado mexicano, las mujeres, en especial las de clase media-alta, eran las encargadas, como esposas, de dedicarse a loables actividades, ya sea sirviendo o donando de la billetera de su marido.¹¹ Finalmente, el asistencialismo y la caridad siguen siendo actividades con alta participación femenina, al igual que labores comunitarias y de asociaciones civiles.

En ese brevísimo resumen histórico, podemos encontrar que las mujeres han sido participes de estas actividades. No obstante, y como así lo piensa Serna (2010), la causa de que las mujeres intervinieron en estos roles fue porque estaban orilladas al ámbito privado, justo como lo denuncia Segato. Si los hombres eran los encargados de estar en la política, las mujeres buscaron, por así decirlo, “empoderarse” atendiendo a los necesitados.

De ahí que, hasta la fecha, esas minorías de las que habla Segato, que bien podrían nombrarse también como interseccionalidades, fueron, además de causadas, atendidas por el Patriarcado, aunque indirectamente, porque eran las mismas mujeres, las minorizadas, las que

¹¹ Tanto fue así, que por eso la primera dama o esposa del presidente o gobernador en turno, al menos en México, es directora del DIF, es decir, de la institución estatal de beneficencia social.

llevaron a cabo esta labor. Más directo todavía, estas actividades voluntarias, como es el caso de las paramédicas, se clasifican dentro de la esfera de lo femenino, por lo tanto, como actividades de “cuidado”. Siguiendo a Segato (2016), el patriarcado es un orden simbólico que estructura jerarquías, como lo vemos en la labor voluntaria.

Actualmente, hablando en el caso específico de las paramédicas de Cruz Roja, además de que son víctimas de violencia de género dentro de esta institución (aunque lo nieguen muchas veces), también son movilizadas por la misma estructura patriarcal. En primer lugar, resulta interesante que gran parte de las autoridades de la Delegación Ciudad de Puebla son mujeres, lo que empata con la historia. En segundo lugar, en la mayoría de las entrevistas, las paramédicas mencionaban dos cuestiones: i) Que sentían la necesidad de ayudar a quien lo necesitara y ii) que esta profesión les permitía aprender y a hacer algo diferente durante el desarrollo de su carrera. Eso diferente es, precisamente, y con base en mi propia interpretación, el lugar de la mujer en el patriarcado: el espacio doméstico.

Hasta la fecha, la subjetividad de las mujeres paramédicas de Cruz Roja sigue reproduciendo las lógicas patriarcales. Por un lado, se sienten responsables del cuidado y, por el otro, el voluntariado es un lugar que les permite realizar actividades de la esfera pública. En este caso, el voluntariado aparece como una armonización con el Uno, consecuencia del patriarcado de baja intensidad, confluyendo esta actividad con las razones de Estado y de empresa; por una parte, subjetiva y, por otra, explotadora de los roles constituidos. Las paramédicas son producto histórico de la violencia objetiva, estructural y cultural, y, más específicamente, de la violencia patriarcal y colonial, que forma parte de la propia violencia objetiva.

Finalmente, las construcciones de género también pueden influir en la relación entre la disciplina y el heroísmo, otro dispositivo ideológico clave en la institución de Cruz Roja. Mientras que el heroísmo masculino se asocia con fuerza, sacrificio y liderazgo, el heroísmo femenino tiende a vincularse con la entrega, la empatía y el cuidado, a pesar de que su profesión como paramédicas no está tan relacionada con la debilidad (ni física ni emocional). Estas narrativas refuerzan la percepción de roles diferenciados y limitan las posibilidades de abrir verdaderos espacios de emancipación para las voluntarias, sujetándolas a una lógica institucional que, bajo el velo del altruismo, conserva desigualdades de género.

3.5. Conclusiones del capítulo: de la idealización a la realidad

El tercer capítulo de esta investigación ha explorado cómo las determinaciones históricas, estructurales e ideológicas del voluntariado se encarnan en las subjetividades y prácticas cotidianas de los paramédicos voluntarios de la Cruz Roja. A partir de una etnografía situada, se ha analizado el voluntariado desde una perspectiva dialéctica, conectando las dimensiones idealizadas del altruismo con las condiciones materiales y sociales que lo sostienen. A continuación, se sintetizan los hallazgos principales de este capítulo:

1) Idealización y heroísmo del voluntariado:

La figura del voluntario es construida como un símbolo de heroísmo y sacrificio, exaltando valores como el altruismo, la solidaridad y la ayuda desinteresada. Sin embargo, esta narrativa idealizada actúa como un dispositivo ideológico que oculta las contradicciones materiales que enfrentan los voluntarios, incluyendo la falta de remuneración, el desgaste emocional y la precariedad de recursos. La exaltación del heroísmo contribuye a despolitizar la acción voluntaria, transfiriendo las responsabilidades estructurales del Estado y del capital a los individuos.

2) Contradicciones entre idealización y condiciones materiales:

La idealización heroica entra en conflicto con las condiciones objetivas del voluntariado, revelando tensiones entre la vocación y las limitaciones económicas e institucionales. Estas contradicciones generan frustración y desgaste en los voluntarios, quienes se enfrentan a una precarización sistemática mientras son simbólicamente exaltados. La falta de apoyo institucional y el carácter no remunerado del voluntariado exponen una dinámica de explotación, donde el reconocimiento simbólico sirve como un mecanismo de control que oculta la alienación de los sujetos.

3) Institucionalización y biopoder:

La Cruz Roja, como institución global, combina lógicas humanitarias con dinámicas empresariales, lo que convierte al voluntariado en un espacio disciplinado y perfectamente jerarquizado. El biopoder se hace presente en la regulación de los cuerpos y subjetividades de los paramédicos, quienes son entrenados para responder de manera eficiente bajo condiciones de precariedad estructural. La disciplina militarizada y la formación técnica, aunque justificadas operativamente,

refuerzan una lógica de control y sacrificio que instrumentaliza al voluntario en beneficio del sistema institucional y estatal.

4) *Violencias en el voluntariado:*

El voluntariado está atravesado por diversas formas de violencia: objetiva, estructural, simbólica y de género. Estas violencias no solo afectan a los voluntarios, sino que también son reproducidas por ellos en el ejercicio de su actividad, lo que refleja cómo las dinámicas de poder y exclusión están normalizadas en el sistema actual. La violencia de género emerge como una dimensión clave, donde las mujeres paramédicas enfrentan tensiones entre el rol tradicional de cuidado y las expectativas del ámbito público. Estas dinámicas reproducen jerarquías patriarcales que limitan el potencial transformador del voluntariado.

5) *Conexión global y capitalismo:*

La Cruz Roja opera dentro de un marco globalizado que únicamente instrumentaliza la solidaridad para eternizar las desigualdades estructurales. El voluntariado, como práctica altruista, se inscribe en una economía global que mercantiliza la ayuda y emplea a los voluntarios como recursos humanos. Las narrativas de sacrificio y heroísmo justifican la transferencia de responsabilidades del Estado al ámbito privado, reproduciendo lógicas capitalistas que despojan al voluntariado de un carácter realmente emancipador.

Por ende, en este capítulo he puesto de manifiesto cómo las subjetividades de los paramédicos voluntarios son moldeadas por una compleja red de determinaciones históricas, sociales e ideológicas. Las contradicciones entre la idealización del voluntariado y las condiciones materiales que lo sostienen revelan un espacio de alienación, pero también de potencial crítico, donde los voluntarios pueden cuestionar y resistir las estructuras que instrumentalizan su acción. Este análisis sienta las bases para entender cómo el voluntariado, en su forma actual, refleja y reproduce las dinámicas del capitalismo global desde lo subjetivo, al tiempo que abre puertas para su posible transformación.

4. Conclusiones finales: El voluntariado sistémico y su superación crítica

4.1 El voluntariado como encrucijada entre idealización y reproducción sistémica

A partir del análisis conceptual e histórico desarrollado en el Capítulo 1, el voluntariado surge como un fenómeno harto complejo. Si bien se presenta como una acción puramente altruista y desinteresada, desde su inmediatez, ya, en lo mediato, su práctica está inevitablemente inserta en las estructuras económicas, sociales y políticas del sistema capitalista global. Este marco determina tanto las posibilidades como las limitaciones del voluntariado, al mismo tiempo que plantea preguntas fundamentales sobre su real potencial transformador, así como su rol en la reproducción y sostén del statu quo.

En primer lugar, la evolución del voluntariado desde la caridad religiosa hacia una solidaridad mediada por instituciones y agendas internacionales evidencia su cooptación por estructuras de poder. Esta transición, formalizada en el contexto de la Cooperación Internacional para el Desarrollo, convirtió al voluntariado en un engranaje clave de las dinámicas globales de administración y control. En lugar de cuestionar las causas estructurales de las desigualdades, el voluntariado, tal como se practica actualmente, opera como un paliativo que legitima las jerarquías y relaciones de dependencia entre el Norte y el Sur global, transmitiendo la colonialidad que está presente hasta nuestros días.

La formalización e institucionalización del voluntariado no solo lo han integrado a las lógicas burocráticas y mercantiles del neoliberalismo, sino que también han reducido su capacidad crítica. Las ONG se han constituido como actores institucionalizados que compiten por recursos dentro de un mercado globalizado. Esta profesionalización y burocratización han desplazado a los voluntarios hacia roles marginales, reforzando la lógica de valorización del capital y la perpetuación de desigualdades.

Por otro lado, el análisis comparativo entre voluntariado y militancia revela diferencias fundamentales en cuanto a compromiso ideológico, praxis y potencial transformador. Mientras que el voluntariado tiende a evitar posicionamientos políticos, y actúa de manera parcial y condicionada, la militancia representa un compromiso profundo con una causa, así como una postura crítica frente a las estructuras de poder y sus propias contradicciones. Esta comparación subraya las limitaciones inherentes del concepto y realidad del voluntariado en su forma actual, además de cuestionar si puede adoptar un papel emancipador sin abandonar su propia definición.

Finalmente, el voluntariado enfrenta una encrucijada conceptual: por un lado, actúa como un mecanismo de reproducción sistémica que canaliza las energías solidarias dentro de un marco despolitizado y funcional al sistema. Por otro lado, en la medida en que haga conscientes las contradicciones inmanentes del sistema y subvierta las dinámicas opresivas que lo configuran, podría transformarse en una praxis verdaderamente solidaria y emancipadora, lo que implica ya su gran desafío. Requeriría politizarse y desvincularse de las lógicas de dependencia financiera y burocrática que lo mantienen sujeto a las estructuras de dominación global.

De esa manera, se demuestra que el voluntariado no puede entenderse, únicamente, de manera abstracta, como una expresión de mera gratitud o desinterés. Es necesario analizarlo en su contexto histórico y estructural, reconociendo siempre las tensiones y contradicciones que lo atraviesan. Solo desde una perspectiva crítica y concreta es posible desvelar su verdadera razón de ser y explorar su potencial político y social para contribuir a una solidaridad que no reproduzca el poder y violencias actuales, sino que las desafíe.

4.2. Revelando los aspectos ideológicos y materiales de los actos solidarios a partir de la historia

El segundo capítulo ha realizado una revisión histórica crítica del voluntariado, mostrando cómo este se ha configurado y reconfigurado como un fenómeno dinámico e influido por las condiciones materiales, culturales y políticas de cada época. Este análisis permitió identificar de qué forma las prácticas voluntarias han oscilado constantemente entre su potencial solidario y emancipador y su cooptación por dinámicas de control social y reproducción de desigualdades estructurales.

Desde sus primeras manifestaciones como ayuda mutua en comunidades antiguas hasta su institucionalización en el contexto moderno, el voluntariado se ha mostrado como un espacio lleno de tensiones y contradicciones. La evolución histórica evidenció cómo conceptos como caridad, solidaridad y beneficencia fueron resignificados bajo diversas lógicas ideológicas, desde las nociones judeocristianas de virtud hasta las dinámicas de filantropía burguesa y la profesionalización neoliberal. Esta trayectoria revela que el voluntariado, lejos de ser un fenómeno estático, ideal o puramente altruista, es un campo permeado por luchas de poder y resistencias, tanto en su dimensión simbólica como material.

En este contexto, las políticas estatales y los cambios en los sistemas económicos han desempeñado un papel crucial. Desde el feudalismo y la caridad eclesiástica en la Edad Media,

hasta la intervención estatal en la modernidad y las dinámicas de mercado en el neoliberalismo, el voluntariado ha sido continuamente resignificado como una herramienta para sostener o desafiar las estructuras sociales predominantes. En particular, la historia del voluntariado en México, y el caso específico de la Cruz Roja en Puebla, ilustran cómo estas dinámicas globales se adaptan a contextos locales, reproduciendo tensiones similares, aunque con matices propios de la historia política y económica concretas de nuestro país.

El análisis de la Coyuntura Política Actual en México, bajo el marco de la 4T, mostró cómo las iniciativas gubernamentales intentan reconfigurar las relaciones entre el Estado, las ONG y el voluntariado. Si bien estas políticas buscan recuperar la centralidad del Estado en la provisión de servicios sociales, también han revelado las tensiones inherentes entre la autonomía ciudadana y control estatal. El caso de la Cruz Roja Mexicana, y su adaptación a estas dinámicas, expone cómo las instituciones voluntarias pueden funcionar como herramientas de legitimación estatal o como espacios de resistencia ante las crisis de los modelos asistenciales tradicionales, matizando su manera de funcionar y adaptándose a las necesidades del mercado a partir de los cambios políticos.

Estas conclusiones permitieron trazar el hilo conductor hacia el tercer capítulo, pues se centró en las contradicciones vividas por los voluntarios como sujetos inmersos en estas dinámicas históricas y estructurales. Si en el segundo capítulo se analizó cómo el voluntariado ha sido configurado por fuerzas externas —tanto materiales como ideológicas—, en el siguiente capítulo se exploró cómo estas determinaciones se reflejan y se viven en la subjetividad de los voluntarios.

La transición al tercer capítulo, por tanto, radica en conectar las estructuras históricas y colectivas con las experiencias individuales y subjetivas, permitiendo entender al voluntariado no solo como una práctica solidaria o funcional, sino como un espacio donde convergen y se enfrentan las contradicciones entre lo subjetivo y lo objetivo, lo ideal y lo material, lo abstracto y lo concreto. Este enfoque dialéctico permitirá profundizar en la relación entre la identidad del voluntario, sus motivaciones y la realidad que encuentra en el ejercicio de su labor, consolidando así una visión más integral del fenómeno.

4.3. El voluntariado desde la dialéctica objetiva-subjetiva

El análisis etnográfico y narrativo expuesto en el Capítulo 3 permitió develar cómo las tensiones entre la idealización del voluntariado y las condiciones materiales que lo sustentan se encarnan en las subjetividades de los paramédicos de la Cruz Roja. A través de sus relatos y prácticas cotidianas,

se evidencia que el voluntariado no solo opera como una actividad altruista, sino que está profundamente inscrito en dinámicas históricas, sociales e ideológicas que reproducen las lógicas de dominación, como las estructuras patriarcales. Solo, a partir de la historia, vimos cómo estas determinaciones no solo configuran, sino que producen la subjetividad voluntaria. Dicha específica subjetividad no deja de estar atravesada por contradicciones que, aunque invisibilizadas por discursos heroicos, manifiestan, de alguna forma, un potencial crítico para cuestionar y resistir dichas estructuras.

Primero, la figura del voluntario, exaltada como un símbolo heroico, revela su instrumentalización como dispositivo ideológico que despolitiza la acción voluntaria y transfiere responsabilidades estructurales del Estado y el mercado a los individuos, estragos de las políticas neoliberales. La idealización del heroísmo no solo legitima la precarización y el sacrificio personal de los voluntarios, sino que también refuerza narrativas que naturalizan las desigualdades estructurales y normalizan la violencia objetiva del sistema actual.

Segundo, la institucionalización del voluntariado, particularmente, en una entidad global como la Cruz Roja, pone en evidencia cómo las lógicas empresariales y estatales se combinan para disciplinar cuerpos y subjetividades. Desde las dinámicas de biopoder que regulan la formación y el servicio voluntario hasta la precarización material que enfrentan los paramédicos, la institución configura un espacio donde la solidaridad se transforma en una herramienta funcional al sistema, neutralizando sistémicamente su potencial disruptivo.

Tercero, las violencias subjetivas, estructurales y simbólicas presentes en el voluntariado reflejan las contradicciones inherentes al sistema capitalista y patriarcal. Las mujeres voluntarias, de manera específica, encarnan la intersección de estas violencias, reproduciendo roles de cuidado mientras enfrentan dinámicas de exclusión y jerarquización propias del sistema patriarcal. Al mismo tiempo, los voluntarios, como agentes del sistema de salud, reproducen y son víctimas de una racionalidad sacrificial que prioriza la eficiencia y la economía sobre la vida misma.

Finalmente, la conexión entre el voluntariado y el capitalismo global subraya cómo esta práctica, presentada como altruista y solidaria, se inscribe en un marco económico que mercantiliza la ayuda y utiliza a los voluntarios como recursos humanos, manteniendo las asimetrías sociales. El talante crítico que aquí puede producirse, aquel que se mueve entre la alienación y la resistencia, es clave para comprender el papel del voluntariado en la reproducción y su posible cuestionamiento de las lógicas del sistema capitalista.

Estas conclusiones consolidan el hilo conductor argumentativo que conecta las subjetividades voluntarias con las determinaciones históricas y estructurales del voluntariado, preparando el terreno para el análisis final de las contradicciones inherentes a esta práctica en el marco de un sistema globalizado. Así, se aporta una mirada crítica que sitúa al voluntariado como un espacio de disputa entre la reproducción ideológica y una posibilidad emancipadora.

4.4. Triple triángulo del paramédico voluntario

El estudio etnográfico sobre los paramédicos voluntarios de la Cruz Roja reveló una subjetividad compleja que se articula en un equilibrio constante entre las condiciones materiales y los impulsos ideales que dan forma a su vocación. A través de sus relatos y prácticas, hemos tejido un entramado de tensiones entre las exigencias de la institucionalización, las demandas del sistema capitalista, y las motivaciones personales que los llevan a asumir esta labor.

Un diagrama de un “triple triángulo del paramédico voluntario” (véase Figura 3) ilustra cómo estos individuos se ven atravesados por tres grandes esferas: la economía, el cuerpo-mente y la voluntad, que actúan como los vértices fundamentales de su subjetividad. Por un lado, la estabilidad económica aparece como una condición *sine qua non* para ejercer su labor, ya sea gracias al apoyo familiar, al empleo paralelo o a un excedente financiero que les permite cubrir sus necesidades básicas mientras se entregan al voluntariado.

Por otro lado, el cuidado del cuerpo y la mente resulta indispensable para enfrentar las exigencias físicas, emocionales y psicológicas de la atención prehospitalaria. Finalmente, la voluntad emerge como un impulso singular y determinante que supera las limitaciones materiales y habilita el compromiso con esta labor, diferenciando al paramédico de quienes poseen las mismas condiciones, pero carecen de este deseo de acción. El sueño de ayudar a otros se da en la acción tal y como refiere Ross (2016): “Son las acciones las que producen los sueños y las ideas, y no a la inversa”, hablando materialmente.

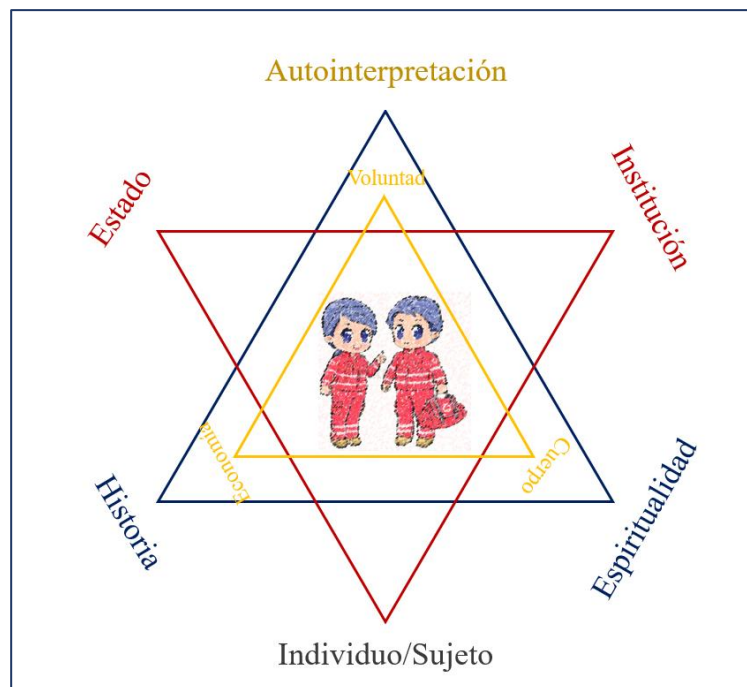
Además, se encontró que la espiritualidad y la autointerpretación juegan un papel central en la construcción de la subjetividad del paramédico. Estas dimensiones, analizadas bajo el prisma de la formación (*Bildung*) y el sentido estético-ético de su labor (Gadamer, 1994), revelan cómo los paramédicos voluntarios configuran una identidad que trasciende lo inmediato. Inspirados tanto por figuras históricas, como Henry Dunant, como por imágenes arquetípicas y religiosas, ellos

encuentran en su labor una forma de autorrealización que se sitúa en la intersección de lo individual y lo colectivo con base en una hermenéutica que construye sentido a partir de la propia existencia.

Sin embargo, este análisis también expone cómo el voluntariado, incluso en su dimensión más altruista, está regulado y condicionado por dispositivos de poder estatales e institucionales. La institucionalización del voluntariado no solo disciplina los cuerpos de los paramédicos mediante normas y procedimientos, como la NOM-034, sino que también moldea sus acciones a través de prácticas como el Triage (Secretaría de Salud de México, 2013), que privilegia una lógica utilitarista adaptada a las necesidades del mismo sistema. Pensando desde Foucault (1979), esta subordinación a las estructuras de poder refleja cómo el voluntariado se convierte en un dispositivo funcional que preserva las jerarquías de valor entre las vidas humanas dentro del capitalismo.

Figura 3

El triple triángulo del paramédico voluntario



El concepto del triple triángulo del voluntario sintetiza, entonces, la compleja relación entre las determinaciones estructurales y la subjetividad del paramédico voluntario, destacando cómo su actividad no solo es una expresión de solidaridad y altruismo, sino también un reflejo de las contradicciones históricas e ideológicas que atraviesan esta práctica. La experiencia estética de su

labor, como lo explica Maffesoli (2017), entendida como una obra de arte vivida en el plano ético, expone la tensión entre su capacidad de agencia y las estructuras que la condicionan, cuestionando el verdadero alcance de su impacto transformador.

Estas reflexiones se integran al hilo argumentativo general de la tesis al mostrar cómo el voluntariado, lejos de ser un acto puramente desinteresado, está inscrito en un sistema de poder que, al mismo tiempo, permite y limita su ejercicio. El estudio del voluntariado como una práctica situada en la intersección de lo histórico, lo subjetivo, lo objetivo y estructural es fundamental para comprender las contradicciones inherentes a esta forma de cooperación humana en el marco del capitalismo global y patriarcal.

4.4.1. Algunas consideraciones psicosociales finales sobre el voluntario

Como ya vimos, el voluntariado se relaciona con muchos conceptos. No obstante, yo considero que, en la actualidad, y en una realidad concreta de la Delegación de Cruz Roja Ciudad de Puebla, fui testigo de cómo todas aquellas determinaciones se corporalizan en los paramédicos voluntarios y sus acciones. No quiero partir de la diferenciación entre voluntario y militante, el primero como aquella persona que regala meramente su tiempo y esta como una persona que actúa conforme a su propia convicción de vida. Pero lo que sí quiero hacer es diferenciar, en relación con lo que ya se estudió, entre aquel voluntario que da caridad y aquel proporciona una especie de solidaridad.

Podría decir que los voluntarios que, al menos desde mi perspectiva e interpretación, realizan acciones solidarias y no de caridad, se asemejan más a lo que Segovia Bernabé (2000) considera como militantes, con la pequeña diferencia que no buscan transformar las raíces que provocan las desigualdades. Me trate de explicar por qué ciertos voluntarios actuaban conforme a sus intereses personales, y otros con verdadera convicción de solidaridad.

Para ello, recurro, en primer lugar, a lo que ya venía advirtiendo, que la caridad tiene como objeto alguna cosa, sea fama, espiar culpas o elevar la soberbia, mientras que la solidaridad no tiene objeto, sino sujetos. En términos gramscianos, estos últimos estarían más cerca de ver al subalterno como sujeto y no como objeto, justo como el mismo Gramsci (1999) criticó. Más allá de quererles otorgar derechos a los sujetos, lo que tienen es que ellos, los solidarios, ayudan a los sujetos, porque son, precisamente, sujetos que cargan con una inherente dignidad. Esta actitud la noté más marcadamente en las mujeres.

Asimismo, lo logro explicar psicológicamente con las siguientes teorías y conceptos. Hay que recordar, primero, que la solidaridad y la caridad están muy relacionadas con lo religioso, pero que la caridad se quedó en el camino de lo abstracto y cósmico. Por eso, aunque ambos conceptos tienen una carga religiosa consistente con el cristianismo, la solidaridad sobrevivió, como ya vimos, como aquella que reivindica la verdadera comunidad, la necesidad mutua que tenemos todos nosotros y que se asocia con el buscar un bien común.

En la jerarquía de las necesidades de Maslow, la autoestima está antes en su pirámide como previa a la punta que es la autorrealización. En la autoestima, lo que se trabaja es la confianza, el éxito, el respeto de los demás y el prestigio. En cambio, la autorrealización se relaciona más con la creatividad, la autoaceptación y los valores propios. Desde mi perspectiva, el voluntario que se encuentra satisfaciendo todavía la necesidad de autoestima, está más cerca de dar caridad que de buscar solidaridad. Al menos así lo piensa Tomley (2017), al decir que:

Podemos adquirir la autoridad moral de varias formas. Una de las maneras más sencillas podría ser presentarse voluntario -de forma pública y frecuente- para buenas causas. Por este medio, podemos ser vistos como un pilar de la comunidad con todo el respeto que conlleva el cargo. A ojos de todo el mundo, parece una forma sencilla de traducir la acción en el mundo físico en la buena opinión de los demás y un sentido interno de identidad más feliz, pero Maslow nos recordaría los peligros que entraña buscar la autoestima en los juicios de otros. No solo pueden cambiar de opinión, sino que esta vía hacia una mayor autoestima bloquea efectivamente el camino hacia el nivel cinco de la jerarquía de las necesidades: la autorrealización. (pp. 55-56)

Es decir, el sujeto voluntario que llevara a cabo su acción voluntaria para adquirir autoridad moral estaría cayendo en la búsqueda de ensanchar su autoestima y, por ende, en buscar un objeto: reconocimiento, respeto, etc. Esto es, está actuando por caridad en los términos que designamos. Por otro lado, la realización, según la misma autora: “Se trata de un estado de autonomía verdadera, donde los pensamientos y las acciones de una persona no son moldeados por la sociedad, sino por sus propios valores” (p. 56). En otras palabras, aquel voluntario que, en efecto, realiza acciones solidarias estaría en este nivel.

Por otro lado, con base en la teoría de las tres dimensiones de Seligman (salud, seguridad y compañía), para mejorar la autoestima hay que basarse “en una valoración genuina de nuestras habilidades y talentos, junto con un compromiso con virtudes que se valoran en todas las culturas:

coraje, amor, justicia, templanza, sabiduría y espiritualidad” (Tomley, 2017, p. 58). En ese sentido, sostiene Seligman:

[Todos] nos encontramos inclinándonos hacia una Vida con sentido, en la que hallamos la plenitud poniendo estos puntos fuertes al servicio de los demás. Así pues, ¿siendo voluntario de forma constante está bien? Quizá. La pregunta sería: ¿Quieres hacerlo porque es una parte que enriquece tu vida plena o *necesitas* ser voluntario por algún motivo que te parece convincente? (Tomley, 2017, p. 58)

La autorrealización la encontré en aquellas personas que se hallaban más espirituales y que prestaban sus acciones voluntarias sin otro afán de utilizar sus talentos para servir al otro y sin buscar algún objeto. Al tratarse de subjetividades, no quiero decir que exista un sujeto puro donde se encuentre únicamente la acción solidaria y la caridad, sino que, surge esencialmente. Entonces, lanzo esta propuesta como dos tipos ideales bien diferenciados social y psicológicamente, el “voluntario caritativo” y “el voluntario solidario”. El primero busca objetos, el segundo, sujetos, y el que se encuentra más cerca de buscar una verdadera transformación social, dados los antecedentes y móviles para su actuar.

4.5. El papel del voluntariado en la lógica del valor: válvula sistémica de la acumulación y explotación capitalistas

La práctica del voluntariado, particularmente, en el campo socorrista, está atravesada por mediaciones que reflejan la lógica del capital y las relaciones sociales inherentes al sistema neoliberal. La Cruz Roja, como institución, opera bajo un esquema que no es ajeno a estas dinámicas. A través del trabajo no remunerado de los paramédicos voluntarios, la institución, como ya estudiamos, que se posiciona como contratista, ofrece servicios a empresas o particulares, apropiándose de una parte de la masa de plusvalor que generan dichos servicios. Este fenómeno resalta cómo el voluntariado, aunque presentado como altruista y humanitario, participa en la reproducción de las ganancias capitalistas.

Bajo el contexto neoliberal, el voluntariado se vincula con el desmantelamiento del Estado de Bienestar y la precarización de servicios públicos, como el acceso a la salud. Este marco permite que organizaciones como la Cruz Roja compensen las carencias del sistema público, mientras que sus voluntarios enfrentan condiciones de trabajo que demandan un sacrificio constante para

maximizar la eficiencia operativa de la institución. En este sentido, el sujeto voluntario no sólo es agente de su propia voluntad altruista, sino también objeto de un sistema que lo instrumentaliza para asegurar su propia supervivencia.

Como afirma Bonefeld (2013), el trasfondo de esta realidad se encuentra en la acumulación originaria, que presupone y perpetúa la separación violenta entre los productores y los medios de producción. Esta escisión constituye la base de las relaciones sociales capitalistas (pp. 47-49). Así, las actividades de socorro y emergencia de los paramédicos voluntarios no pueden separarse de la lógica del capital, ya que están reguladas por la juridicidad del Estado y, en última instancia, por la dinámica de acumulación ampliada.

Žižek (2009) enriquece esta crítica al describir aquella “ética comunista liberal”, que enmarca al voluntariado como una herramienta ideológica. En esta narrativa, la caridad y la responsabilidad social actúan como máscaras humanitarias que ocultan la explotación económica inherente al sistema. Según Žižek: “En la ética liberal-comunista, la despiadada persecución del beneficio se ve contrarrestada por la caridad. Tal es la máscara humanitaria que oculta el rostro de la explotación económica” (p. 34).

Este modelo permite que las iniciativas de ayuda y voluntariado calmen las tensiones del sistema mediante actos de caridad que restablecen el equilibrio sistemático y aseguran la reproducción social. Sin embargo, detrás de esta narrativa de ayuda altruista yace la lógica del valor, que media todas las relaciones y actividades voluntarias. Para Žižek (2009), esta dinámica no sólo mantiene la explotación, sino que refuerza la complicidad de los países desarrollados en las condiciones de miseria que dicen combatir (p. 34).

En conclusión, aunque la ética altruista sigue siendo un motor fundamental del voluntariado, su ejecución está profundamente marcada por la lógica del capital. Este análisis revela las tensiones inherentes a la labor de los paramédicos voluntarios, quienes, aunque movidos por un genuino deseo de ayudar, están inmersos en un sistema que instrumentaliza su labor bajo los principios de acumulación y explotación. En pocas palabras, el voluntariado se encuentra ya mediado, desde lo dado, por la lógica de valor.

4.6. Finalmente: ¿Existen capacidades reales emancipadoras en el voluntariado post-crítica?

El presente estudio ha permitido analizar el voluntariado como un fenómeno complejo que encarna múltiples contradicciones dialécticas dentro del contexto de un sistema capitalista globalizado. A

través de un enfoque integral, histórico y crítico, hemos logrado desentrañar cómo el voluntariado, más allá de ser un acto de altruismo idealizado, se revela como un espacio de tensión constante entre la idealización subjetiva y las estructuras objetivas que lo configuran, cooptan y regulan.

El voluntariado, en su dimensión histórica e ideológica, ha sido moldeado históricamente por narrativas de heroísmo, fe y sacrificio, las cuales, aunque brindan un sentido subjetivo al acto de ayudar, ocultan las condiciones materiales y estructurales que sostienen su práctica. En este sentido, los voluntarios no son agentes ajenos a las lógicas del capital y la dominación estatal; por el contrario, operan dentro de un campo donde las dinámicas de control, institucionalización y precarización reproducen su trabajo como un instrumento funcional al orden existente. Así, el voluntariado queda atrapado entre la posibilidad de transformarse en un acto emancipador y su uso como herramienta de control social y reproducción ideológica.

A partir del análisis de las entrevistas y el empleo de la etnografía, se ha evidenciado cómo estas contradicciones se vivencian en los cuerpos de los voluntarios: cuerpos que padecen el desgaste físico y emocional, la falta de reconocimiento material y simbólico, y las presiones de un sistema que glorifica el sacrificio individual mientras precariza su existencia. Este fenómeno no solo responde a las condiciones materiales inmediatas, sino que también está inscrito en una lógica ideológica que naturaliza el sacrificio bajo el manto del heroísmo y la vocación.

Sin embargo, esta negatividad dialéctica no solo revela los límites del voluntariado, sino que también abre la posibilidad de su transformación. La crítica desarrollada en esta tesis propone que el voluntariado, siendo consciente de sus contradicciones, puede resignificarse como una praxis emancipadora, capaz de articular lo subjetivo (la voluntad de ayudar) con lo objetivo (las luchas sociales radicales). Esto implica las siguientes cuestiones:

- 1) Superar la idealización ingenua mediante la reflexión crítica sobre las condiciones en las que se realiza el voluntariado; 2) visibilizar y transformar las condiciones materiales que determinan la práctica voluntaria, exigiendo reconocimiento y dignificación sin perder la dimensión ética de la solidaridad comunitaria; 3) reconstruir el sentido de la fe y la ideología, desvinculándolos de narrativas de dominación y conectándolos con una ética solidaria y emancipadora. De este modo, el voluntariado no debe ser comprendido únicamente como un espacio de caridad o altruismo, sino como una posibilidad política real: un espacio donde los sujetos, al organizarse y politizar su práctica, puedan contribuir a la construcción de formas alternativas de solidaridad que desafíen las lógicas del capital y la forma Estado.

En conclusión, el voluntariado, si bien está atravesado por tensiones y contradicciones, posee un potencial transformador que solo puede realizarse a través de una exposición crítica y consciente. La verdadera emancipación del voluntariado radica en su capacidad para convertirse en un acto de resistencia, articulado con y por las luchas sociales, erradicando toda falsa conciencia, en el sentido de que busquen una transformación radical de las estructuras opresivas de la misma sociedad globalizada. Así, el voluntariado, lejos de ser un espacio de alienación, puede convertirse en un acto de libertad colectiva, donde la solidaridad no sea una expresión de sacrificio, sino un compromiso ético y político con la justicia comunitaria global, en últimas, una praxis concreta y revolucionaria.

Referencias

- 24 Horas Puebla. (20 de Diciembre de 2016). Puebla, referente nacional en atención de urgencias médicas. *24 Horas Puebla*. Obtenido de <https://24horaspuebla.com/2016/12/puebla-referente-nacional-en-atencion-de-urgencias-medicas/>
- Adorno, T. (2005). *Dialéctica negativa/La jerga de la autenticidad*. Madrid: Akal.
- Agüero Muñoz, S. (s.f.). *Solidaridad. Requisito esencial en la existencia de la sociedad*. Recuperado el 10 de Marzo de 2024, de Escuela Cultura de Paz: https://escuelaculturadepaz.org/wp-content/uploads/029_Solidaridad_requisito_esencial_en_la_existencia_de_la_sociedad.pdf
- Aguilar Valenzuela, R. (2006). Las organizaciones de la Sociedad Civil en México: Su evolución. (*Tesis doctoral*). Universidad Iberoamericana, México. Obtenido de <http://www.bib.uia.mx/tesis/pdf/014753/014753.pdf>
- Alcalá Consultores. (2002). *Voluntariados en Chile: Lo plural y lo diverso. Sistematización de antecedentes generales en Chile y el exterior*. Santiago: División de Organizaciones Sociales del Ministerio Secretaría General de Gobierno.
- Altamirano, N. (29 de Octubre de 2024). Signa Omar Muñoz convenio de colaboración con SUMA. *En Línea Puebla*. Obtenido de <https://enlineapuebla.com/municipios/signa-omar-munoz-convenio-de-colaboracion-con-suma/>
- Araque Hontangas, N. (2009). El voluntariado a través de los cambios legislativos y funcionales. *Prismasocial*(2), 1-20.
- Aravena Cepeda, M. S. (2004). Significados de la experiencia de voluntariado para las y los voluntarios de fundación gesta. *Tesis de grado*. Universidad de Chile, Santiago.
- Arenal, C. (1861). *La beneficencia, la filantropía y la caridad*. Madrid: Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y de Ciegos. Obtenido de <https://archive.org/details/A11408702/page/n41/mode/2up>
- Arista, L. (31 de Octubre de 2021). De la crítica a la asfixia: La 4T apunta contra las ONG. *Expansión Política*. Obtenido de <https://politica.expansion.mx/mexico/2021/10/31/de-la-critica-a-la-asfixia-la-4t-apunta-contra-las-ongs>
- Aristóteles. (1985). *Ética nicomáquea. Ética eudemia*. Madrid: Gredos.
- Aristóteles. (1988). *Política*. Madrid: Gredos.

- Barreiro Carballal, L. (2009). El voluntariado: entre la ciudadanía y la ideología. *Revista Katálysis*, 12(2), 235-240. doi:<https://doi.org/10.1590/S1414-49802009000200013>
- Barroso Ribal, C. (s.f.). *Caridad, beneficencia, seguro social, asistencia social y estado de bienestar*. Recuperado el 28 de Julio de 2024, de Universidad de la Laguna: <https://ctinobar.webs.ull.es/1docencia/DESIGUALDAD%20SOCIAL/HISTORIA.pdf>
- Bauman, Z. (2004). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: FCE.
- Benjamin, W. (2021). *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Ediciones Bellatera.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: La Secreta Revolución del Neoliberalismo*. Madrid: Malpaso ediciones.
- Browner, C. H., y Leal Fernández, G. (8 de Junio de 2022). El Sistema de Salud Mexicano Bajo el Gobierno de AMLO. *NACLA*. Obtenido de <https://nacla.org/el-sistema-de-salud-mexicano-bajo-el-gobierno-de-amlo>
- Butcher García-Colín, J., y Verduzco Igartúa, G. (2016). *Acción voluntaria y voluntariado en México*. D.F.: Ariel.
- Butcher, J., y al., e. (2008). *México Solidario, participación ciudadana y voluntaria*. México: Limusa-Cemefi-ITESM-Instituto Mora.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.
- Calabuig Tormo, C., y Gómez-Torres, M. de los L. (Coords.). (2010). *La cooperación internacional para el desarrollo* (Edición revisada). Editorial Universitat Politècnica de València.
- Calvo Martínez, T. (2008). *Aristóteles y el aristotelismo*. Madrid: Akal.
- Cammany Dorr, R. (2007). *El voluntariado: Un modelo de mecenazgo para el siglo XXI*. Catalunya: Acadèmia de Farmàcia de Catalunya.
- Chávez León, K. (2012). El voluntariado. Una propuesta para la Administración Pública. *Tesis de maestría*. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Ciudad de México.
- Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH). (s. f.). *Fundación de la Cruz Roja Mexicana*. <https://www.cndh.org.mx/noticia/fundacion-de-la-cruz-roja-mexicana>

- Coeto, J. (11 de Abril de 2023). Relato de vida sobre un paramédico voluntario. (J. Muñoz de Jesús, Entrevistador)
- Cruz Roja Mexicana. (s.f.). *Sede Nacional*. Recuperado el 22 de Octubre de 2023, de <https://www.cruzrojamexicana.org.mx/>
- Deleuze, G., y Guattari, P. F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Pre-textos.
- Delgado, J. A. (4 de Mayo de 2023). Relato de vida sobre un paramédico voluntario. (J. Muñoz de Jesús, Entrevistador)
- De Lucas, J. (1993). *El concepto de solidaridad*. México: Distribuciones Fontamara.
- De Souza Santos, B. (2018). Reinventar la democracia. En B. De Souza Santos, *Construyendo las epistemologías del sur. Antología Esencial. Vol.II* (págs. 353-392). Buenos Aires: CLACSO.
- Duque, M. P. (2013). El concepto de solidaridad. *Revista de Estudios Sociales*(46), 192-194. doi:DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/res46.2013.19>
- Durkheim, E. (2007). *La división del trabajo social*. México: Colofón.
- Ferrarotti, F. (2007). Las historias de vida como método. *Convergencia*, 12(44), 15-40.
- Fontana, A., y Frey, J. M. (2015). La entrevista. En A. Fontana, y J. M. Frey, *Métodos de recolección y análisis de datos* (págs. 140-202). Barcelona: Gedisa editorial.
- Foucault, M. (1978). *Historia de la sexualidad. Volumen I: La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1979). *La microfísica del poder*. Madrid: Ediciones la Piqueta.
- Foucault, M. (1999). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gadamer, H. G. (1994). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- García Roca, J. (1999). La larga marcha del voluntariado. *Intervención Psicosocial*, 8(1), 15-30.
- García Roca, J. (2001). El voluntariado en la sociedad de bienestar. *Documentación Social*, 15-40.
- García Rojas, V. (11 de Enero de 2024). Se fortalece el sector salud en Puebla: Obtienen 23 ambulancias equipadas para SUMA. *Reto Diario*, págs. <https://retodiario.com/gobierno/2024/01/11/se-fortalece-el-sector-salud-en-puebla-obtienen-23-ambulancias-equipadas-para-suma/>.

- Gómez-Dantés, O., y Frenk, J. (2019). Crónica de un siglo de salud pública en México: de la salubridad pública a la protección social en salud. *Salud Pública de México*, 61(2), 202-211. doi:<https://doi.org/10.21149/10122>
- Gonzáles, L. (8 de Octubre de 2019). ONGs son vitales para apoyar programas sociales en la 4T: World Vision México. *El Economista*. Obtenido de <https://www.economista.com.mx/politica/ONGs-son-vitales-apoyar-programas-sociales-en-la-4T-World-Vision-Mexico-20191008-0101.html>
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel Tomo 4*. Puebla: Ediciones Era/BUAP.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Editorial Akal.
- Hegel, G. (2022). *Filosofía del derecho: Semestre de invierno de 1819-1820*. (F. Huesca Ramón, Trad.) Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Ediciones Akal.
- Heidegger, M. (2003). *Aportes a la filosofía acerca del evento*. Buenos Aires: Editorial Biblos y Almagesto.
- Hernández, D. (4 de Abril de 2023). Relato de vida sobre un paramédico voluntario. (J. Muñoz de Jesús, Entrevistador)
- Herrera Gonzáles, A. K. (2019). Soñar en colectivo: voluntariado, transformación y representaciones sociales. *Tesis de grado*. Universidad Iberoamericana Puebla, Puebla. Obtenido de <https://hdl.handle.net/20.500.11777/4503>
- Horkheimer, M. (2003). Teoría tradicional y teoría crítica. En M. Horkheimer, *Teoría crítica* (págs. 223-271). Buenos Aires: Amorrortu.
- Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán. (Junio de 2024). *Historia del voluntariado*. Obtenido de INCMNSZ: <https://www.incmnsz.mx/opencms/contenido/voluntariado/historia.html>
- Lemus Delgado, D. R. (2017). Regímenes de verdad: El comité de ayuda al desarrollo y la narrativa histórica de la cooperación internacional para el desarrollo. En R. Domínguez, y G. Rodríguez Albor, *Historia de la cooperación internacional desde una perspectiva crítica* (págs. 25-55). Barranquilla: Uniautónoma.
- López, G. (11 de Junio de 2023). Relato de vida sobre un paramédico voluntario. (J. Muñoz de Jesús, Entrevistador)
- Lo Brutto, G. (2014). *Cooperación internacional para el desarrollo y democracia en México*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- Lo Brutto, G. (2017). A propósito de la cooperación internacional y del desarrollo. En R. Domínguez, y G. Rodríguez Albor, *Historia de la cooperación internacional desde una perspectiva crítica* (págs. 57-79). Barranquilla: Uniautónoma.
- López, A. (15 de Febrero de 2019). Cierran fondos a 10 mil organizaciones civiles. *La Razón de México*. Obtenido de <https://www.razon.com.mx/mexico/2019/02/15/cierran-fondos-a-10-mil-organizaciones-civiles/>
- Lucatello, S. (2017). La solidaridad tóxica en América Latina: ¿Cooperación al Desarrollo o industria de la ayuda? Una trama en tres actos. En R. Domínguez, y G. Rodríguez Albor, *Historia de la cooperación internacional desde una perspectiva crítica* (págs. 183-219). Barranquilla: Uniautónoma.
- Maffesoli, M. (2007). *En el crisol de las apariencias*. D.F.: Siglo XXI.
- Marcus, G. E. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127. Obtenido de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74702209>
- Marcuse, H. (1964). *El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Ariel.
- Marroni, M. d. (2016). ¿"Dar voz al Otro"? Los métodos biográficos y las narrativas de los migrantes: un debate ejemplar en ciencias sociales. *Tla-Melaua*, 203-211.
- Marx, K. (1980). *El capital, Libro I*. Madrid: Siglo XXI.
- Medina Córdón, P. (2017). *El voluntariado*. Calameo. Obtenido de <http://es.calameo.com/read/004566114d03e83518583>
- Méndez, J. (9 de Abril de 2023). Relato de vida sobre un paramédico voluntario. (J. Muñoz de Jesús, Entrevistador)
- Mendoza, S. (10 de Abril de 2023). Relato de vida sobre un paramédico voluntario. (J. Muñoz de Jesús, Entrevistador)
- Menéndez, E. L. (2005). Políticas del Sector Salud Mexicano (1980-2004): Ajuste Estructural y Pragmatismo de las Propuestas Neoliberales. *Salud Colectiva*, 195-223. Obtenido de <https://www.scielosp.org/pdf/scol/2005.v1n2/195-223/es>
- Moënné, K. (2010). El concepto de solidaridad. *Revista Chilena de Radiología*, 16(2), 50-51.

- Muñoz de Jesús, J. (2024). Esbozos de una fenomenología dialéctica para una praxis latinoamericana. *ApareSER, Revista De Filosofía*, 2(3), 88-106. Obtenido de <https://apareser.buap.mx/index.php/apareser/article/view/36>
- Páez Neira, M. (2013). Acercamiento teórico al concepto de solidaridad. *Realitas, Revista de Ciencias Sociales, Humanas y Artes*, 1(1), 42-50.
- Peláez, V. (27 de Agosto de 2015). *El lado oscuro y destructor de las ONG*. Sputnik Mundo. Recuperado de <https://www.polodemocratico.net/el-lado-oscuro-y-destructor-de-las-ongs/>
- Pashukanis, E. B. (2016). *Teoría general del derecho y marxismo*. (V. Zapatero, Trad.) La Paz: Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social.
- Pérez, M. (9 de Enero de 2020). En condición de recibir apoyo, más de 42,000 organizaciones. *El Economista*. Obtenido de <https://www.economista.com.mx/politica/En-condicion-de-recibir-apoyo-mas-de-42000-organizaciones-20200108-0151.html>
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En A. Quijano, *Cuestiones y horizontes : de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (págs. 777-832). Buenos Aires: CLACSO.
- Reygadas, R. (1998). *briendo Veredas, Iniciativas Públicas y Sociales de las Redes de Organizaciones Civiles*. México: Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia.
- Rivas Antón , F. (1997). Aspectos jurídicos de la nueva ley del Voluntariado Social (Ley 6/96, de 15 de enero). *Cuadernos de estudios empresariales*, 379-388.
- Ross, K. (2016). *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*. Madrid: Akal.
- Sahlins, M. (1977). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal Editor.
- Sarasola Sevilla, J. L. (2000). Solidaridad y voluntariado: una visión crítica. *Comunicar*(15), 99-103.
- Saxby, J. (1998). ¿A quién pertenecen las organizaciones de cooperación no gubernamentales? En D. Sogge, *Compasión y Cálculo: Un análisis crítico de la cooperación no gubernamental al desarrollo* (págs. 65-102). Barcelona: Icaria.
- Secretaría de Salud de México. (2013). *Modelo de atención médica prehospitolaria*. Obtenido de Diario Oficial de la Federación: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/250824/MODELO_DE_ATENCION_MEDICA_PREHOSPITALARIA.pdf

- Secretaría de Salud. Gobierno de Puebla. (2019). *Conoce la historia del Sistema de Urgencias Médicas Avanzadas*. Obtenido de Puebla.gob: <https://ss.puebla.gob.mx/suma/historia-del-suma>
- Segato, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayo sobre género, entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Segovia Bernabé, J. L. (2000). Neoliberalismo y ONG's: Visión crítica del voluntariado. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, (2), 1-13. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18100216>
- Serna, M. G. (2010). La diversidad y el contexto cambiante del voluntariado en México. *Espiral*, 16(47), 141-172. Obtenido de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-05652010000100005&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Simmel, G. (2015). *El pobre*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sogge, D. (2004). *Dar y tomar: ¿Qué sucede con la ayuda internacional?* Barcelona: Icaria Editorial.
- Sogge, D., y Zadek, S. (1998). ¿"Leyes" del mercado? En D. Sogge, *Compasión y Cálculo: Un análisis crítico de la cooperación no gubernamental al desarrollo*. Barcelona: Icaria.
- Solís Gutiérrez, M. F. (28 de Agosto de 2018). *Cruz Roja celebra 100 años de salvar vidas en Puebla*. Obtenido de Cruz Roja Puebla: <https://cruzrojapuebla.org/cruz-roja-celebra-100-anos-de-salvar-vidas-en-puebla/#:~:text=Hace%20100%20A%C3%91OS%2C%20Don%20Enrique,en%20la%20capital%20del%20estado.>
- SUN. (19 de Octubre de 2021). Más de cinco mil organizaciones civiles, en riesgo con tope en donaciones. *El Informador*. Obtenido de <https://www.informador.mx/mexico/Mas-de-cinco-mil-organizaciones-civiles-en-riesgo-con-tope-en-donaciones-20211019-0133.html>
- Tagle, A. (4 de Mayo de 2023). Relato de vida sobre un paramédico voluntario. (J. Muñoz de Jesús, Entrevistador)
- The American National Red Cross. (2023). *Cómo ser Voluntario*. Obtenido de Cruz Roja Americana : <https://www.redcross.org/cruz-roja/voluntarios.html>

- Tomley, S. (2021). *¿Qué haría Freud...?* Ciudad de México: Hachette Livre.
- UNIR. (19 de Diciembre de 2023). *Un recorrido por la historia del sistema de salud mexicano: un apasionante viaje a través del tiempo*. Recuperado el 25 de Julio de 2024, de La Universidad en Internet: <https://mexico.unir.net/noticias/salud/historia-sistema-salud-mexicano/>
- Vassalli, G., y Rodríguez Albor, G. (2017). La Cooperación Internacional en el asimétrico sistema global neoliberal: Un análisis histórico-crítico desde el Sur. En R. Domínguez, y G. Rodríguez Albor, *Historia de la cooperación internacional desde una perspectiva crítica* (págs. 83-114). Barranquilla: Uniautónoma.
- Wallerstein, I. (2004). El ascenso y futura decadencia del sistema mundo capitalista: conceptos para un análisis comparativo. En I. Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos* (págs. 85-114). Madrid: Akal.
- Wikipedia. (22 de Octubre de 2023). *Triaje*. Obtenido de Wikipedia. La enciclopedia libre: <https://es.wikipedia.org/wiki/Triaje>
- Williams, R. (2003). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Zavaleta, E. (12 de Abril de 2023). Relato de vida sobre un paramédico voluntario. (J. Muñoz de Jesús, Entrevistador)
- Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia*. Buenos Aires: Paidós.